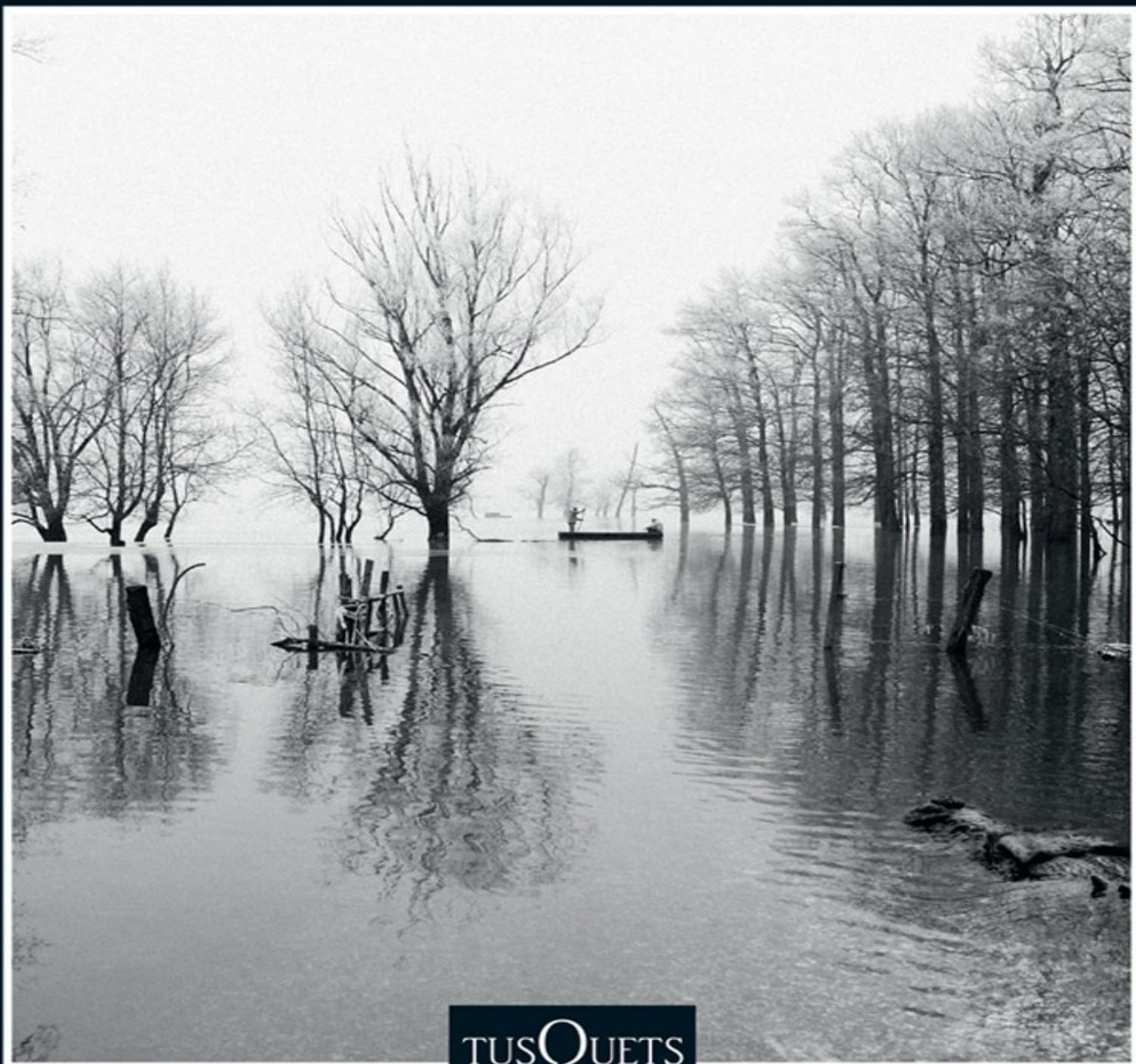


Mariano Quirós

UNA CASA JUNTO AL TRAGADERO

colección andanzas

PREMIO
TUSQUETS
EDITORES DE NOVELA



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada
XIII Premio Tusquets Editores de Novela
Sinopsis
Dedicatoria
El asunto de los monos
Ocupar una casa
Los visitantes
La Vieja
Desde la otra orilla
La camioneta de Insúa
El Gordo
La mamá de Soria
En marcha atrás
Tragadero
Pájaros de la cabeza
Insúa en los esteros
Tiempo para pensar
El asunto de los yacarés
Loco
El chico de Soria
El hastío

Una despedida
De vuelta en la casa
Agradecimientos
Créditos

El pasado septiembre de 2017, un jurado integrado por Juan Marsé, en calidad de presidente, Almudena Grandes, Antonio Orejudo, Daniel Ruiz García, ganador de la anterior convocatoria, y Juan Cerezo, en representación de la editorial, otorgó por mayoría a esta obra de Mariano Quirós el XIII Premio Tusquets Editores de Novela.

Sinopsis

En un territorio selvático impreciso, cerca del río Tragadero, en el norte argentino, vive con su perra el Mudo, el protagonista de esta historia. El Mudo dejó Resistencia buscando la calma de la naturaleza y vivir rodeado sólo por «el murmullo de la vegetación». Se relaciona con Insúa, el dueño de un almacén de víveres que se quedó con su camioneta a cambio de proporcionarle todo lo que necesitaba para emprender la vida en solitario. Y siente como intrusos a otros personajes que merodean por su territorio, como Soria, que vive con su hijo, o los jóvenes ecologistas de la Fundación Vida Salvaje, que en su día lograron que Insúa liberara en el río los yacarés que tenía como mascotas, sin calibrar las consecuencias. En medio de la aspereza de una naturaleza hostil, entre pájaros, monos y caimanes, el lector asiste con una tensión creciente a los peligros del río y a las amenazas de los desconocidos, cuyas verdaderas intenciones adivinamos de manera inquietante desde los ojos del protagonista, que hizo propósito de no molestar a nadie, ni de que le molestaran.

Para Noé y para Amador

El asunto de los monos

Agarrado a la rama por los dedos de una pata, el mono comía alguna fruta. Le apunté con la escopeta sin ánimo de tirar, de puro hinchapelotas. Pero justo la India pegó un ladrido y del susto se me resbaló el dedo y acabé apretando el gatillo. El estampido, por inesperado, resultó tremendo.

Al menos tres cosas pasaron entonces: el mono desapareció de mi vista, la India corrió a esconderse y la culata de la escopeta me golpeó el hombro con tal fuerza, que terminé cayendo sobre un montón de hojas muertas. La escopeta cayó junto a mí. Me moví para alzarla y sentí un dolor insoportable. Temí que el golpe me hubiera sacado el hombro de lugar, así que probé movimientos más suaves. Me dolió de nuevo, pero menos que antes.

Me apoyé en el brazo izquierdo para incorporarme. Los huesos me hicieron ruido y solté como un rebuzno. Fui en dirección hacia donde, calculé, había caído el mono. Apareció la India y frotó su cara torcida contra mi pierna. Todavía temblaba la pobre perra.

Encontré al mono a unos siete metros del árbol donde un rato antes comía su fruta. El disparo le había destruido el cráneo. Ahora era un mono sin cabeza. Tuve que ahuyentar a la perra, que a toda costa quería también ella hurgar en el mono. Lo alcé con una mano, la del brazo bueno, y tanteé su peso: como mucho me serviría para dar gusto a una sopa.

Levanté la vista y distinguí a unos veinte metros, semicubierto por los árboles, al chico de Soria. Metido así entre el ramerío tenía la imagen como de

una aparición. Nos miramos durante un rato, segundos nomás, los dos quietos, hasta que dio media vuelta y se fue. Seguro que a contarle a su papá que yo andaba, para variar, cazando monos.

La India quiso salirle detrás, pero la cacé justo del cogote y se quedó quieta. Perra de mierda.

Igual, hacía más de un año que yo no cazaba monos. Me venían con planteos, gente de por acá y gente de la ciudad que Soria —el boludo de Soria— llevaba hasta mi casa. Me hacían problema por una cuestión ecológica.

Para llegar a mi casa hay que dejar el auto o la camioneta en el camino y después mandarse por una picada monte adentro. Porque mi casa está apartada de todo. Si no se está acostumbrado a este tipo de marchas, el trayecto se hace penoso. Se nota en la cara de la gente, en el tiempo que se toman para empezar a hablar una vez que llegan, en el sudor y en la agitación. Y si es de tarde, meta sacudirse los jejenes.

Los primeros en venir fueron una chica y otros dos con caras de malandras. Soria los trajo y ellos aplaudieron ahí, delante de la casa. De entrada los escuché, pero quise hacerles esperar, me daba la sensación de que me venían con algo raro. Me quedé nomás donde estaba, sentado en mi silla, y dejé que la India les ladrara. Eran como las once de la mañana. Entre los ladridos de la perra les escuché hablar medio a los gritos. A la chica era a la que mejor se oía.

«Este hombre no está, acá no hay nadie», dijo. Ahí entonces habló Soria: que sí, que yo siempre estaba.

Uno de los varones dijo que había un olor extraño, como a coliflor. Y el otro contestó que no, que a coliflor no, que era olor a podrido. Ahí se largaron a reír. La chica hizo como un intento por censurarlos, les chistó bajito, pero al final acabó riéndose también ella.

Un poco para calmar la risa empezaron a hablarle a la India. Exageraban el problema de mi perra —la cara y ya todo el cráneo torcidos—, y le decían pobrecita, qué le pasó, pobrecita. La India no es la gran cosa, pero de todos modos sentí que hablándole así —con esas frases tontas, como si le hablaran a un cachorro— se manejaban con imprudencia. Por eso nomás me apuré y abrí la puerta.

Lo repentino de mi aparición hizo que cortaran con la risa y que pusieran caras de susto. La chica dio un saltito hacia atrás y los otros dos quedaron duros.

Soria tampoco se movió, pero lo suyo era distinto. De los cuatro fue el único que quedó así, con su cara de loco de siempre. Por cagón me hacía esas cosas, por no animarse a venir solo.

«Buenos días», medio que gritó uno de los muchachos. Usó un tono de voz recio que, se notaba, no era el suyo. También miró de refilón a sus compañeros, a la chica y al otro, como para cerciorarse que hacía bien al hablarme así.

Saludé con un movimiento de cabeza, como hacen los tipos que son de por acá. Que nacieron y que vivieron siempre por acá, quiero decir. Y como por acá no es mucha la gente que vive, entonces no es mucha la gente que uno se cruza, los lugareños se van ensimismando y acaban por saludarse apenas con señas toscas. Soria era un caso insólito. Ahora estaba como culposo por haber llevado a esos tres hasta mi casa. Se hacía el distraído y miraba para arriba, los ojos achinados apuntando al sol que se colaba por entre las ramas de mis árboles.

Como después del saludo ninguno de sus compañeros dijo más nada, la chica dio un paso adelante —o sea que recuperó la distancia que había perdido con el saltito atrás— y se presentó. No me acuerdo bien pero creo que dijo un nombre como Sole, o Nati, o alguno de esos. Que eran de una organización, algo de tipo ambiental.

Los miré, a la chica y a sus compañeros, un poquito más atentamente: su desaliño era más bien urbano, no es que hubieran crecido al sol sino que se encontraron con eso —con el sol, con el monte— ya de grandecitos. También yo, pero lo mío era distinto. Usaban zapatos del tipo borcegos, bermudas verdes, tal vez un poco amarronadas, llenas de bolsillos a los costados. Especulé algún tipo de indumentaria oficial o cosa así. Vi además que uno de los muchachos, el que habló primero, tenía una oreja perforada y me dio repulsión.

«Hay vecinos suyos que nos plantearon un problema», dijo la chica, «que usted sale a cazar animales que no está permitido cazar.»

Lo miré a Soria. Él seguía con la mirada para arriba, puesta en los lapachos. Igual, no me lo imaginaba a Soria haciendo un planteo de ese tipo, más bien habría sido alguien del pueblo, algún pelotudo.

Con el arranque de la chica se animaron sus dos compañeros. Usaron palabras complicadas, en el sentido de que daban vueltas para decir lo que habían ido a decir. Por no hablar claro, de frente, se enredaban con sus argumentos, que el equilibrio ambiental, lo que la naturaleza recomienda y

aquello que mejor no, y del respeto que hay que tener por las demás especies animales.

«De nosotros depende», dijo el de la oreja perforada, «el futuro del planeta.» «Eso mismo», dijo su compañero, «tenemos que cuidar el planeta porque es el único que tenemos.»

Me dio ganas de preguntarle a Soria por qué llevaba esa gente hasta mi casa, si era por plata o por qué puta. Capaz, muy probablemente, lo hacía de puro amable, de boludo. Pero no quería abrir la boca, yo, nunca en todos estos años había hablado y no iba a ponerme a decir cosas delante de esta gente.

Asentí unas cuantas veces, como para que los tres estos, y también Soria ya que estaba, se dieran cuenta de que les entendía el argumento. Que no matara más monos, eso era.

Al final se fueron más por las ganas de irse que por alguna contentura, por algún, cómo decirlo, sentimiento de misión cumplida.

Uno de los varones —no el de la oreja perforada, el otro— me tendió la mano. Lo dejé que esperara unos segundos, pensé a ver qué me convenía y por fin, para ya no quedar tan maleducado, le pasé también una mano. La suya, la del muchacho, era delicada, blandita, la mano de alguien que nunca hizo trabajos de en serio. De puro maldito se la apreté con fuerza, como hombre, para verle hacer una mueca de dolor, algo medio ridículo. Pero el chico se la bancó bien, no hizo ninguna cara.

Entre que se daba media vuelta y emprendía la retirada, la chica me dijo que cualquier cosa que necesitara que le dijera a don Soria (ella dijo así, «don Soria»), que él les iba hacer llegar mi pedido.

Que me dejaran de joder, eso podría haberles pedido. Además qué mierda iba andar Soria llevando mis encargos.

Al principio pensé en seguirles la corriente, pero después sentí que no era justo. Lleno de monos, carayá y tití, estaba este monte.

En la semana que siguió nomás ya cacé cuatro, un poco a modo de provocación. El calor —porque fue una semana de calor— medio que abomba a los monos y no les da tiempo de espantarse. Cada estampido de escopeta, en vez de provocar el escándalo y el quilombo de siempre, los deja duritos, a tiro. Cuando uno les apunta, los monos ponen las manos juntitas, como si de pronto imploraran que no se les tire. Pero no hacen nada más, se quedan así, en pose.

Un poco por eso es que se inventan cosas sobre los monos, que da mala suerte matarlos, que con las manos así juntas te maldicen el arma y te maldicen tu familia.

No deberían joder tanto con cuidar a los monos, por lo menos en esta zona, que ya son medio que una plaga. Con levantar la vista se los encuentra, todos amuchados entre los árboles, despiojándose, metiéndose los dedos, esparciéndose mierda.

Si cacé apenas cuatro aquella semana fue porque más ya era una exageración.

Metí los cuerpos en una arpillera y los llevé hasta mi casa. Con el machete les corté las cabezas y después los despellejé. El olor del mono, antes de limpiarlo, es muy penetrante, como olor a bosta quemada. Después armé unas picas con ramas duras y clavé ahí las cuatro cabezas —o lo que quedaba de las cabezas, porque la verdad es que siempre fui medio bruto al manipular esos cuerpos, y entre el balazo de escopeta y mi toqueteo, un poco se desgarraban—, las incrusté de manera que se vieran amenazantes. Coloqué las picas en el frente de mi casa, clavadas en la tierra, dos en una esquina y las otras dos en la otra. Causaban mala impresión las caras de los monos, eran como caras de gente enloquecida, con los ojos y las bocas medio abiertos. Las imaginé haciendo de barrera a los lugareños, que son hombres supersticiosos, y también a los de la ciudad, que son cagones y delicados. Así no me iban a joder, no iban a querer acercarse.

Habrá pasado cosa de un mes —las cabezas de los monos ya se habían podrido y ya las había yo quitado de las picas—, cuando me cayó de nuevo Soria, ahora con otros tipos, no ya los tres pajeros de la vez anterior. Estos eran dos hombres mayores y daban la impresión de ser, por lo menos, gente más seria. Entre otras cosas no les temblaba la voz. Y se vestían menos ridículo.

Uno era un gringo de los nacidos en el interior del Chaco, los ojos apenas abiertos y rosado como un borracho. Cuando salí a recibirlos, el gringo este tenía a la India panza arriba. Le acariciaba las tetas de una manera que ya era medio obscena.

Su compañero —de quien recuerdo, no sé por qué, el nombre: Leiva— era en cambio morochón, morrudito y con pinta de buscar pelea.

El tema es que al final, y aunque de una manera como más ordenada, y más

elegante también, terminaron repitiendo el discurso de los otros.

Y como yo, igual que la vez anterior, me quedaba callado, uno —Leiva— medio que me amenazó: que matar monos, dijo —y eso me gustó, que hablara de monos y no me dé vueltas con el planeta y los animales en peligro—, que matar monos era un delito.

«Bien puede alimentarse con otra cosa», dijo. «Pareciera que usted caza de puro dañino.»

Me cayó bien que no me tuteara. Pero me seguía jodiendo lo de Soria. Para colmo, ahora como que se animaba a reírse un poco. Hacía gestos de satisfacción ante cada cosa que pronunciaba el tipo este Leiva. Me daba ganas de saltarle encima por venir a hacerse el vivo, pero me la banqué.

«Sabemos que entiende», dijo Leiva, «sabe lo que puede pasarle si sigue jodiendo.»

Me sentí acalorado por la bronca y, para no hacerme mala sangre, para no mandarme una cagada, me distraje mirando el correteo de una de mis gallinas. Parecía excitada de tener otra gente cerca, como si quisiera hacerse ver. Le di una patada al aire, cosa de levantar algo de tierra y que, de paso, la gallina se saliera del medio. Los tipos se asustaron con mi reacción, porque medio que quisieron ponerse en guardia. Aproveché el susto, el punto a mi favor, y los señalé con el dedo. Del cuerpo de Leiva, pasé a apuntar el dedo al cuerpo del gringo. Por ahí, me dije, se imaginaban algún tipo de maldición en mi gesto y se les iban las ganas de estar en mi terreno.

También la India se puso nerviosa. Le hice señas para que se metiera adentro de la casa y, para no terminar mal con estos tipos —y con Soria—, les cambié el gesto del dedo por un saludo, algo como un son de paz pero a la inversa, porque yo estaba en mi casa y ellos tenían que irse yendo. Después entré.

Me senté en mi silla y me quedé ahí tranquilo, con la perra haciendo guardia a mis piernas. Tardaron todavía otro rato en irse. Dieron vueltas por el terreno. Habrán inspeccionado entre mis gallinas y entre los enseres que dejo tirados por ahí. Más tarde me fijé y, más que algún desorden que capaz ya estaba de antes, vi que no habían tocado nada.

Desde entonces —y hasta ahora que la India me hizo escapar un tiro— que no cazaba. Pero por las dudas, supongo yo, Soria siguió trayendo gente hasta mi casa. Dos veces más, por lo menos, después del gringo y del Leiva. Ya no le abrí

más, dejé que la India ladrara como una loca hasta cansarlos.

Una de aquellas veces me vino con vecinos, gente del pueblo que yo tenía vista de antes, de andar por ahí, quiero decir. Como yo no abría, gritaban:

«Mudo, ya sabemos que está adentro», «Mudo, deje de hacerse el gil».

La última vez, salvo a Soria, ya no reconocí a la gente. Aplaudieron frente a la puerta un rato largo. Pero yo estaba afuera, recién venido del río. Me quedé medio metido entre unos árboles y dejé que se cansaran. Se veía de todos modos que ya venían cansados, que no iban a insistir mucho. Uno —un tipo con pinta de modoso, más como los pavotes que vinieron primero que como el gringo y el Leiva— se apoyó en una pared y al toque nomás se volvió a parar derecho. Como si la pared le hubiera dado electricidad. Pero en realidad fue que le molestó la tierra que se le pegó en la mano, porque se la restregó por el pantalón, como limpiándose y con cara de asco. Al ratito, y como yo había previsto, empezaron a irse.

Así pienso yo que se habrá dado cuenta, toda esta gente, que ya no había por qué joderme. El mismo Soria ya lo habría entendido. Como él —como yo entiendo que era él—, yo también buscaba vivir en paz, tranquilo.

Pero ahora su hijo le estaría contando todo. Diciéndole que otra vez andaba yo detrás de los monos. De seguro en cuestión de días iba a tener de vuelta la visita de algún hinchapelotas. No quería, pero me agarraba una ansiedad de pensar nomás que me vinieran a decir algo.

Miré el cuerpo del mono: era flaquito, podía ser que estuviera enfermo. Con el cuchillo le fui separando la piel de la carne, un trabajo delicado y hasta un poco ingrato. Olí la carne, en profundidad la olí, porque no quería cazarme alguna infección por consumir carne enferma. No sentí nada raro, pero por las dudas pensé en darle más tiempo de cocción, cosa de sacarle cualquier impureza escondida.

De tan pequeño, el mono se me escurría y me ensuciaba de sangre, grasa y tripas. El cuchillo pasaba de largo y dos veces casi acabo cortándome a mí mismo por lo resbaloso del cuerpo.

La India, que seguía el procedimiento como si comprendiera cada paso, se llevaba los pedacitos de piel desgarrada, no sé decir si para comerlos o para enterrarlos junto con los huesos que le dejo cuando me hago algún asado. O para joder nomás.

Encendí el quemador y puse agua a hervir. No tenía nada de hambre, por el enojo que me iba agarrando con el asunto de Soria, pero igual me iba a cocinar una sopa o algo tipo un guiso.

Me estaba lavando, a mí y a mi ropa —la camisa se me había engrasado que daba asco—, cuando oí los ruidos que hacían los pendejos. Me quedé quieto, para escuchar mejor y para captar el origen. Eran ruidos de autos, de gritos y de música, como ruidos de joda.

Iba oscureciendo, serían cerca de las siete de la noche. Saqué el agua del fuego y traté de hacer puro silencio. Le chisté a la India para que se calmara. Sabe la perra que cuando me pongo así, como a la expectativa, es porque puede pasar algo.

Paré la oreja y distinguí: del río venía el ruido, de la orilla de enfrente.

Ocupar una casa

Lo que más me costó fue acostumbrarme a la oscuridad. Acá se hace de noche y el mundo desaparece. Y yo no había previsto una cosa así, no había previsto nada en realidad.

Me instalé en la casa después de merodear unas cuantas semanas por la Colonia. Pero a la casa ya la había descubierto mucho antes, cuando todavía vivía yo en Resistencia. Se me daba por salir, no diría que de paseo, sino más bien de reconocimiento: subirme a la camioneta, tomar la ruta, meterme en los caminos de tierra marginales, mandarme monte adentro. Y respirar hondo.

Yo le tenía miedo al monte, y no es que se me hubiera pasado ese miedo, pero a medida que fui asentándome también me fui acostumbrando a la sensación.

Me sorprendí a mí mismo cuando decidí quedarme. Aquella mañana — porque era de mañana— no había cargado nada, me había llevado apenas dos naranjas. Pero estando ahí, medio imbuido de esa calma que traen los ruidos de los insectos, el murmullo de los roedores y de la vegetación, el ruido de todo lo que hay en el monte, estando ahí me pareció que estaba completo, que no me faltaba nada. Cualquier cosa que me hubiera traído de Resistencia como que me jodía los planes, aunque yo no tuviera ningún plan.

Ese día dejé la camioneta a un costado del camino, más o menos donde la dejaba siempre, más o menos camuflada entre unos arbustos. Era una camioneta vieja, marca Dodge, que conseguí de un pariente.

Había pasado ya el mediodía y si bien no se sentía mucho calor, se sentía sí como un ambiente pesado. Agarré un palo, una rama dura, y me metí por una picada.

Hacer ese periplo me hacía sentir aventurero, como un hombre audaz.

Con la rama iba liberando el camino, rompiendo las telarañas y tanteando los posibles pozos. Iba despacito, oteando el aire y la luz por entre las ramas de los árboles. Cuando me topaba con algún alambrado —que no hay muchos por la zona, como que esto es tierra de nadie— no hacía más que saltarlo.

El trayecto más pesado era el de los arbustos, porque no solo que los arbustos no dan sombra, sino que además complican apreciar el lugar donde uno pisa. Sí o sí terminaba por pisar espinas, por enredarme, por hacerme algún rasguño.

La casa estaba como ensartada entre unos chivatos, hecha como de ramas. Si uno iba medio distraído podía pasar por al lado y no percatarse. Pero era, sin embargo, de las pocas casas de material que había por la zona. La mayoría eran ranchos o casitas de barro. Más tarde, dos o tres años después de que yo me instalé, vendrían unas familias de Resistencia y de Corrientes que se hacían las casas con un entrevero de botellas de plástico, tacuaras y tiras de yuyo seco que se unían con barro, arcilla y cosas así. Era, según entendí, un método ecológico de construcción. Pero duraron poco, supongo que por el clima de acá, o por el aislamiento, que son cosas difíciles de soportar.

Mi casa, la que yo haría mi casa, era de estructura más bien típica: cemento, ladrillo, madera, un suelo trabajado. El único problema —que para mí no era tanto un problema como un motivo de tranquilidad— era que la había ganado el abandono. Desde afuera se veían muchas hojas muertas y ya podridas, mucha tierra y rastros de excremento que dejaban los animales. Por las marcas verdes de moho se veía también que alguna vez le había llegado la inundación.

Me senté y me recosté contra un árbol, mirando hacia la casa. Siempre que llegaba hasta ahí hacía lo mismo: sentarme y pensar en cualquier cosa. Casi siempre en dejar de joder y meterme ahí adentro de una vez por todas.

Estaba cansado. Tenía una manga de la camisa rota —la manga izquierda— por el agarrón de algún pincho y una rayita de sangre en el antebrazo. Al verla sentí el ardor. Me pasé saliva y volví después a mirar hacia la casa. Por muy abandonada que se viera, no me atrevía a ir hasta la puerta.

Saqué del bolsillo una de mis naranjas y la comí cuidando de no ensuciarme. Le hice un agujero en el ombligo, chupé el jugo y una vez que estuvo medio seca la desgajé y comí, tranquilito, gajo a gajo. Después me chupé los dedos y me los restregué por el pantalón. Tiré la cáscara a un costado, lejos, cosa que no se me vinieran encima ni hormigas ni moscas.

La resolana me dio sueño y me dormí como estaba, recostado sobre el tronco. Así había hecho siempre, desde el día que descubrí este sitio: dejar que la resolana me nuble la vista, que las cosas del monte se me confundan con las ganas de dormir. Pero ahora —no sé si por el sueño: cosas de Resistencia, de mi vida en Resistencia, cosas que se entreveraban, que no tenían que ver unas con las otras, cosas de Resistencia que de repente yo sentía lejanas—, ahora me desperté mal.

Las veces anteriores simplemente me había levantado y, tras pegar una vuelta más bien corta por los alrededores, me había vuelto a la camioneta. Y ya en la camioneta enfilaba de regreso para Resistencia, para llegar a eso de las ocho de la noche.

Pero esa vez ya no sentí las ganas de volver. Calculé, en cambio, dónde estaría el río —me orienté con la intuición— y caminé bordeando la casa, otra vez metido entre arbustos pinchudos. Me estaba dando malhumor caminar por ese terreno escarpado, cada vez más irregular, la tela del pantalón que se me enganchaba en las espinas y la camisa pegoteada de tierra y sudor.

Salté por encima de un matorral y apoyé el pie derecho sobre un matorral espinado. No grité, pero los ojos se me nublaron de lágrimas. Me senté entre los yuyos para limpiarme y para echarme, de paso, un poco de aire en los rasguños. Pese a las mangas largas, había multiplicado las rayas rojas en mis antebrazos. Ahora me ardía todo.

Me saqué las zapatillas, para sacudirles la mugre y cualquier otra molestia que se me pudiera haber metido durante la caminata. Tenía las medias húmedas y muy pegadas a los pies, así que me saqué también las medias. Mis pies se sintieron bien con el contacto del aire, como que al fin respiraban. Las uñas me apenaron, sucias de sangre —sangre seca, vieja, parecía— y de tierrita.

En eso estaba cuando escuché un ruido de pisadas, o de algo que ahí, en medio del monte, sentí como pisadas. Aunque bien podría haber sido nada más que un animal moviendo hojas, ramas o yuyos, por las dudas, y a modo de

comprobación, me quedé quieto y paré la oreja. Nada, ni un solo ruido, hasta que de repente alguien corrió.

«Putá madre», pensé y me apuré a ponerme las medias y las zapatillas. Me puse en pie pero no vi ni escuché nada que no fuera lo propio del monte: árboles, ramaje, murmullos.

El miedo —digo yo que fue el miedo— que sentí en ese ratito me bastó para determinarme a ir y meterme en la casa. Dejé la visita al río para después, para más tarde, ya en la noche, o bien para el día siguiente. Rehíce el camino, un poco rengo por el pinchazo —que había sido en la planta del pie— pero también más resuelto. El miedo —y con él las cosas que me proponía hacer— iba y venía, me daba sed.

Me paré por fin —otra vez— ante la casa, sobre uno de sus costados en realidad. Tomé aire —la nariz se me llenó de un gran olor a podrido— y avancé. Llegué hasta la puerta, que no tenía picaporte, nada de que agarrarse, y le di un empujón leve con el pie lastimado. Quise avanzar, meterme, pero el olor a podrido me frenó. Me vinieron arcadas y quise vomitar, pero apenas si tenía jugo de naranja en el estómago.

Me doblé sobre mí mismo, apretándome con una mano la panza y con la otra la boca. A pasitos de la puerta. Pero no podía no entrar, no podía seguir jodiendo con mi mariconada.

Me saqué la camisa y me la enrollé en la cabeza, a modo de barbijo. Antes de mandarme, y aprovechando que por primera vez estaba así, tan cerca, casi adentro de la casa, le eché una mirada. No tenía mucho de especial, esa es la verdad, pero así como estaba —tan perdida, tan alejada del mundo— me alcanzó para imaginar una tranquilidad. Ahí, con esa idea, encontré el envión que me faltaba.

Me paré derecho, la nariz y la boca bien cubiertas, y ahora sí que entré. El olor atravesó mi barbijo y me vinieron un mareo y otra vez las ganas de salir. Hice un esfuerzo, ahuequé las manos sobre el barbijo inservible y traté de respirar hondo mientras me hacía una idea del lugar. Pero estaba todo tan oscuro que no pude hacerme mucha idea de nada, como si de repente me hubiera caído a un pozo. La luz que debería haber entrado por la puerta, abierta de par en par, no me sirvió para definir con precisión lo que tenía por delante. Más que nada porque la puerta, apenas entré yo a la casa, se cerró a mis espaldas, ella sola, con

un golpe seco.

Pero lo peor era el zumbido: había moscas o mosquitos o tábanos o jejenes, o vaya uno a saber qué insectos, que se me vinieron encima. O yo los sentí encima, por mi alrededor, metiéndoseme en los ojos, en las orejas, por entre la ropa. Di manotazos al aire que enloquecieron aún más el ambiente. Esos bichos, deduje, estaban ahí atraídos por el olor. O bien formaban parte del olor.

El zumbido ensordecía, daba miedo y repugnancia a la vez.

Cerré los ojos bien fuerte y conté hasta cinco, pensando en calmarme y con la idea de que el conteo me diera tiempo de acostumbrarme a la oscuridad y al zumbido. Pero apenas si alcancé a descifrar algunos contornos y unos puntos fugaces que, supuse, serían algo así como la silueta de los bichos zumbadores.

Di un par de pasos con una mano apretando el barbijo y con la otra tanteando la oscuridad. Toqué una pared, fría, y avancé guiándome a través de ella hacia donde esa pared me llevara. Me metí en una habitación y traté de recorrerla de la misma manera, con la espalda desnuda pegada a la pared. Pero había cosas en medio, trastos, algún mueble, que no me permitieron avanzar mucho.

Me di cuenta entonces que era una estupidez, que con esa oscuridad no iba conseguir nada. Convenía salir y buscar o armar algo que proyectara una luz. Una especie de antorcha, aunque en mi vida me había armado yo una luz de esa naturaleza. Yo era un hombre más bien inútil antes de instalarme en la casa.

Quise salir, dar la vuelta y salir. Pensé en pasar la noche afuera, agazapado de algún modo. O bien podría ir hasta la camioneta y dormir ahí, esperar a que se hiciera de día y volver y hacer eso que quería hacer con ayuda de la luz natural, la luz del día.

Me di la vuelta —ya no me tapaba la boca y la nariz con la mano, ahora ocupaba las dos manos en tantear el aire, las paredes, los bártulos que pudiera tener delante—, di la vuelta y busqué la salida. No la encontré y empecé a sentir miedo, mucho más del que ya sentía. La sensación era como de andar en el vacío, o como una especie de inmersión. Así, me dije, debían de sentir los ciegos. Pero no los ciegos de nacimiento, sino las personas que quedan ciegas después de un tramo de vida vidente.

Me puse a pensar así, en cosas así, para no desesperarme, para ocupar la cabeza mientras buscaba la puerta de salida. Por lo menos tres puertas atravesé —o lo que en esa oscuridad parecían puertas—, pero no hice más que meterme

en otras habitaciones, más que seguro las mismas en las que había estado segundos antes. Como que iba dando giros.

Lo único que cambiaba de un espacio a otro era la intensidad del zumbido de los bichos y la intensidad del olor.

Me agaché, sin mucho sentido, pensando tal vez que así, más cerca del piso, conseguiría orientarme. Caminé con las rodillas flexionadas, arrastrando los pies y con las manos tocando el piso. Estaba húmedo, el piso, tramos con charquitos de algún líquido y otros de algo como barro, tierra mojada.

Un ruido se sumó al zumbido: mi respiración, agitada. Me salía como un gimoteo del pecho, algo entre infantil y femenino, y me enojé: eso era desesperación y yo no tenía que desesperarme. Pensé otra vez, a modo de distracción, en gente ciega, gente que flota en el vacío. También probé inhalar y exhalar lento y pausado, como si me enseñara ese procedimiento a mí mismo.

Entonces lo escuché, atravesando el zumbido de los bichos y la angustia de mi jadeo. Era, por así decirlo, un ruido pequeño, de alguna manera intrascendente. Pero ahí en la oscuridad me sonó tremendo. Era ruido humano, de movimiento humano. Como si alguien, una persona que estuviera sentada sobre un sofá, quisiera mejorar su posición y no encontrara el modo.

Cuando el ruido, ese raro reajustarse en un lugar, se repitió, me llevé las manos a la boca pero ni así pude contener un lloriqueo. Aún agachado, me moví hasta tocar una pared, me senté en el piso —cerciorándome que fuera un espacio seco—, me recosté en la pared —un escalofrío inmundo me cruzó la espalda— y cerré los ojos. Absurdo, lo de los ojos, porque de todas maneras no había nada para ver.

Flexioné las piernas y, sujetándolas con los brazos, me las apreté contra el pecho. Apoyé la frente en las rodillas y traté de pensar, una vez más, en ciegos. Apenas si conseguí pensar en la palabra «ciego».

El zumbido y la hediondez eran permanentes, pero el ruido humano se sentía cada vez menos. O yo me convencía de eso. Por si acaso, me quedé quieto, invisible.

Digo yo que en algún momento me dormí. O en todo caso aluciné. Como sea, aquella fue mi primera noche dentro de la casa.

Los visitantes

Los conté dos veces, como para estar bien seguro: la primera conté cuatro, pero al rato apareció un gordito —abotonándose el pantalón, con lo que supuse que habría meado, o incluso cagado, entre los yuyos— y determiné cinco: tres varones y dos mujeres.

Habían venido en dos coches. Una camioneta con un logo pintado en las puertas —una camioneta más chica que mi vieja Dodge pero más moderna— y un auto pequeño que, más que seguro, habría sufrido con los va y viene del camino.

La casa era de los Caicedo, así que pensé que alguno de esos cinco sería el hijo o la hija. Hacía por lo menos seis, siete años que por la casa no venía nadie. Antes se venían en familia, sobre todo los fines de semana.

Yo me había hecho una linda idea de los Caicedo: gente de la ciudad, gente grande con buen pasar que gustaba también de las cosas del monte, de la vida al aire libre. Cuidaban bien la casa, el hombre con las tareas más pesadas y la mujer con la atención más puesta en los detalles. La veías cortando yuyos o bien plantando arbolitos, o armando una huerta, o en la galería adobando un chancho o un pollo o lo que estuvieran por comer.

Era un encanto esa mujer: chiquita, casi petisa pero armoniosa. Jugaba mucho con su pelo, con el color, a veces pelo negro, bien oscuro, y al fin de semana siguiente un pelo platinado. Me podía pasar horas mirándola, siguiendo su trabajo o bien su flojera, una vez que terminaba con algo y se echaba en la

sombra, bajo un árbol. Y dormitaba, como si fuera de lo más cómodo echarse así, entre esos pastos que uno nunca sabe bien qué puede haber.

Yo cruzaba el río en el cachiveo, la canoíta con que nos movíamos acá. Insúa, el almacenero de la Colonia, fue el que lo armó: clavó dos palos, uno en cada orilla del río, y los unió después con una sogá de acero que, a su tiempo, había hecho pasar a través de dos argollas de metal clavadas en cada extremo de la canoa, en la proa y en la popa. Eso era el cachiveo, había que subirse y tirar de la sogá para cruzar el río. Algo bien básico. El roce de la sogá con las argollas hacía una especie de chistido largo que a veces, en días determinados, me daba ganas de echarme a dormir y dejarme estar.

Yo cruzaba para sentirme más cerca de los Caicedo, sobre todo de la mujer. El marido, que ya era un hombre mayor, era también de buen cuerpo, fibroso, no era un tipo para joder. Si me caía bien era solamente por ella. Me gustaba ver que el tipo fuera casi un bruto, pero que con la mujer se comportara como un hombre cariñoso.

Cuando los hijos no andaban cerca —eran dos, los hijos, mujer y varón—, ellos aprovechaban para manosearse. A veces incluso terminaban revolcados entre los yuyos. Entonces la podía ver bien a ella, desnuda, chiquita como era, preciosa.

De tanto andarles atrás, pispiando, me aprendí muy pronto sus procedimientos. Eran bien elementales: él la buscaba —después de revisar algún motor, por ejemplo, con lo que si no lo estaba, al menos parecía sudado—, y le metía mano como de prepo. Ella —que supongamos, justo colgaba la ropa— hacía de cuenta que no quería, que no era el momento, hasta que de a poco se iba dejando hacer. Entonces él arremetía con una enjundia mayor: la ponía en cuatro patas, a ella, entre yuyos —con lo que me obligaba a acercarme, a buscar un mejor ángulo de observación— y por lo general le hundía su cabeza, la de él, entre las nalgas. De todo lo que hacían, eso era lo más lindo. Después de nuevo él la daba vuelta, de manera que ella quedara recostada en el colchón de pasto y yuyo que se formaba, y ya cogían de una manera clásica: él arriba, ella abajo. Si les quedaba resto —casi siempre—, ella se las arreglaba para colocarse un rato arriba. Lo bueno de esa posición era que podías verle las tetas.

Una vez listos —sin gritos, sino más bien como una larga contención de gemidos—, se quedaban un rato así, acostados, hablando en susurros. Pese a

tenerlos cerca nunca pude sacarles nada en claro de esas charlas, apenas palabras sueltas que seguro no eran las que yo creía escuchar. ¿De qué hablaban los Caicedo?

Después de tantos años sin verlos, con la casa muy venida a menos, yo ya pensé que les habría pasado algo —siempre uno piensa lo peor—, o que tal vez la hubieran vendido, a la casa. Hice memoria: por ahí alguno de los dos arrastraba problemas de salud y yo no me había percatado. Pero los Caicedo eran personas sanas.

También pensé en los hijos, que el problema podía venir por ahí: los hijos crecen y no es raro que aquello que tanto les gustaba —la vida en el campo y al aire libre en el caso de ellos— de pronto se les hace tedioso. Los Caicedo, que sin dudas eran buenos padres, habrían atendido al hartazgo de los hijos. Aunque de todos modos, ¿abandonar una casa por capricho de dos mocosos? No se justifica.

Como para variar un poco mi rutina y no vivir pendiente de los Caicedo mayores, yo solía seguir la vida campestre de los hijos. Eran chicos bastante básicos, hacían todas esas cosas que uno hace cuando es chico: inspecciones, experimentos, no hacer caso..., salvo en dos ocasiones que sí, que hicieron distinto.

La primera fue cuando les descubrí una como crueldad con un mono ya medio muerto. Lo encontraron tendido, al mono, entre unas ramas húmedas, a orillas del río. Primero lo estudiaron, con prudencia, de lejos, como si el monito pudiera contar todavía con un resto de fuerza y repelerlos de alguna manera. A los arañazos, digamos, o echándoles proyectiles de su propia mierda, de la mierda del mono, digo, que es algo que estos animales saben hacer cuando se ven amenazados. Después, superado el miedo, la inmundicia, o ambas cosas juntas, se acercaron cada uno con una rama. La nena fue la primera en mover el cuerpecito del mono. Con la punta de su rama le pinchó un costado, a la altura de las costillas. Aunque el mono, como era de esperarse, no reaccionó, ambos, la nena y el nene, retrocedieron como asustados. Se divertían.

Volvieron sobre el monito, esta vez primereando el nene con su rama, ya sin nada de miedo. Mientras él hundía la punta de su rama en un ojo del mono, ella insistía en arremeter contra las costillas, desgarrándole la piel en trocitos que tiraba después, como al descuido, a las aguas del río. El olor de la sangre atraía

las palometas. Y ver las palometas enloquecidas con unos pocos pedazos de piel les dio una idea nueva. Incrustaron las ramas bajo las axilas del mono y arrastraron su cadáver hasta el agua. Ahí el chico contó hasta tres, y de una patada —la zapatilla se le ensució de una mugre oscura que no era tierra— lo lanzó a las palometas. Contra mi presunción, el mono, su cadáver, se hundió al instante. Pero reapareció al rato dando saltos sobre el agua, como si recobrara la vida. Aunque ya no había vida en aquel monito, lo que alborotaba el agua eran las palometas, el hambre de las palometas disputándose al mono.

Las caras de los chicos Caicedo eran como de una perplejidad feliz. Me vi tentado de aparecerme y censurarles la diversión, pero quién era yo, me dije, para hacer tal cosa. Además, cualquier objeción carecía ya de sentido: el daño estaba hecho.

La segunda ocasión que me fijé en el comportamiento de estos chicos fue aún más extraña y también, para mí, un poco vergonzosa. Los Caicedo, los padres quiero decir, se habían entreverado en los fondos de la casa, sobre un catre endeble que a la vista no parecía que fuera a aguantar el peso de los dos. Pero como el hombre —y esto era algo que yo mismo vi— había pasado sus buenas horas dándole arreglo al catre —¿problemas de resortes?, ¿caños viejos, herrumbrados? Nunca se me hubiera ocurrido arreglar un catre—, di por sentado que ahora, recostando ahí a su mujer y disponiéndola luego en distintas poses, lo que pretendía era cerciorarse de la resistencia del catre, ponerlo a prueba.

Yo los miraba desde el terreno vecino, cada vez más confianzudo, cada vez más irresponsable también —a veces me daba por sospechar que los Caicedo ya me tenían visto y que les importaba bien poco lo que yo hiciera. Diez metros, calculo, era lo que me separaba de ellos, capaz menos, seis, siete metros. La distancia que haya sido era bien poca y evidenciaba la insensatez en que yo me iba dejando estar. El descuido, la irresponsabilidad.

En un mismo sentido, también se retorció el interés de mi acechanza: de pronto me enfocaba mucho más en la resistencia del catre que en el acto sexual de los Caicedo. En los chillidos, en el subibaja del catre. Hasta que un ruido de hojas, a un costado, volvió a torcer mi atención. Eran los hijos, instalados como yo en el terreno lindero, pero en la otra punta.

Igual que yo, apreciaban el espectáculo que ofrecían sus padres sobre el catre. Pero esta vez no había en sus caras signos de asombro ni de perplejidad, ni

siquiera de repudio. Eran caras neutras, sin sentimiento descifrable. El perplejo, en todo caso, era yo. Perplejo por partida doble: de un lado, el catre, que sí, que aguantaba cualquier cosa que los Caicedo hicieran sobre él. Y por otro lado esos chicos, la mirada sin alma de esos chicos.

A punto estuve de hacerles un nuevo cuestionamiento, pero entonces pensé otra vez en mí, en mi propia conducta. Cuál sería mi cara, pensé, cuál mi gesto, las veces que seguía el andar de los Caicedo padres. Atendí un rato más a la mirada muerta de aquellos chicos y después me fui, crucé el río y me refugié en mi casa.

Fue poco después que les perdí el rastro. Que dejaron de venir, digo. Anduve por los alrededores de su casa, como hacía siempre, pero ellos nada. Sentí lástima por los hijos. Aunque por ahí la vida en el monte no les gustara, les hubiera hecho bien. El contacto con la naturaleza, con otra forma de vida, algo distinto a lo que tendrían en una ciudad. Yo lo sabía por mi propia experiencia.

Un día, cuando me sentí seguro —y a la vez un poco triste— de que no aparecerían, decidí meterme en la casa, en la de ellos. El pasto crecido, las hojas muertas en la galería, cómo podía ser que dejaran así tirado un lugar tan lindo. Creí que sería necesario forzar la puerta, pero ni eso. Habían dejado abierto, sin llave, como entregado.

Era la primera vez que estaba yo dentro de esa casa, y hasta entonces había sido como muy respetuoso del lugar. Pese al tiempo —unos cuantos meses— sin vida interior, la casa mantenía un perfume agradable, un aroma y un orden. El polvo de este monte era lo único que jodía. La recorrí cuidándome de no trastocar nada, sintiendo una nostalgia por la familia Caicedo.

En los dormitorios había fotos colgando de las paredes, fotos de la familia. Revisé las camas, que sentí cómodas y resistentes. Era una casa sencilla y cómoda, por donde se la viera. Me senté en el comedor, en una silla de madera. Tuve, y no reprimí, el impulso de limpiarle el polvo acumulado.

Sentado ahí traté de ver el mundo, el monte que se asomaba por una ventanita sucia, como lo habría visto aquella familia —o aunque sea la mujer, que me gustaba tanto. Esa orilla del río era muy diferente de la mía. Eran dos caras de un mismo monte: la orilla de los Caicedo —como la veía desde ahí, sentadito en la cocina familiar, una orilla de una limpieza que abrumaba— y la mía, mi orilla, tan poco amable y tan escarpada, como una amenaza permanente.

Volví otras tantas veces —una vez a la semana digamos—, como para inspeccionar que todo siguiera en orden. Pero ya no quise meterme en la casa. Prefería pispiar desde afuera, mirar por entre las ventanas, merodear otro tanto, y listo. Supongo que por una cuestión de cariño, de añoranza por los Caicedo, es que asumí, no sé si el cuidado, pero sí al menos el registro rutinario de su terreno.

Ver ahora a estos pendejos, moviéndose con tanta insolencia y como dueños de todo, me hizo un nudo en la panza.

Me senté a orillas del río —en la orilla de mi lado, quiero decir—, como para captar lo mejor posible del escándalo que hacían. La India, que estaba excitada y muy hinchapelotas, ladró hacia la orilla de enfrente, pero su ladrido se ahogó entre los ruidos de una música.

En el baúl del auto habían insertado un sistema de sonido que hacía retumbar el ambiente. Era una música de tipo moderna, suave pero machacona.

Esforcé la vista y reconocí el logo en la camioneta: era de Vida Silvestre, los que andan con el tema de los animales y la ecología. Al toque me vino a la mente el monito. Dos cosas calculé: que me los mandaba Soria o que era pura casualidad. Cualquiera de las dos opciones me rompía las pelotas.

Como en la casa de los Caicedo hacía rato que no había electricidad, los pendejos estos tenían que manejarse con linternas. Conté por lo menos tres haces de luz, dos que manejaban con precisión, bien dirigidos, a la busca de algo, y otro haz que lo estaban usando para joder nomás. Digo que para joder, porque la chica que tenía la linterna —la más rubiecita de las dos que había— se apuntaba el haz al mentón y perseguía a los otros con alguna broma, algún tipo de chiste.

Después vi que la otra chica manipulaba una luz más débil. Pensé, primero, en una linternita, pero cuando el gordo apareció con una luz igual me di cuenta que eran teléfonos celulares. Muy poco podrían apreciar con esa iluminación. La rubiecita, que bien podría haber aportado la linterna, la luz más potente, en algo más práctico y que les sirviera a todos, seguía jodiendo con sus chistes.

De la camioneta vi que bajaban algún tipo de instrumental, cajas de herramientas del tipo botiquín, y otros enseres más raros que parecían telescopios.

También bajaron dos conservadoras de frío, pensé que con remedios o con productos para echar en el ambiente, pero la rubia sacó una botella de cerveza de

una de las conservadoras y empezó a perseguir a uno de los varones para que se la abriera. Dieron vueltas con eso, como jugando, hasta que el chico agarró la botella, se llevó el pico a la boca y la destapó con los dientes. Escupió la chapita y se zampó un trago. La rubia se lo festejó, exagerada, y después le quitó la botella. Su trago fue más breve, apenas un sorbo, pero hizo un gesto alocado que los otros le celebraron como si con eso, con ese sorbo, se hubiera tomado la gran cosa.

Para no perder la atención de sus amigos —que seguían, pese a ella, practicando algo como una organización, un orden en esa oscuridad— la rubia se puso a bailar. Primero levantó la botella por sobre su cabeza, como un estandarte, y después la dejó en el piso y le bailó alrededor. Como venerando con su baile a la botella. Aun así, salvo un par de festejos del gordito, no consiguió mantener la atención de los demás.

La otra chica —que era más fea que la rubiecita, pero también menos tarambana— terminó de bajar unos bártulos de la camioneta y se perdió adentro de la casa. Y desde adentro, deduje, fue conduciendo la disposición de las cosas, armando una comodidad posible. Los varones entraban y salían, era evidente, de acuerdo con las indicaciones de esta chica.

Vi que uno manipulaba unos cables, abría el capó de la camioneta y los conectaba en alguna parte del motor, más que seguro a la batería. Después apareció la chica —la más trabajadora— con unos bultos que resultaron ser faroles. Se los tendió al chico que trabajaba medio hundido en el motor, que en un periquete hizo alguna conexión y de repente la galería de los Caicedo se colmó de luz. Una luz tenue, pero increíble.

Los otros, los que estaban distraídos en otras cosas, pegaron un par de gritos como de celebración, y el chico les hizo una especie de reverencia, como si les agradeciera.

A todo esto la rubiecita había dejado de bailar. Sentada en la galería, tomaba cerveza del pico, siempre de a sorbitos, y cantaba la música que salía del auto. Su voz, como los ladridos de mi perra, se perdía en la noche.

La Vieja

En la silla junto a una mesita de madera, la mujer parecía dormida. Dormida como un borracho, pensé, porque su pose —la cabeza hundida entre los brazos— era la típica de los borrachos. Tenía puesto un vestido harapiento y algo como un pañuelo le cubría el cráneo. En principio no me asusté, creí que era un sueño, una alucinación mía, pero el zumbido de los insectos me despabiló. Me di cuenta dónde estaba y me volvió todo el miedo de la noche.

Aunque ahora había algo de luz en el ambiente —podía uno apreciar las figuras, algunos colores—, también había como una sensación de penumbra. Quise hablarle a la mujer, me asustaba pensar que no supiera, ella, de mi presencia en la casa, que todavía era su casa. Pero la voz no me salía. Me sentí atorado y un poco tonto. Además, pensaba, si la mujer no se había percatado aún de mí, bien podía pegarse un susto, entrar en pánico o alguna reacción así.

Hice un esfuerzo y me salió una voz aflautada.

«Señora», dije. Pero la tipa ni se mosqueó. Me levanté entonces, despacio y con cuidado, un poco para no sorprender a la mujer —en el caso de que se despertara—, y otro tanto porque me dolían los huesos de haber pasado la noche en una posición tan incómoda.

También me preparé para volver a hablar —«Disculpe», iba a decir esta vez —, pero entonces el zumbido de las moscas y mosquitos y de toda la podredumbre que había en la casa se hizo más intenso y me di cuenta —mareado y confundido como estaba— que la mujer no dormía sino que estaba bien

muerta.

Esa comprobación me sirvió para reaccionar y, aunque de mala manera, salirme de la quietud. Medio atolondrado me pude hacer un paneo de la casa y me puse en pie de un tirón. Llegué a la puerta de salida y al mismo tiempo caí en la cuenta de que a la noche no había hecho más que girar en un espacio pequeñísimo. Pero la misma histeria que a la noche me ahogaba, ahora, en esta penumbra, me movía de una manera eficaz, casi con determinación. Y todo pese al atolondramiento.

El asunto es que abrí la puerta y salí.

Afuera el mundo era bien otro. No más hediondez, no más zumbidos. En cambio, un solazo que me dejó la vista en blanco por un buen rato. Pero qué podía importarme después de tanta oscuridad.

En cueros como estaba, me tendí en la tierra ahí nomás, a pasitos de la puerta, y pensé —otra vez pensé— en la cosa más conveniente. Más conveniente para mí, quiero decir. Lo ideal, razoné, era irme, atravesar el monte hasta el camino, subir a mi camioneta y volverme a Resistencia, a mi vida de allá, que era mi vida de siempre.

Traté de no pensar en nada, al menos por un rato quise estar en paz, que el griterío de los pájaros me ayudara a descansar antes de hacer lo que tuviera que hacer. También esperé que el sol, que hasta ese momento había sido nada más que una molestia, me recargara de energía con su calor. Y el método surtió efecto: en un ratito me sentí bien, tanto que me di hasta el gusto de girar por la tierra —disfruté también la sensación del polvo, de la mugre, pegándose a mi espalda— y desperezarme como hacen los perros.

Tanto me tranquilicé, que pude darme cuenta de las ganas terribles de mear que tenía y que, de puro nervioso, me venía reprimiendo. No me tomé el trabajo de levantarme: bajé el cierre del pantalón y meé desde el piso, de costado, formando un charquito junto a mí. Por alguna razón, sentí en esa meada una casi felicidad.

Después, y para cuidarme de sentir el olor de mi propio pis, moví el cuerpo, alejé la cara y tomé aire, mucho aire, como para resolverme. Pero cuando por fin me puse en pie, en vez de apuntarme en dirección al monte —como había dispuesto un rato antes— apunté de nuevo a la casa.

Me planté en la puerta y conté: uno, dos, y pronuncié el tres junto con una

patada, a la puerta, como si abriendo así, de sopetón, fuese a encontrar a alguien in fraganti. No cometí, esta vez, la torpeza de mandarme sin recaudos. Sostuve la puerta con un pie, de tal manera que no se cerrara tras de mí.

El movimiento brusco, la patada contra la puerta, me obligó a un reacomodo —largué además una especie de resoplido— antes de presentarme a lo que hubiera dentro de la casa. No sé, no puedo decir, qué esperaba encontrar. Lo concreto es que había aquello que yo bien sabía: olor a podrido, moscas y una vieja muerta.

Ese panorama medio desolador casi me empuja de nuevo sobre mis pasos, pero la sensación de hastío, de ganas de terminar de una buena vez con tanta desgracia, hizo que me quedara adentro. Que me la banque.

Aunque ya no tenía caso, me tapé la nariz con los dedos de una mano —la derecha— y me mandé hacia una habitación de las dos que se percibían desde donde yo estaba. Antes puse, empujando con los pies, un felpudo —o bien un pedazo de tela podrida que semejaba un felpudo— que trabara la puerta de entrada y la dejara abierta.

La habitación que elegí para entrar era minúscula, pero tenía lo que yo buscaba: una cama con mantas. Con la mano izquierda —la derecha, sus dedos, seguía sobre la nariz— tanteé el estado de las cosas y me decidí por una frazada. Tuve que ocupar las dos manos para desplegar la frazada en el piso y apreciar bien su tamaño, con lo que la nariz me quedó sin resguardo y me llegó como en patota la pestilencia del lugar. Aun después de pasar la noche en la casa, era imposible, para mí al menos, acostumbrarse al hedor. Era como una lucha frustrante.

Más por eso —por salir pronto y tomar algo de aire del bueno— que por considerar adecuada la frazada, me di por satisfecho y salí de la habitación arrastrándola, a la frazada, y con los dedos de la mano derecha otra vez sobre la nariz.

De nuevo en el comedor —o en el espacio de la casa que yo empezaba a llamar comedor— me dispuse a trabajar en serio y sin remilgos, aunque para ese momento empezaba a ser consciente de la sed que tenía.

Acomodé la frazada a los pies de la mujer muerta —corroboré de paso, al acercarme, que era ella la fuente principal del mal olor— y estudié la mejor manera de volcarla ahí, sobre la frazada. Solo pensar en tocar, en apoyar mis

dedos sobre ese cuerpo, me provocó repulsión, así que de un paneo busqué un palo, algo que usar a modo de palanca o cosa parecida, que me permitiera moverla sin entrar en contacto.

Como no encontré nada en la casa, aproveché para salir, buscar afuera y reponer el aire. A esa hora —calculé las ocho, nueve de la mañana— el sol todavía no estaba en su esplendor, pero ya picaba. De no estar ocupado me hubiese metido bajo la sombra de un árbol, a chupar una naranja, a retozar hasta la tarde.

Entre un lío de hojas y tierra, encontré una rama que, a ojos vista, parecía ideal. Me mandaba ya para adentro de la casa cuando descubrí, ahí nomás junto a la puerta, algo mejor: un palo de escoba. Se lo veía viejo, un poco negruzco de mugre, pero lo tanteé y me dio la sensación de que se iba a aguantar el peso de la vieja. Entré con las dos cosas, con la rama y con el palo.

El mosquerío, con ese zumbido inmundo, se me vino encima apenas me ubiqué detrás de la silla con la vieja. Ahora tenía que hacer todo rápido, ya no podía taparme la nariz. Pero en el apuro quise despejarme la cara de moscas —muy excitados estaban los bichos con el olor, como enloquecidos— y acabé pegándome con el palo de escoba en la boca. El golpe fue tan imprevisto que me dejó atontado y, sin querer, solté el palo. Me agaché urgente a buscarlo, con tanta mala suerte que pegué la cabeza contra el respaldo de la silla. Este golpe sí ya fue más doloroso y ya no pude mantenerme en pie.

La caída no hubiese sido la gran cosa, pero en mi desesperación atiné a manotear la silla y lo único que logré fue arrastrarla conmigo. Caí sobre la frazada y un segundo después se me vinieron encima la silla y —lo más terrible— el cuerpo de la vieja. Quedé aprisionado bajo las dos cosas, moviéndome como una tortuga dada vuelta, hasta que, de a poco, me fui zafando.

Entre mis sacudidas, alcancé a verle la cara a la vieja: un rostro sin rostro, algo borroso que me dio menos asco del que hubiera pensado, pero con algo de fantasmal que me erizó el esqueleto entero. El pañuelo o mero pedazo de tela que le cubría el cráneo también cayó y dejó a la vista una pelada deforme, llena de irregularidades, con mechones de pelo blanco como hilos sueltos.

Para quitarme el cuerpo de encima no me quedó otra que tocarlo, y en mi urgencia no me preocupé por ser precavido, por agarrar a la mujer de una manera que no me contaminara tanto. Así es que cuando presioné, a la altura de

las costillas, mis dedos se hundieron en una sustancia gomosa que me los dejó como grasientos.

El cadáver de la vieja pareció quebrarse por el zamarreo. Quedó boca arriba, la cara de fantasma como suspendida en medio de una frase. Me levanté, asqueado, y me sacudí el cuerpo, los brazos, con ganas de arrancarme la piel.

Miré a la vieja con bronca, como que la culpé de todo lo que me pasaba. También grité, un alarido potente que me limpiara por dentro.

Con la energía y un poco del enojo que me quedó, pateé tres veces el cuerpo de la vieja, cosa de por lo menos arrimarlo a la frazada. Después, ya entregado, me resigné a tocar el cuerpo y a ubicarlo de la mejor manera posible. Las zapatillas, el torso, pero sobre todo las manos, me quedaron húmedas por el contacto con tanta putrefacción. Para colmo, por querer quitarme las moscas de encima me pasé una mano por la cara, con lo que me esparcí esa podredumbre en toda la nariz. Aunque la situación se prestaba, no volví a gritar.

Agarré la frazada por las puntas y, con cuidado, arrastré a la vieja como si fuera sobre una alfombra mágica. Una alfombra rastrera. Me preocupó que el cráneo quedara por fuera de la frazada, con lo cual podía estropearse aún más en el arrastre por el suelo. Pero por el hartazgo, y sobre todo por la sed, decidí dejar el asunto así.

Afuera de la casa el sol ya estaba tremendo, insoportable. Me convenía apurar las cosas, podía ser que con la temperatura tan alta la descomposición del cadáver se adelantara. Lo miré con atención, al cadáver, por primera vez bajo una luz potente. No pude, por ser un completo ignorante al respecto, hacerme una idea de cuánto tiempo llevaba muerta esa mujer. Si bien tenía los ojos abiertos, daba también la impresión de que no los tuviera, de que se los hubieran arrancado. Tal vez, pensé, en vida había sido ciega.

Aun con esa especie de agujeros, o como rajaduras, que le surcaban las mejillas, lo que más me impresionaba era el cráneo pelado. De haber sido el cuerpo de un hombre, pensé, tal vez la pelada me hubiera resultado de lo más común.

Arrastré de un tirón, unos veinte metros digamos, el conjunto que conformaban la frazada y el cadáver, hasta dar con una sombra. Desde ahí calculé la distancia y el mejor trayecto hasta el río. Podía, es verdad, cavar un pozo, una fosa, improvisar una especie de tumba para la mujer esta. Pero con el

correr de los días me iba a entrar miedo, algún recelo, por tener el cuerpo tan cerca. Por eso preferí la opción del río. Igualmente, algo me hacía sentir culposo por el destino final de la vieja. Como que lo mío, mi intervención, era una profanación a la inversa. El río, aunque más trabajoso —por el recorrido que demandaba—, era como una solución más limpia.

Así que agarré de nuevo la frazada y caminé monte adentro, en dirección al río. No me preocupé —ya no podía preocuparme por eso— por la cantidad de espinas y pinchos que se me pegaban al pantalón y, como con saña, lo iban deshilachando. Eso, un pantalón y remeras en buen estado —junto con una profunda limpieza de la casa—, era lo prioritario una vez resolviera lo de la vieja.

Iba ya bien enfilado, convencido de que me faltaba poquito para el río, cuando me topé con un alambrado de púas. No era la gran cosa, habrá tenido como mucho un metro de alto, pero pasar por ahí el cadáver iba a ser todo un tema. Lo más fácil hubiera sido alzar el cuerpo y pasarlo por arriba, por sobre el alambrado, pero yo ya no quería tocar el cuerpo. Hice una medición, a ojo, y concluí que bien podría hacerlo pasar por abajo. Primero cruzaba yo, lo que en teoría era muy fácil, y después, ya del otro lado, tironeaba hasta mí la frazada con el cadáver.

Pero de entrada la cosa se complicó. Para empezar, apenas apoyé un pie el alambrado se vino abajo y las púas se me engancharon en la tela del pantalón y otro tanto en la zapatilla. No sentí dolor, al menos, en la caída. Tirado entre yuyos, empecé a desprenderme de las púas y cuando me creí libre, comprobé que tenía una púa ensartada en la pantorrilla derecha. No me di tiempo de quejarme y, antes de que me doliera en serio, desprendí la púa de un tirón. Con el desprendimiento, el alambrado volvió a su posición, impulsado como por un resorte. Los ojos se me llenaron de lágrimas y me vino como un dolor de cabeza, pero respiré hondo —como había hecho ya tantas veces en el último día— y el sufrimiento no pasó a mayores.

Tal vez algo en mi caída —y sobre todo en la caída y vuelta a su lugar del alambrado— perturbó la precisión del cálculo que yo había hecho, porque cuando intenté pasar el cuerpo de la vieja por abajo, las púas se engancharon primero en pelusas de la frazada y después ya en la mezcolanza que eran la vieja y su vestimenta. Ahí tuve otra vez un trabajo penoso, entre que desprendía púas

de un lado y del otro, y que al mismo tiempo empezaba a sentir los dolores de mis propias heridas y de la sed. Me detuve un segundo a pensar en eso, en la sed, en el tiempo que hacía que no ingería líquido. Una naranja había sido lo último.

Terminé de pasar el cuerpo y apuré el paso, arrastrando la frazada y sin pensar ya en el alambrado, en que pudiera aparecerme algún dueño de esos terrenos y me viera en situación semejante. Me fui abriendo paso hasta llegar a unas totoras que me tapaban la visión. Tuve la precaución, antes de seguir, de cerciorarme que no hubiera agua o humedales en el camino, que no hubiera nada que me complicara aún más el trajín. Pero, por suerte para mí, estaba todo seco, incluso un poco quemado.

Después, una vez que crucé el totoral, ya sentí la presencia del río. Como que algo en el aire y un rumor de agua lo anunciaban. De tan inmerso que estaba en captar esas sensaciones, no me percaté cuando tuve la orilla frente a mí. Me emocioné. Una alegría medio de nenito me atravesó el pecho.

La orilla, por lo menos en la parte del río que fui a dar, era de lo más barrosa, y tuve que caminar con cuidado de no resbalarme. Me arrodillé ahí, sobre ese barro, junto al agua, armé un cuenquito con mis manos, y tomé. Me pasé un buen rato con el agua, limpiándome las manos, refrescándome la cabeza, la nuca y los sobacos. Un alivio importante el que me hice, a tal punto que casi dejó de preocuparme la vieja, su cuerpo esperándome para que finiquitara el asunto.

Me levanté, decidido, y ya sin prurito y sin remilgos metí el cuerpo bien adentro de la frazada, até las puntas y envolví todo como si fuera un paquete. Quedó como un bodoque, que hice rodar por el barro hasta que tocó el agua. Ahí tuve que hacer un esfuerzo mayor, porque el barro —que en principio supuse que funcionaría tipo deslizante— atoró el paquete. Gasté mi última fuerza mandándome yo también dentro del agua, de tal modo que pudiera empujar el paquete más hacia el interior, que se perdiera en el río. En el medio de todo me alegré por mis zapatillas, tocar el barro con los pies descalzos se me hacía repugnante.

También llegó un punto en que me asusté: los pies —las zapatillas o sea— como que se clavaron en el fondo, y caminar adentro del agua se me hizo complicado. Daba la impresión de que el barro te quería chupar.

Me mandé como pude, hasta que el agua me llegó a la altura del pecho. Más ya no hubiera podido y, además —o sobre todo—, ya no tenía mucho sentido,

porque el paquete con el cadáver se me había escabullido y no daba para ponerse a buscarlo. Así es que me resigné a dejarlo a una distancia de la orilla menor de la que hubiera deseado. Me consoló pensar que no mucha gente se andaría por esa zona, que no iban a encontrar a la vieja así nomás.

Salí del agua haciendo un esfuerzo descomunal, cuidándome de no dejar las zapatillas hundidas en el barro.

Fue cuando me instalé de nuevo en la orilla, echado junto al agua, que oí el ruido a mi espalda. Miré y lo vi a Soria —más tarde me enteraría que ese era su nombre—, que me miraba, a su vez, apoyado contra un árbol. Tenía puestas una musculosa rosada y una bermuda, las dos descoloridas de tan viejas. También un sombrero, de una tela ya medio podrida.

Me pegué tremendo susto, pero creo que actué correctamente: desde el piso, desde el barro, levanté una mano a modo de saludo, como queriendo significar que todo estaba bien, que lo mío era en son de paz o algún sentimiento así. Soria no me devolvió el saludo, pero tampoco hizo gestos hostiles.

Se arrimó a la orilla, se puso a unos cinco metros de mí, y posó su mirada en el río. No me dijo nada, nada de nada, y tampoco a mí se me ocurrió algo que decir. Preferí quedarme ahí tendido, a la espera. Además, mi cansancio era tanto que no me daba para improvisar algo, ni siquiera para pensar. Soria siguió un rato más con la vista clavada como en un punto lejano y después, como si se hubiera cumplido algún tiempo estipulado, dio media vuelta y se mandó monte adentro.

Yo me quedé como estaba, en el barro, y ya sin querer pensar.

Desde la otra orilla

El hombro me tenía mal, después del tiro en falso el dolor se fue poniendo cada vez más feo. Como que lo sentía expandirse hacia el resto del cuerpo. Aun así me calcé mi bolsito con cosas básicas —mi bloc de hojas y mi birome, un cuchillo, un trapo y una naranja—, le sumé la escopeta y me volví —siempre con la India al lado— a espiar desde la orilla. No era que pensara usar la escopeta, pero me gustaba tenerla conmigo.

Salvo el gordito —que sus amigos, incluidas las mujeres, le decían «Gordo»—, los otros dos varones tenían pinta de muy cancheros, de los que se las saben todas. Pero por eso también se me hicieron como medio boludos.

Presté atención y me aprendí sus nombres: Migue —el más grandote, como jugador de rugby, y que parecía ser el que más llevaba la batuta, además de ser el que conectó la luz— y Loco —o Roco, no entendí bien, pero sí vi que era el más feo, una cara como que se la hubiesen roto a golpes.

De las mujeres me enteré que la rubia se llamaba Lola, y no sé por qué, capaz que por relacionar el nombre, Lola, con una conducta medio alocada, me pareció como muy apropiado para ella. De la otra chica sí que no alcancé a saber el nombre.

Entre que fui a buscar la escopeta y el bolsito y que volví hasta el río, dieron pasos gigantes en su intento de organización. Se habían armado un fuego y ahora iban por el asado, todo sobre una parrillita que ellos mismos se habrían traído. Por lo menos yo nunca la había visto por ahí, a la parrilla.

Otra cosa que hicieron fue sacar la mesa del comedor para ubicarla en la galería. Una mesa de algarrobo, pesadísima. Calculé nomás el terrible trabajo que se habrían tomado para mover semejante mueble, una mesa como aquella no se mueve así tan fácil. Pero el aire de afuera, que se sentía bien, lindo, y aquella casa, la de los Caicedo, que seguramente habrá tenido un semejante olor a guardado, valían el esfuerzo, el de mover la mesa.

Comieron poco y lento. En parte por entretenerse con otras cosas —lo que yo había entendido como un telescopio era una cámara de fotos, y Migue estuvo un buen rato con eso, sacándole fotos a todo el grupo—, pero más que nada porque en un momento alguien hizo un comentario gracioso —entiendo yo que fue un comentario gracioso— y al gordito se le mezcló la risa con un pedazo de asado. Se quedó sin aire, el pobre, y sus amigos tardaron en darse cuenta de que el asunto era serio. En vez de ayudarlo, se le reían. Tuve ganas de correr, de cruzar el río de la manera que fuese para darle una mano al pobre gordo, que lo más que hacía era levantar los brazos —le quedaba la panza al aire con ese movimiento, una panza blanca que parecía de manteca— y practicar un intento de respiración.

Fue Loco —o Roco— el que se salió de la estupidez y fue a darle una ayuda. Habrá visto en algún lado, en la televisión supongo, la manera de intervenir en estas cuestiones. Tomó al gordito por atrás, le inmovilizó los brazos y le cruzó las manos, sus manos —las de Loco, lo voy a llamar así—, por sobre el pecho y apretó con fuerza una, dos, tres veces, hasta que el gordo largó, como un escupitajo, el amasijo de carne que se le había trancado.

En medio de todo el procedimiento, hubo también griterío. Por un lado las mujeres —que no contribuían para nada, que gritaban de puro histéricas—, y después Migue, que tiraba indicaciones, como si él quisiera encargarse de salvarle las papas al gordo y no soportase que Loco le ganara de mano.

Yo aproveché el escándalo para buscarme un sitio que me permitiera espiarlos con más claridad. Y escucharlos también, porque entre una cosa y la otra se me perdían un buen montón de palabras, frases completas, y hasta que les encontraba un sentido ya perdía el hilo del resto. Al final, apenas si me hacía idea de lo que tramaban estos pendejos.

Yo seguía con la idea de que alguno, o alguna, eran el hijo o la hija de los Caicedo. No es que pensara presentármeles y hablar del tema, de sus padres, saber qué fue de sus vidas, pero me hacía ilusión imaginar que frente a mí

estaban el chico o la chica que yo había conocido años atrás, convertidos ahora en algo bien distinto —en unos pendejos de mierda quizá— pero de alguna manera ellos mismos. En todo caso también podía ser que yo estuviera prejuzgando, era muy poco lo que sabía de estos chicos y, aunque alguno de ellos fuese o no hijo de los Caicedo, por verles hacer un par de estupideces era como muy pronto para decirles pendejos de mierda.

El gordo se veía confuso después del susto. Quedó sentado en el piso de la galería, haciendo esfuerzos por respirar bien. Los demás volvieron a reírse, ahora más tranquilos, hasta contentos de que el gordo se hubiera atorado. Le hacían bromas, todas apuntando a su apuro por comer, a su voracidad. Pero yo lo había visto sereno al gordo mientras comía, como si midiera cada mordisco. Fue por exagerar una risa que se atoró. Ahora me daba pena verlo así, un poco medio desamparado.

Los amigos habrán sentido algo parecido, porque empezaron a mezclar las burlas con palabras de aliento. Las chicas lo abrazaban. Lola sobre todo, aunque también es verdad que Lola repartía abrazos y manoseos con cada uno de sus amigos. Era complicado adjudicarle preferencia por alguno. De a ratos me hacía pensar que tenía un metejón con Loco —más aún después de la actuación de Loco socorriendo al gordito: ahí Lola se le colgó del cuello y le metió unos cuantos besos—, pero al toque ya estaba buscando a Migue con la misma enjundia. Y ahora con el gordo, que apenas podía sonreír.

Por estar pendiente de eso, no me percaté de que Migue se había llevado a la otra chica —la más trabajadora, digamos— para el lado de la parrilla. Cuando los descubrí, estaban ya a los besos y Migue le metía una mano bajo la pollerita. Envuelta en esa faena, la chica esta se ponía más linda, como que le adivinabas un gesto pícaro, tanto que me perdí en eso, en imaginarme sus gestos.

Pero después de un rato el asunto se volvió tedioso, como que no avanzaban, ni Migue ni la chica. Quedaba todo en el manoseo, en chuparse un poco el cogote, en pajearse, pero a la hora de dar el paso me hacían pensar que no se gustaban tanto entre ellos o bien que eran bastante sonsos.

Los salvó la India, que también se habrá aburrido de que no pase nada y que capaz por eso pegó un ladrido que sonó como una alarma. Digo yo que por el silencio —desde hacía un rato la música se había cortado y lo único que sonaba eran unas ranas y unos grillos—, por el silencio fue que sonó así el ladrido, tan

fuerte y agudo, un ladrido distinto a los que acostumbraba mi perra. Migue y la chica hicieron de cuenta que se preocupaban por distinguir de dónde venía, pero en realidad lo que hacían era desentenderse de ellos mismos, no pasar tanta vergüenza con ese manoseo que no iba a ningún lado.

Alguien —no supe ver quién, solo que era uno de los varones— mandó a callar con un «zape» a mi perra. Fue, en realidad, un grito al vacío, porque la perra ni se mosqueó. De hecho ladró más fuerte. Pasa, por lo menos hasta donde yo sé, que esos gritos de «zape» se destinan más a los gatos que a los perros.

Me alejé unos metros de la India —que de repente estaba como enceguecida con los ladridos—, cosa de salirme del punto de atención. Me ubiqué en un sitio más seguro, pero con la desventaja de que justo la camioneta y el auto me entorpecían la vista y me bloqueaban a los pendejos. Se oían sus voces nomás, que de censurar los ladridos de mi perra pasaron a las burlas, con insultos y gritos de sapucaí en el medio.

Les quise dar un susto y me armé un bollo de barro, como para tirárselo. Le apunté más o menos a la altura del capó o del techo de la camioneta. Que el ruido les diera el cagazo. El tema es que calculé la distancia —unos treinta metros, tenía que atravesar el río con mi bollo— y no me pareció que pudiera llegar. Por el dolor en el hombro más que nada. Amasé el barro con la mano izquierda, para ver si de ese lado del cuerpo el movimiento se me hacía menos doloroso. Decidí que haría la prueba con un lanzamiento.

La India, mientras tanto, seguía meta ladrar y de la otra orilla seguían también los gritos. Me acomodé para tirar el barro, medio cuerpo vuelto hacia atrás, y cuando largué el bollo, todo el dolor que yo sentía concentrado en mi parte derecha se me vino hacia el resto del cuerpo. Grité entonces, del dolor.

El barro quedó a medio camino, cayó al agua con un plop que los pendejos ni habrán sentido. Pero sí que sintieron mi grito. Hasta los ladridos de la India se cortaron, y del otro lado, se notó, cortaron el griterío y se pusieron como a la expectativa. Se sentían susurros.

Me senté en la orilla, sobre el barro, abrazándome a mí mismo como para contener tanto dolor.

Después de un rato de silencio casi que total, la India volvió a ladrar. Más pausados los ladridos, como que dejaba un buen espacio entre uno y otro, pero me dio la impresión de que eran también ladridos más potentes.

«Quién está ahí, la concha de su madre», gritó uno de los varones, yo diría que Loco, aunque no podría precisar. Yo ni en pedo quería responder, en lo posible que no se me sintiese, pero era tanto el dolor que me cruzaba el cuerpo, que se me escapaba un lloriqueo largo y espantoso.

«La puta que te parió», volvieron a gritar. Y después empezaron con una lluvia de botellazos. Tiraban medio a lo ciego, como por tirar nomás. Entendí que, más allá de no haber llegado con el bollo de barro, mis gritos y un poco de los ladridos de la India los asustaron.

Era difícil que fueran a pegarme —tiraban las botellas más para el lado de la India, que de todos modos ya se había vuelto para mi lado, ladrando en retirada—, pero por las dudas me acovaché entre unos arbustos. Tuve que bancarme el dolor y que la ropa se me acabara ensuciando. Puteé un poco porque, después de todo, era ropa recién limpia.

Ellos siguieron, después de las botellas —una botellita de cerveza me cayó muy cerca, hasta le leí la marca— empezaron a tirar ya cualquier cosa, todo mugre: cascotes, huesos del asado, panes endurecidos, una cebolla, y bultos que no podía yo distinguir de qué eran.

La India aprovechó para hacerse de unos huesos, medio a las apuradas para esquivar el resto de porquerías que tiraban. Me asusté en un momento porque algo le pegó a la pobrecita, pero después la vi venirse junto a mí, moviendo la cola lo más campante, y me tranquilicé. Caminaba contenta, con un hueso atravesado en su cabeza torcida.

Me dio tanta ternura mi perra y tanto me enojó que estos pendejos nos tiraran su porquería, que tuve la tentación de calzarme la escopeta y asustarlos en serio. Pero pensé en mi hombro, en el accidente que había tenido a la mañana con el mono, y dije que se vayan a cagar.

Dejé pasar un rato, que se aplacara el escándalo y que de paso se me fuera un poco el dolor tan agobiante, para acomodarme después en un lugar mejor. Un lugar más seguro y también con mejor vista de la otra orilla.

Igual, los pendejos se tomaron su tiempo antes de calmarse. Loco hasta tuvo el coraje de irse bien hasta la orilla —la orilla de su lado—, bajarse el pantalón y apuntar su culo blanco hacia nosotros —hacia donde él suponía que estábamos nosotros, la India y yo, porque la verdad es que, por no orientarse, le apuntaba al vacío.

Con el culo al aire, gritó dos veces así: «Esto es para vos, esto es para vos».

La ocurrencia de Loco hizo que se pusieran más contentos, que nos tiraran más basura y que quisieran copiarle el chiste. A punto tal que Lola, la rubiecita, se le puso a la par y, si bien no se bajó los lienzos hasta el tope, meneó el culo y gritó algo que no entendí pero que, era evidente, seguía el hilo de los insultos.

Yo me quedé tranquilo, qué otra cosa iba a hacer, mirando a mi perra que feliz de la vida lamía un hueso. Aproveché para pensar, para reflexionar un poco sobre el comportamiento de la gente. Por eso, supongo, por distraerme con pensamientos así, me dormí. No soñé nada, al menos nada recordable, pero me hizo bien dormir. Sobre todo porque me olvidé un rato del dolor en el hombro. Me costó nomás, una vez despierto, entender dónde estaba, metido en qué asunto.

Fue la India, de nuevo, adormilada a mis pies, la que acabó de espabilarme. Rearmé entonces el panorama: los pendejos en casa de los Caicedo, la música alta, la parrillita, el gordo atorado, hasta llegar a la pedrada de porquerías. Solo que ahora no se oía nada, nada de nada.

Me acomodé la escopeta y recorrí la orilla, sin dejar de agazaparme. Los distinguí primero a Migue y a Lola, dormidos en la galería, medio que en un desparramo. Él dormía sentado, la espalda contra la pared, y ella echada encima suyo, con la cabeza apoyada en las piernas de Migue y el resto del cuerpo sobre el piso. Pensé que tendría frío, Lola, sin nada con que cubrirse.

Los miré un buen rato, hasta sentirme seguro de que durmieran, y después me moví, siempre como en cuclillas, hasta quedar de cara a lo que sería el jardín. Aunque con tanta ausencia de los Caicedo, era mucho el descuido como para hablar de un jardín.

Como no los veía por ningún lado, supuse que Loco y la otra chica dormían adentro de la casa, en alguna cama. Me imaginé que el gordito también estaría con ellos. Aunque bien podía ser que las camas, por tanto abandono, no estuvieran en buenas condiciones —las sábanas sucias, o los colchones ya podridos de la humedad.

Pero entonces oí algo que me sonó como un chirlo, o tal vez más parecido a un aplauso. Paré la oreja todo lo que pude y escuché, bien clarito, un clap. Después otro y otro más. Me enderecé un poquito, cosa de ampliar mi visión, y ahí los vi, en medio de un pastizal: la chiquita echada, con el culo en alto, y Loco

atrás, arremetiendo. Entre una y otra arremetida, levantaba la palma de una mano, Loco, y le metía un chirlo en un cachete del culo.

Muy mecánico todo, salvo los chirlos casi que no hacían otro ruido. Los miré un buen rato, me hicieron pensar que podían pasarse toda la madrugada con eso.

De tan aburrido, pensé en volver a mi casa, lavarme y descansar un poco. Y en eso estaba, en irme, cuando vi al gordito. Ajeno a la dispersión del resto, lloraba en silencio, a la intemperie. A unos metros, apenas, de Loco y la otra chica. Sentí una lástima tremenda por él, por el gordito, y no sé bien por qué, un gran odio por el resto.

La camioneta de Insúa

Lo primero que hice al volver del río fue abrir cada ventana de la casa. Que se aireara el ambiente, que saliera la porquería. El olor, me di cuenta, no era solo por la vieja. Había otras cosas en mal estado, como grasa y aceite que enchastraban las paredes. No iba a ser un trabajo así nomás.

Enumeré lo que me haría falta para una limpieza a fondo: escoba, lampazo, por lo menos dos trapos, lavandina unos cuantos litros, detergente y algún desodorante.

Me sentía con fuerzas, con ganas de trabajar, pero también un poco perseguido. Dejé la casa abierta —si nadie se había metido en todo ese tiempo, no se iban a meter ahora— y atravesé el monte hasta el camino, de vuelta a mi camioneta.

Le encontré huellas alrededor, a la camioneta, y eso me puso como más paranoico. Me puteé por ser tan imprudente y dejarle las llaves puestas. Si alguno hubiese querido, me dejaba bien a la deriva, en pelotas.

Abrí la puerta del lado del acompañante, con cuidado, pensando que por ahí me saliera algo de adentro. Un pensamiento tonto, pero ya muchos sustos me venía pegando y eso de alguna manera justificaba mi comportamiento cauteloso.

De todos modos no había nada, barro nomás, barro seco. Alguien medio sucio —o ya bien sucio del todo— había estado ahí, sentado, chismoseando probablemente. Podrían haber sido unos pendejos, alguien que no se animó a poner en marcha y mandarse a mudar con mi camioneta.

Olí bien, en profundidad, el ambiente de la cabina. No sentí nada raro. Sacudí un poco el barro seco dando palmadas fuertes sobre el asiento. El barro se hizo polvillo y como que cubrió la cabina, se elevó, el barro hecho polvo, por ese ambiente minúsculo y volvió a caer, suave, sobre el tapizado.

Después me subí y le di arranque. Pese a los años encima, era una buena camioneta, con aguante. Manejé hasta la Colonia, hasta el único almacén que tenía visto en el pueblo. El dueño se llamaba de apellido Insúa —el hombre que instaló el cachiveo—, y no le gustó que le estacionara frente a la puerta del local. Que le tapaba la entrada, dijo. Pero yo a propósito estacioné ahí la camioneta, para que la viera.

Antes de bajar me miré en el retrovisor y traté de acomodarme el pelo. Pese al chapuzón en el río, me sentía sucio. Y la situación de mi ropa —hecha un puro harapo— daba pena. Que me acomodara el pelo era una coquetería de lo más pavota.

Bajé así nomás, como estaba. Levanté la mano a modo de saludo y —sin hablar, todo con gestos— le pedí a Insúa un lápiz o una birome, y papel. El almacenero me insistió con la camioneta, que se la quitara de la entrada. En el local había también una vieja que, haciendo cara de disgusto, se sumó al reproche.

Di la vuelta entonces y moví la camioneta, cosa de no incordiar. Cuando volví a entrar, Insúa y la vieja hablaban de la mala educación, que cada vez resulta peor. Y peor es, dijo la vieja, ya medio en retirada, la gente que viene de la ciudad. «Esos sí que no respetan nada», dijo, «andan todo mal vestidos.»

Me pasó por al lado, casi que me empujó, y le sentí un olor hediondo, como a quemado. El pelo gris, crenchado, las sandalias sucias y sus pies medio deformes, me hicieron pensar en la vieja —en el cadáver de la vieja— que yo había sacado de la casa: en vida, su olor y su pinta habrían sido como los de la vieja esta, la del almacén.

Quedé cara a cara con Insúa. No era un hombre viejo, pero el trabajo de almacenero le daba ese aspecto, el de un viejo entre parco y receloso. Y vestido como se vestía, con esa ropa medio gris y ese delantal grasiento. Sus ojos medio achinados, además —parecía que todo el tiempo le estuviera dando el sol en la cara—, aportaban a la sensación de desconfianza.

Sin embargo el almacén parecía un lindo lugar, ambiente amplio y de olor

agradable. Era una mezcla, el olor, de alpargata nueva y salamines frescos. Me tentaron, los salamines, colgados por sobre el mostrador.

Le pedí a Insúa, otra vez por señas, lápiz y papel. Se tomó su tiempo antes de hacer caso a mi pedido, a toda costa quería que yo hablara y yo a toda costa quería que él pensara que tenía yo algún problema. Un problema en el habla, quiero decir, que me tomara por algún tipo de sordomudo o algo así. Aporté un gimoteo y repetí el gesto —como si me escribiera con un lápiz invisible en la palma de la mano, ese gesto— que para mí representaba una escritura.

Pero Insúa me entendió mal. «No tengo nada», dijo dos veces con cara de fastidio, como si yo le pidiera limosna.

Volví a gimotear, con más énfasis pero medido, cuidándome de no ser grosero. Como no parecía que el almacenero fuera a entender, me arrimé al mostrador —los ojos achinados de Insúa se abrieron como si lo invadiera un pánico— y manoteé un chupetín. Insúa quiso frenarme, pero, por fin, me vio hacer de cuenta que usaba el chupetín —el palito plástico que sostiene al caramelo— a modo de lápiz, y entendió. Medio entre gruñidos dijo que muy bien, que ahora sí. De un tirón me sacó el chupetín de la mano y, en lo que sentí como parte de un mismo gesto, me puso delante una birome y un manojo de papeles.

Le sonreí, antes de escribir la que sería mi propuesta, pero Insúa me devolvió su cara de culo. La birome era de tinta negra, y con esa tinta escribí, en letras mayúsculas de imprenta:

PERMUTO MI CAMIONETA POR
PRODUCTOS DE SU ALMACEN

Le pasé el papel y, apenas leyó, la cara del almacenero se puso rígida, más que antes.

«De quién es la camioneta», me preguntó. Me señalé el pecho con un dedo, pero casi al mismo tiempo Insúa empezó a negar con la cabeza, hasta que finalmente dijo: «Qué puta va a ser tuya». Hizo un bollo con el papel y lo tiró al piso.

Aunque daba la impresión de cerrar así el tema, se movió unos pasos y salió de atrás del mostrador, medio curioso. Aproveché que me daba un margen y escribí, en otro pedazo de papel:

ANDA PERFECTO NI UN PROBLEMA

Se lo pasé y, antes de leerlo, me miró fijo. Le aguanté la mirada para mostrarle que no me asustaba y que le hablaba en serio. Después leyó. Por algún motivo, este último mensaje le hizo sonreír. Caminó hasta la puerta y, dándome ahora la espalda, miró a la camioneta como si la estudiara. Yo volví a escribir:

PRODUCTOS DE LIMPIEZA. ROPA ALPARGATA CALLENTADOR

Tenía más cosas que agregar a mi lista pero Insúa me interrumpió. Que a quién le robé la camioneta, me preguntó. Simulé una cara de ofendido, como si me estuviera cansando de sus comentarios, y volví a escribir:

LE LLEVO UNA VUELTA

Pero Insúa no me hizo caso. Metió una mano en el bolsillo de su delantal y sacó un celular. Me lo puso en la cara y me dijo que si seguía jodiendo, llamaba a la policía y listo. Hice otra vez el gesto de ofendido, a lo que agregué un gimoteo, pero el almacenero me mostró las palmas de las manos y, pese a que yo no había pronunciado ni una palabra, me dijo que hiciera silencio, que me calle. Después me agarró de un brazo y me sacó fuera del almacén. Creí que era su manera de echarme, pero me pidió —o más bien, por el modo en que habló, me ordenó— que lo esperara ahí afuera mientras él cerraba el boliche. Él usó esa palabra, «boliche».

Habrá sido ya cerca del mediodía en ese momento, porque el sol picaba en serio, así que me mandé a la camioneta para esperarlo ahí. Busqué alguna radio en el estéreo pero no encontré nada que me gustara, puras cumbias o voces cortadas por la interferencia. Igualmente lo dejé prendido, al estéreo, para que el

ruido de la lluvia, de la pura interferencia, me relajara.

Casi que me dormía cuando vi que aún tenía, apretujados en una mano, la birome de Insúa y un manojito de papeles. Me puse contento, además de que no pensaba devolverle ni una cosa ni la otra, podía aprovechar el rato ahí para terminar mi lista de productos más urgentes que pedirle. Anoté los productos de limpieza, uno por uno, y agregué algunos alimentos básicos —arroz, polenta, fideos, aceite, yerba, sal, azúcar, y así—, algo de ropa y calzado. Revisé la lista y me quedó la sensación de que algo me faltaba, aunque bien podía ser que no, que fuera una sensación nomás. Me concentré, con la birome a punto, pero no se me ocurrió nada que agregar. Lo que hice al final, medio que sin querer, fue un dibujo. Un hombre junto a un árbol. Así:



Miré bien y me di cuenta que lo había dibujado a Soria. Soria como yo lo había visto hacía un rato, a orillas del río.

Insúa se me apareció de repente en la ventanilla y de un susto me sacó de mi dibujo. «Así que es tuya la camioneta», dijo. Ni me preocupé en contestarle, ni con gestos ni menos con palabras. Puse en marcha y le hice una seña para que subiera.

Dimos unas vueltas por la Colonia. Yo hacía maniobras que lucieran a la camioneta y él estudiaba mis maniobras como si me buscara defectos. Más que juzgar la camioneta me juzgaba a mí, y así se perdía las cosas importantes del funcionamiento.

Anduvimos por el pueblo desolado. Ni un vecino en las callecitas, todas de tierra. A esa hora la gente se manda para la casa, a cubrirse del calor horrible. Por ahí yo aceleraba a fondo, cosa que Insúa sintiera la fuerza del motor. También metí un par de frenazos, no muy bruscos pero sí evidentes. Insúa no hizo comentarios, en ningún momento. Cuando se cansó de mi demostración, me hizo una seña para que diéramos la vuelta y volviéramos al almacén.

Mientras tanto yo me puse a pensar cuánto me convenía el cambio este. Por ahí, de puro arrebatado, estaba casi que regalando una buena camioneta. Me dio bronca. Mejor sería, pensé, que Insúa dijera que no, que no quería hacer el trato. O que me pidiera tiempo para pensar él, si sí o si no.

Estacioné frente al almacén y esperé a que Insúa se bajara. Pero el tipo no bajó. Se quedó sentado. «Esto tiene papeles», preguntó por fin. Dije que no con la cabeza y me pidió que le anotara cada una de las cosas que yo quería a cambio. Como un gil, porque no quería hacerlo en realidad, le pasé la lista que había hecho un rato antes.

La estudió en silencio, a la lista, como si fuera una gran cosa, cuando en realidad bien podía despacharla de un vistazo. Escribí en otro papel:

ABASTECIMIENTO POR UN AÑO DE ESAS COSAS

«Ah, picarón», dijo después, cuando leyó esta otra nota. Y se rio. Yo me reí también, pero de nervioso que estaba.

Dejé de reírme cuando Insúa dijo que bajáramos, que fuéramos a ver esas cosas, las de mi lista, en el almacén. Pensé en esperar a que se bajara él y entonces mandarme a mudar, poner en marcha otra vez la camioneta y rajarme. Pero el almacenero preguntó qué me pasaba que no me movía y se quedó quieto en su asiento, esperándome. Aguanté hasta donde pude pero al final tuve que bajar.

Me quedé por las dudas junto a la puerta, cosa de subirme al primer descuido de Insúa. Pero el tipo me jodió: rodeó la camioneta, hizo de cuenta que me

pasaba por al lado y, cuando me tuvo a tiro, me puso una piña bien puesta en la boca del estómago.

«Vos no me jodés a mí», me dijo y, como quedé doblado por el golpe, aprovechó y me dio una patada en las piernas, suave pero patada al fin, que me hizo caer en la tierra. Más que su arremetida, me molestó ensuciarme, sentir que la boca se me llenaba de mugre.

«Si la robaste o algo así te hago cagar», amenazó después. Me tendió la mano, como para ayudar a levantarme, pero cuando se la iba a agarrar, a la mano, me puso un pie sobre el pecho y volví a desparramarme.

«Mirá que te voy a levantar a vos, muerto de hambre», dijo.

Además de una gran bronca, sentí una tremenda falta de aire.

Insúa se asomó a la camioneta y manoteó las llaves. «Venite adentro y vemos qué te puedo dar», me dijo y se mandó para el almacén.

Tardé un rato más en levantarme. Lo hice de a poco, primero me senté, me sacudí la tierra de la cara —no podía ver bien, por el sol y por la tierra—, y recién después me puse en pie. Antes de entrar al almacén vi a unos chicos, mocosos de ocho, nueve años, que me miraban asomados desde una casa de enfrente. Se veían sus caras nomás, el resto del cuerpo les quedaba escondido detrás de un murito. Alcé una mano para saludarlos y se escondieron por completo. Esperé a ver si se asomaban otra vez, pero nada, como si nunca hubieran estado.

Un grito de Insúa me hizo apuntar al almacén. Que me apure, dijo, que quería dormir la siesta.

Cuando entré a su almacén el tipo acomodaba, lista en mano, unos paquetes y bidones sobre un carrito. Me acerqué y comprobé que el carrito era, en realidad, una silla de ruedas adaptada como carrito. Le habían levantado los apoyabrazos y el respaldo, y le habían reforzado el espaldar y el asiento con una especie de malla, como para que aguantara más peso. Era una silla vieja, pelada por el óxido. Insúa se percató de mi interés y, no sé por qué, sintió que debía explicarme: «Era de mi mujer», dijo, con un semblante de pronto medio tristón.

No le duró mucho el semblante, de todos modos, porque al toque ya me habló de mala manera otra vez. Que revise, me dijo, que vea si con eso que me había cargado iba a andar bien. Antes de que yo pudiera aprobar o rechazar la carga, me tiró encima dos pares de alpargatas. «Probate cómo te quedan», dijo.

Me quedaban chicas y se lo hice saber, pero me explicó que con el uso se estiraban. Así que me las quedé.

Sin que yo se lo pidiera, me agregó a la silla de ruedas dos bidones con, por lo menos, cinco litros de agua cada uno. Era eso, agua, el faltante en mi lista. Después coronó la carga con una escoba y un lampazo que encastró en la silla, sostenidos y apretados, la escoba y el lampazo, por el peso de la otra mercadería.

Cuando quise mover semejante armado, me di cuenta lo difícil —y capaz también lo imposible— que iba a ser llevar todo eso hasta mi casa, la que yo empezaba a hacer mi casa.

Insúa medio que se compadeció. Puso una cara como de fastidio y dijo: «Te acerco en mi camioneta».

El Gordo

Otro error fue cruzar el río sobre el cachiveo. Con lo mal que estaba del hombro, tuve que arreglármelas con un brazo solo. Quise volverme, dar la vuelta, pero ya iba casi por la mitad del trayecto, así que preferí aguantarme el dolor, cruzar lento, de a centímetros pero cruzar. Para colmo de males, la soga de acero para tironear del cachiveo estaba medio herrumbrada, un poco podrida, y en cada tironeo daba la sensación de querer cortarse.

Me paré a descansar, cosa que descansara también el acero de la soga. Oscurísimo estaba todo, así que más allá del ruido de chapoteo que hacía yo en cada movimiento, era muy difícil que pudieran ubicarme.

El río tranquilo y silencioso me abrió la mente y me dio la ocurrencia de dibujar. Saqué de mi bolsito la birome y el bloc y, en plena oscuridad, improvisé. Me dibujé a mí mismo sobre el cachiveo, vistos desde lejos el cachiveo y yo, en medio del río. Algo sencillo.



Me sentí mejor después de dibujar y así también sentí menos el último tirón hasta la orilla. Pero bajar de la canoíta sí que estuvo difícil: por el esfuerzo, al dolor de mi hombro —y ya de todo mi lado derecho— le tuve que sumar una como rigidez en el lado izquierdo del cuerpo. Me movía con torpeza y calculaba mal mis movimientos. Cuando quise pasar un pie por sobre la pared de la canoa, el bamboleo del bolsito y del rifle que me colgaban del hombro sano me desequilibró y acabé de jeta en el agua.

De suerte que estaba ya en lo playito y apenas si fue como caer en un charco. Pero igualmente me preocupó el escándalo que armé. También me molestó mojarme de esa manera, me iba a quedar el cuerpo frío. Caminé unos metros refregándome los brazos, abrazándome a mí mismo.

De la casa de los Caicedo salía puro silencio, la pura quietud. Me fui acercando por la orilla, midiendo mis pasos y mis ruidos. Miré la orilla de enfrente, la mía: era imposible distinguir algo, apenas siluetas de arbustos que bamboleaba el vientito. Imaginé que ese movimiento, el de los arbustos, les habría dado algún miedo a los pendejos, los habría confundido, y de ahí los nervios y las porquerías que nos tiraron a la India y a mí. Pensé en mi perra: si no le quedaban huesos, algo que mordisquear, estaría esperándome nerviosa en la otra orilla.

Me mandé, medio agachado pero con decisión, para la casa. Quedaba todavía el olor de la carne asada en el ambiente. Más bien del humo casi muerto de la parrilla, ese como aroma a cosa vieja y chamuscada.

Salvo el gordo, dormían todos en la galería. Lola, antes medio desparramada en las piernas de Migue, ahora era más bien un bollo en el piso, abrazada a una pata de la mesa enorme que habían traído desde el comedor. En el piso y sin

nada con que taparse, pensé. Además su ropa le cubría bien poco del cuerpo: una remera y una pollerita demasiado corta para dormir en esa intemperie. Encima los mosquitos: si no se había untado con repelente la estarían matando.

Migue, en cambio, se había conseguido unas colchas y dormía más cómodo. Una colcha bajo su cuerpo, a modo de colchoneta, y la otra encima, para taparse del fresco. Un maleducado, Migue, que dejaba que la chica durmiera mal mientras que él se armaba una cierta comodidad.

Mejor pareja era la de la otra chica con Loco: dormían los dos en el piso, en la otra punta de la mesa y entreverados como novios.

Me acerqué y quedé escondido detrás del auto, a unos metros nomás de la galería. Desde ahí me llegó un ronquido, pero me costó desentrañar de quién era.

Aproveché el suelo ripioso y me armé un manojito de piedritas. Sin hacer mucho esfuerzo, tiré el manojito cerca de la galería, cosa de hacer algún bochinche. Pero no pasó nada, apenas si subió el tono del ronquido, que sonó como una queja por la lluvia de piedras.

Me animé entonces, y caminé hasta la galería. La de los ronquidos era Lola. Como un hombre roncaba. Dormía con la boca abierta y pensé que tendría algún tipo de problema respiratorio. Otra vez me preocupó que durmiera así, sin una mísera colcha. Vista de cerca era mucho más linda. Daba una linda sensación, también, ver cómo el pecho se le inflaba con cada ronquido.

Lo miré a Migue: él sí que estaba cómodo. Me le paré enfrente y me agaché hasta casi pegarle mi cara a la suya. Respiraba suave y bien pausado, como si lo hiciera a conciencia. Su aire me llegó a la nariz: tenía el aliento dulce de alcohol y cigarrillos, pero a la vez se lo sentía fresco, aliento de persona sana, y se lo envidié. Le apreté la nariz entre mis dedos y conté hasta cinco. Ni así se despertó, apenas si sacudió un poquito la cabeza.

Después revisé el entrevero que eran Loco y la otra chica. Les podía tirar con agua helada que esos dos no se iban a mosquear de tan dormidos. Loco boca arriba, con los brazos por detrás de la cabeza. La chica, de costado, se le prendía como una garrapata. Con las piernas hacían el entrevero mayor, a punto tal que a un solo golpe de vista daba la impresión de que fueran más de dos personas las enredadas.

Me acerqué bien y les sentí el olor también a ellos: además del alcohol, se les sentía una buena mezcla de perfume y sudor que me gustó. No me aguanté y me

agaché hasta pegar la nariz, mi nariz, en una axila de la chica. Me gustó tanto que tuve ganas de enredarme con ellos, de dormir los tres bien apretados en el piso de la galería.

Pero antes quería encontrar al gordo. Hice un paneo por las cosas que había en la mesa: vasos por la mitad de cerveza, platos y cubiertos con restos de carne y grasa, también algunos pedazos de carne sin tocar, colillas apagadas medio encima de la carne, tres teléfonos celulares, paquetes de cigarrillos, tres porros armados y uno fumado por la mitad, y unas como carpetas con papeles.

También había una cámara de fotos, enorme. Apoyé mi bolso y mi escopeta en la mesa para poder agarrarla bien. Por lo menos pesaba un kilo la cámara. Tenía una correa enganchada, como para que uno se la colgara del cogote. Me la colgué: incómoda y pesadísima. Le apreté unas perillas —las había de varios colores, verde, rojo, plateado y negro— hasta que se encendió. Se movió como un animal, como una víbora, al encenderse. Un poco me asusté y casi la tiro.

Era una cámara muy moderna, supongo que una especie de último modelo. Tenía una pantallita injertada, como un televisorcito, que al encenderse mostraba palabras en inglés. Supuse que serían instrucciones de uso o algo así. Cada perilla que yo apretaba hacía que cambiaran las palabras en la pantallita. Me daba la sensación de que apretando de esa manera, medio sin saber, iba a terminar rompiendo algo.

Hasta que, casi en un mismo movimiento, en la pantalla apareció el paisaje que yo veía —una pared de la galería, el moho que deja la humedad— y la cámara soltó un fogonazo. Sonó como un látigo.

En la pantalla de la cámara quedó congelada, por unos segundos, la imagen de la pared de la galería. Había sacado una foto. Me hizo reír, la foto, haberla sacado así, sin querer, y repetí el procedimiento pero esta vez apuntando a un lugar más definido. No a la bartola, quiero decir.

Le apunté a la camioneta y disparé. No era para nada difícil, era cuestión de que aquello que uno quería fotografiar apareciera en la pantalla de la cámara. Después se apretaba el botón correcto y listo: primero el fogonazo y después la imagen congelada en la pantalla.

Miré alrededor, qué cosa fotografiar, y me detuve en Lola, echada junto a la mesa. Le saqué unas cuantas fotos, con el único miedo de que el fogonazo la hiciera despertar. La última que le saqué fue medio irresponsable: le puse la

cámara bien cerca de la cara, cosa que ocupase, su cara, casi toda la pantalla, y disparé. Salió perfecta, un poco impresionante. Casi que se notaban sus problemas respiratorios.

Decidí que me quedaría con la cámara, por muy pesada que fuera. Me la colgué junto con mi bolso y me dejé llevar después por el asado que había en la mesa.

Agarré cuchillo y tenedor y corté una puntita de carne, una puntita libre de ceniza de cigarrillo y porro. Probé: estaba bien, capaz un poco dura de haberse enfriado. Comí hasta que me cansé la mandíbula por la masticación tan forzada.

Me fijé en las carpetas, también ahí, sobre la mesa: tenían el logo de Vida Silvestre. Las agarré para estudiarlas más tarde, en casa. También agarré los celulares y los porros, menos el que estaba por la mitad. Guardé todo en mi bolsito. Por distraerme con eso —con la carne, las carpetas, los porros y los celulares— acabé dejándome la cámara, que era lo que más me había gustado.

Entre una cosa y la otra, fui haciendo cada vez más ruido, pero nadie se movió. Dormían como muertos los pendejos, de una manera sorprendente y también un poco escandalosa. Pensé que se habrían dormido muy borrachos y, por pensar en eso, en una borrachera, me acordé de la conservadora.

La encontré en la caja de la camioneta. Adentro tenía unas cuantas botellas de cerveza y una de fernet. Me guardé el fernet en el bolso, pensando de nuevo en más tarde.

Siempre hacían igual los de Vida Silvestre: se instalaban unos días en el monte, jodían sacando fotos, y después se la pasaban chupando. Pero ahora como que se iban al carajo. Con el fernet y todo lo que fui agregando, el bolsito se fue poniendo cada vez más difícil de manipular.

Me fijé después en el capó de la camioneta, levantado, en los cables que salían desde la batería hasta los faroles, y se me ocurrió una cosa: fui primero hasta el auto y espí en el baúl abierto los bafles que los pendejos usaron para poner música. Quise desconectarlos, pero no supe cómo. Probé con un par de golpes, que por lo menos se estropearan. Saltaron unos plásticos, pero vaya a saber si con eso era suficiente para que los bafles no anduvieran más.

Di la vuelta y le apunté al capó. Algo ya le rompí con la fuerza que hice al levantarlo, algún tipo de traba, porque se oyó como el desprendimiento de pedacitos de chapa. Miré el cablerío, la unión y los cruces de las distintas partes

del motor. Desconecté unos cables y partí al medio unos tubos de goma o de un material parecido. Hice todo con cuidado: quién podía decirme si tocar todo eso no era peligroso, que algo no fuera a darme una descarga. Tampoco se me ocurría cuál era la función de cada cosa, pero me imaginé que así, rotas y desconectadas, ya no servirían.

Volví después sobre la camioneta y, casi igual que hice con el auto, desconecté cables y rompí caños y tubos del motor. Lo último que hice fue arrancar los cables de los faroles. Entonces se hizo, otra vez, la oscuridad total.

Cerré los ojos, como hay que hacer siempre ante un golpe de penumbra, y calculé el tiempo necesario para acostumbrarme a la negrura. Los fui abriendo de a poco, a los ojos, y así fui distinguiendo formas, siluetas, bultos. Como que ya podía moverme con confianza.

Me cargué el bolsito y la escopeta. Antes de irme quería darle una vuelta a la casa, para ver qué había sido del gordito, dónde había quedado. Pero de nuevo me entretuve con el asado, ahora con el de la parrillita. Me acerqué y vi lo que habían dejado: dos buenas costillas y un chorizo.

Volví a la galería, a la mesa, para buscar cuchillo y tenedor. Pese a que estaba todo oscuro, vi que Loco y la chica se habían movido, ya no era tanto el entrevero. Me quedé quieto unos cuantos segundos, hasta asegurarme que no estuvieran por despertarse. De cerca y echada de esa manera, entre el descuido y la alegría, la chica se me hizo más linda. Como que su lindura se iba viendo de a poco, a medida que uno se le acercaba.

Me agaché, cosa de quedar a su altura. Una belleza, la chica, me hubiera gustado saber su nombre. Con eso, con el nombre, me podía hacer una idea más firme de ella, hasta le podía inventar una historia. Le pasé, suavemente, el dorso de mi mano izquierda por la cara. Le hubiera besado una mejilla de haber sido más corajudo.

Me puse en pie, como para seguir con lo mío, y me di cuenta de que sonreía. Yo sonreía.

Sin borrar la sonrisa agarré los cubiertos y enfilé a la parrilla. Antes de comer removí con un palo las brasas semimuertas, a ver si todavía calentaban algo. Arrimé la palma de la mano derecha a la costilla de carne y medí el calor. Había que aguantar un poquito, con un toque de calor esa carne iba a quedar una exquisitez.

No sé cuánto hacía que no probaba un buen asado. La carne que yo conseguía, antes, era casi siempre del almacén de Insúa, y no era de lo más rico. Se le sentía un gusto como de carne cansada, como si la vaca o el ternero que uno estaba comiendo hubieran hecho una larguísima caminata, una caminata de años, hasta llegar al matadero. «Carne cuatrereada», me decía Insúa mientras me armaba los paquetes o las bolsas de asado, y yo no sabía si hablaba en serio o si era para joderme nomás. Siempre el mismo chiste, Insúa: «Al Mudo le gusta la carne ajena». La joda no me hacía gracia pero tampoco me molestaba. Si con eso Insúa se divertía, allá él, total, el ladrón en todo caso no era yo. De todos modos, en la Colonia no se veía nunca una vaca.

Corté una puntita de chorizo y comí. Picante, bien sabroso, los de Vida Silvestre no se andaban con vueltas para elegir carne. Era evidente que gastaban mucho más en pasarla bien que en hacer los estudios y trabajos que decían.

Acabé el chorizo, sentado ya, bien cómodo junto a la parrilla, y me di un tiempo antes de mandarme con la carne. Quería saborear a pleno, sentirme bien. Tanta relajación me sirvió para distraer el dolor del hombro, a tal punto que ya ni sentía la pesadez y el frío de la ropa mojada. La oscuridad tampoco era un problema, las cosas se percibían en su lugar, el aire fresco del monte, más que pelarme de frío, me hacía de compañero. De poner más empeño en la apreciación hasta hubiera distinguido ruidos de sueño de algunos animales, la vida nocturna de las plantas.

Sentí, como pocas veces, que mi vida en ese monte era la mejor vida que se podía tener.

Apunté los cubiertos a la parrilla, a la porción de asado, y fue entonces que sentí el movimiento atrás mío. Lo demás fue, por así decirlo, todo muy rápido. Rápido y sin querer, como un movimiento reflejo. Sin darme vuelta del todo manoteé —para colmo con el lado derecho del cuerpo, el lado malo— el bulto que tenía detrás y lo arrastré con fuerza hacia mí.

El bulto habló, quiso hablar en realidad, y yo me arrepentí al toque por mi reacción. Pero también es que fue eso: una reacción, un comportamiento que cuesta dominar.

«Perdón», fue lo que dijo el bulto en medio del revoleo. Un «perdón» que quería sonar a modo de anuncio, o de disculpa por venir a joder mi momento ahí con el asado. La palabra, de todos modos, le quedó medio atorada en la garganta.

Sonó más como un eructo.

Toda la paz del monte se me fue al carajo: en el arrastre el bulto se me soltó de la mano y fue a caer justo encima de la parrilla, que no aguantó el peso ni el golpe y se desmoronó sobre las brasas. Se levantó una polvareda de ceniza y olor a carne, y como para completar el estropicio metí dos piñas bien fuertes y cortitas contra el bulto. Una en la cabeza, otra en la garganta, justo en la nuez. Todo sin ninguna necesidad.

Para colmo, pegué un grito de lo más escandaloso: el movimiento brusco, el manotazo y las dos piñas que metí me hicieron sentir más que nunca el dolor en el hombro. Se me escapó también un llanto con algo de aullido, y dejé nomás que se me escape, que se pudra todo si hacía falta. Era como que el brazo derecho me colgaba, como que después de semejante exigencia quedaría inservible.

El bulto era el gordo. Desparramado entre las brasas y la parrilla, abrió los ojos bien grande y se apretó el cogote con las dos manos. Daba la impresión de querer decir algo, o de tener comida —otra vez comida— atragantada.

Me ganó la desesperación y quise ayudarlo. Me agaché como para moverlo, para intentar un auxilio como el que le había visto hacer a Loco. Pero justo el gordo abrió la boca —los ojos también, los abrió aún más, de una manera horrible— y soltó como un bufido, algo que le salía de muy adentro. Y trascartón —y lo que faltaba como para asustarme en serio— hizo unos espasmos, unas sacudidas, y le empezó a salir baba por las comisuras. Parecía un muñeco a cuerda, pero descompuesto. Hasta que así, medio de golpe, quedó duro. Los ojos saltones y en gesto de susto, pero quieto.

Yo quedé con las manos en suspenso, sin decidirme a tocarlo. Me daba un poco de asco también el gordo, tan blanco, tan inflamado, y con esa baba.

Me arrimé para verlo bien de cerca. Parecía muerto. «La reputa», me acuerdo que pensé. Miré hacia la galería, para comprobar que sus amigos siguieran durmiendo la mona, y después volví a mirar al gordo de cerca. No podía ser, el gordo, hijo de los Caicedo. No se parecía en nada a los padres ni al recuerdo que tenía yo de aquel muchacho. Pero aun así, pobre chico este gordo, cuánta mala suerte.

Junté mi bolso y la escopeta y empecé a correr, medio a los tumbos, para el lado del cachineo. En medio de la corrida pensaba también en mi propia mala

suerte, no solo en la del gordo. En un momento tenía un pedazo de asado para comer y al rato nada, un mero quilombo.

Sentí, como hacía mucho que no sentía, una gran angustia. También sentí como que me perseguían, y me asusté todavía un poco más. Pero al girar la cabeza —porque así corría: cinco pasos y mirar para atrás, otros cinco y otra vez mirar atrás— no había nadie, iba yo solo como siempre.

Llegué al cachiveo y, sin que se me pasen los nervios, tiré escopeta y bolsito adentro. Tomé aire antes de subirme, con la vista en dirección a la casa. Hice una especie de cálculo: de qué manera podían culparme. Repasé cada cosa que había hecho, desde joder con la cámara de fotos hasta romper el cablerío de los coches. Y el gordito. Pensé en mis huellas tras la última corrida. Con eso era fácil ubicarme.

Salté por fin y me hundí dentro del cachiveo. Me hundí más allá de la madera, más allá del agua y del barro del río. Me acurruqué, los ojos cerrados, y me concentré en la idea de que estaba lejos de ahí. Cuando abriera los ojos, me dije, iba a estar en mi casa. Iba a ver la cabeza torcida de la India que se acercaba a saludarme. Quién se acercaba: la India o su cabeza.

Pero abrí los ojos y no pasó nada. Las paredes todas húmedas del cachiveo me llenaron de frío. Sentí, ahora sí, el peso de la ropa mojada.

Me di la vuelta, para quedar boca arriba, y así acostado empecé a tirar de la sogá podrida del cachiveo, a moverlo un poco. Quise tirar fuerte, pero me dio la sensación que la sogá se rompía, que ya no aguantaba, y me frené. Además el hombro, que me jodía mucho en esa posición. Otra vez les di tiempo, al acero de la sogá y a mi hombro, antes de tirar de nuevo.

Arriba en el cielo no había estrellas ni nada. Pensé en sacar el bloc y dibujar ese cielo oscuro, como una manera de distraerme. Pero no me dio ganas. En cambio, tiré de la sogá un poco más. Y después otro poco. Tiré diez veces y calculé que ya me habría movido una distancia importante.

Me asomé del cachiveo, me senté, quiero decir, para ver por dónde andaba. Iba más o menos por el medio del río. No me dio gracia, después del esfuerzo me imaginé que ya estaría más a tiro de mi orilla. Me preparé entonces para los últimos tironeos de la sogá y, no sé por qué, por el enorme cansancio capaz, hice todo lo contrario. Cerré los ojos y me esforcé en sentir el aire, los olores. Yo vivía bien así como vivía. Tranquilo, quiero decir. Podía quedarme sentado en el

cachiveo un montón de horas, esperando el amanecer bajo el rocío, flotando.
Pero ahora tenía que irme a mi casa.

La mamá de Soria

Insúa me contó el nombre de la vieja, pero me lo olvidé al toque. Tampoco es que fuera tan importante, porque en la Colonia todos le tenían miedo y le decían la Bruja o, como yo, la Vieja. También me contó de Soria, del problema de Soria.

Al final me hice medio amigo de Insúa. Él hacía de cuenta que yo era una molestia, que le llevaba y le traía problemas. Que la comida, que el detergente, que la ropa, decía que al final la camioneta le estaba saliendo más cara que hijo idiota. Esa era su frase preferida: «Más caro que hijo idiota». Y le gustaba joderme con eso, con lo caro que yo les habría salido a mis padres.

Igual que como, supongo, se habrá hecho con la Vieja, Insúa empezó a decirme Mudo y así me quedó. Para todo el mundo en la Colonia yo era el Mudo. Al principio no me gustó, pero después, con el tiempo, me pareció un buen apodo. Lo único molesto era escuchar las historias que Insúa decía de mí: que se me había pegado un trauma, que de chico me habían violado, que tenía un retraso. Todas cosas que los pueblerinos se tomaban en serio.

Nunca se le ocurrió pensar a Insúa que yo no quería hablar y punto, que me había hecho como un voto de silencio. Más que nada para no meterme en líos, para no explicar mi vida. Yo quería ser otra persona, y si llegaba a decir algo, iba a ser siempre el mismo tipo que había sido en Resistencia.

Pero Insúa se reía. Recién dejó de reírse cuando supo cuál era mi casa: «Salí de ahí», me dijo, «ese lugar está maldito».

Mi segunda noche en la casa fue menos horrible que la primera. Me sentía sucio y lastimado, y gasté por lo menos seis litros de agua en hacerme una limpieza corporal. Después saqué afuera los muebles —una camita con su colchoneta, una mesa, cuatro sillas de paja— y los cubiertos, vasos, una ollita y platos que encontré, cosa que se airearan. Dejé la puerta y las ventanas abiertas y, antes que anocheciera del todo, me improvisé una fogata con ramas y hojas secas. Me costó armar la fogata, entre que los fósforos de Insúa eran una cagada que no resistían el menor viento y que las ramas no querían prenderse al fuego.

Me senté después en una de las sillas y comí salamín con galleta. Todo del almacén de Insúa. La comida me bajó un poco de la ansiedad y ahí nomás, sobre la silla, fui dejando que me agarrara el sueño.

Soñé con la Vieja y con el río. Que yo tomaba mate en la orilla y que ella seguía muerta, echada sobre la mesa igual que yo la había encontrado. También teníamos la fogata con nosotros, iluminando el agua.

Entiendo que el sueño habrá durado apenas unos segundos, y que si dormí no fue más que ese rato. Pero me quedó la sensación de mareo de cuando se duerme mucho. Me levanté para despabilarme y me pareció que algo se movía adentro de la casa. Miré para los costados, por si alguien había llegado mientras yo dormía. Pero no, la cuestión, el movimiento, venía de adentro.

Tomé coraje y me mandé de sopetón a espiar, de afuera hacia adentro, por las ventanas abiertas. Se veía pura oscuridad, un vacío, como lleno el ambiente de un aire fresco. Di unos pasos hacia atrás, con desconfianza, y entonces distinguí como unas sombras que no se quedaban quietas.

Me congelé del susto. Igual que la noche anterior, se me vino toda la angustia encima. Hasta que oí el chirrido de la fogata, de las hojas y el ramerío que se retorcían por el fuego. Miré entonces las llamas, que tampoco eran la gran cosa, era una fogata bastante modesta. Pero el resplandor que levantaba en esa oscuridad se metía en la casa y se prendía a la pared. Lo otro era el movimiento, el temblequeo que el fuego provocaba en el ambiente y la idea de que ahí había algo vivo. Pero no había nada.

No me calmó del todo esa comprobación, apenas me sirvió para aguantar la noche sin salir corriendo y sin morir de miedo.

La casa, me convencí con el correr de los días, podía ser que estuviera maldita, pero por encima de todo estaba muy sucia. Me llevó por lo menos una

semana librarla del olor a encierro, del olor a podrido que había dejado la Vieja. Pensar en ella me ponía nervioso. Quién era esa mujer, por qué estaba muerta, hacía cuánto. En qué tipo de quilombo me había yo metido.

Y que Insúa me insistiera con lo de una maldición también me asustaba. Un día —más o menos a la semana de acomodarme yo en la casa— vino a verme. Aunque le hice señas para que pasara, no quiso entrar y me habló nomás desde afuera. Así que salí también yo y nos instalamos bajo unos árboles. Quiso convencerme de que me fuera, me ofreció, incluso, instalarme en otro lado, en una habitación que él podía facilitarme.

Pero para entonces yo ya sentía la casa como amistosa conmigo. Salvo de noche, que los ruidos del monte me alteraban y me ponían paranoico. Para pasar el miedo, me había agregado damajuanas de vino a mis encargos en lo de Insúa.

Insúa volvió a reírse: que al final yo quería joda, dijo, tanto drama para eso.

Era todo un viaje ir hasta el almacén. Tenía que caminar mucho. Aunque de mala gana, Insúa me había dejado la silla de ruedas para cargar ahí todos mis pedidos. A la ida no era problema: la silla vacía era fácil de manipular. El tema era la vuelta. Para que no se me hiciera tan pesada, Insúa me arrimaba un tramo en la camioneta. Al otro día nomás de dársela, ya le había colgado cintas y adornos religiosos en el espejito retrovisor. También le pegó en el parabrisas un papel con oraciones. Con eso como que ya era bien suya la camioneta.

Me hacía bajar sobre la picada y el resto ya era ir, yo solo, monte adentro. La silla de ruedas me servía de poco en este tramo. El camino era muy irregular para las ruedas tan estrechas. Al final no quedaba otra más que ir llevando las cosas por partes. Escondía la silla entre los arbustos y, en unos dos o tres viajes, iba y venía con los paquetes y las bolsas de mercadería. Después, más tarde, buscaba la silla. A veces llegué a dejarla ahí, escondida, cosa que estuviera más a mano y no me complicara con el tema de llevarla y traerla.

El asunto es que, de puro miedoso, tipo siete de la noche yo me acomodaba en una silla, afuera de la casa, y abría una damajuana. Como me era incómoda de manipular, echaba más o menos un litro en una jarra y me iba sirviendo de ahí. Con un par de vasos a medio llenar ya me sentía envalentonado y así no tenía problema de entrar en la casa.

Unas cuantas noches las pasé en pedo. Y unas cuantas de esas noches se me apareció la Vieja. Iba y venía de una habitación a la otra, como si estuviera

limpiando. Ni el cagazo ni la borrachera me quitaron la decisión de no pronunciar palabra. Me mantuve firme hasta el punto de reprimir las ganas de gritar.

A la Vieja se la veía sucia pero no tan maltrecha como yo la había encontrado. La misma ropa inmunda, pero sin los pozos en la cabeza y en la cara. Ya no tan deforme, quiero decir. Caminaba con pasos duros, medio de policía, y movía la boca como si quisiera hablar o como si masticara algo. Después lo entendí como un movimiento reflejo, una especie de tic.

Yo nunca había creído en esas cosas, para mí la gente que jodía con apariciones y fantasmas eran todos ignorantes o estafadores. Traté de recordar algún cuento, alguna historia de esas que explican por qué es que vuelven los difuntos: por desquite, por asuntos no resueltos, por cualquier tema es que pueden aparecerse. Ahora me preocupaba que la Vieja se me apareciera, a mí, a modo de castigo.

Cuando en medio de su presencia ella apuntaba para el lado de la cocina, yo enseguida me apartaba, borracho, para otra habitación o directamente para afuera, cosa de no tenerla tan cerca.

Pero eso fue al principio. Después, cuando me di cuenta que la Vieja iba y venía y que, pese a pisar fuerte, sus pasos no hacían nada de ruido, entendí que en realidad era nada más que eso, una especie de alma en pena. Me faltaba saber si eso era peligroso para mí, si me convenía hacer o no hacer alguna cosa específica.

Por si acaso improvisé una oración, que recité mentalmente: le pedía disculpas, primero por haberla sacado de su casa y, segundo, por haberla tirado al río. Recitaba la oración desde el momento en que la Vieja aparecía hasta quedarme dormido.

De tan borracho, yo no registraba el momento en que me dormía. Atento a la Vieja, a su ir y venir, iba mezclando mis ideas hasta que me iba llegando como un apagón. Como si de repente quedara todo oscuro, borroso, y otra vez de repente, pero más tarde, se hiciera una luz.

Ni bien abría los ojos me entraba un horrible dolor de cabeza. Casi siempre resaca. Pero a veces llegué a pensar que era culpa de la Vieja, que alguna cosa de ella, del espectro que era ella, podía quedar en el ambiente y yo sin darme cuenta lo aspiraba. Después me venían vómitos y un rato de mareos, hasta que me iba

acomodando.

El aire del monte me venía bien. El olor a pasto, el olor de los arbustos. Los vómitos eran siempre del color del vino, a lo sumo si veía restos de alguna comida, más que nada fiambre. Hacía lo posible por largarlos en un espacio alejado de la casa, para después echarles tierra encima. Vomitar era desagradable pero me servía para reponerme.

Recién entonces, más entrado en conciencia, me venía el miedo que yo tapaba con el vino. Vivía con un fantasma, así que de a ratos —cuando se me pasaba el vino— también vivía con miedo.

Un día de esos, abasteciéndome de damajuanas en lo de Insúa, vi por segunda vez a Soria. Yo entraba y él salía. No lo reconocí al toque porque tenía puesto un sombrero de paja, enorme, que le tapaba un poco la cara. También estaba en cueros, como si viniera de trabajar o alguna cosa así. Le sentí un fuerte olor a pescado y calculé que vendría del río.

El tema es que quedé medio sin saber qué hacer, entre que movía la cabeza para saludar y me apuraba a seguir de largo. A Soria le pasó parecido: me miró fijo, un rato que habrá sido bien corto pero que por incómodo se sintió largo. Al final no hicimos nada, ni siquiera el saludo: cada uno siguió por su lado, él para la calle y yo hacia el mostrador del almacén.

Insúa justo terminaba de atender a dos paisanos que, como yo, habían ido por vino. Eran dos tipos grandes, grandes de edad quiero decir. Me vieron entrar y se quedaron mirándome, como a la expectativa. Moví la cabeza, a modo de saludo, y los tipos dieron vuelta la cara y se inventaron una conversación como para salir del paso.

Insúa registró la escena, la mala educación de sus clientes, pero no llevó el apunte. Estaba preocupado con otra cosa, medio angustiado. Casi que atravesó el mostrador para hablarme. Entonces fue que escuché por primera vez, de su boca, el nombre de Soria. Y también el dato más raro: que Soria era hijo de la Vieja.

Me corrió un escalofrío con esa información.

Mi cara de susto frenó un poco la urgencia de Insúa, porque apenas después de venirme con eso se puso a calmarme: que Soria no iba a ser una complicación, dijo, que no me hiciera mucha mala sangre pero que igualmente lo tuviera a raya. Que el tipo, Soria, era un supersticioso. Tanto que le tenía miedo a su propia mamá y por eso nunca la veía.

Ahí como que ya no supe qué pensar. Hasta desconfié un poco de Insúa: qué tanto le importaban a él mis cosas. Agarré una hoja y mi lápiz y dibujé un signo de preguntas, que Insúa viera que no le entendía un carajo.

Que la Vieja, me insistió, ahora sí ya medio a los gritos —pero unos gritos medio reprimidos también, como si no quisiera que los paisanos, que seguían adentro del almacén, concentrados en otra charla, oyeran su explicación—, que la Vieja era una bruja.

Yo venía cansado y con un poco de resaca. Hasta ese momento pensaba en la Vieja más como un fantasma que como una bruja. Pensé que por ahí me convenía nomás volverme a Resistencia. Pero a la vez yo vivía mal en Resistencia, siempre al voleo y solo como un perro. Ahora en la Colonia también vivía un poco así, pero por lo menos era distinto. Tenía cosas nuevas para hacer.

Agarré de nuevo papel y lápiz y escribí:

YO SOY BRUJO TAMBIEN

Pensé que con eso Insúa se impresionaría. O que jodería un poco menos. Pero apenas si conseguí que le cambiara un poco la cara —hizo un gesto como de sorprendido—, y después, como suelto de cuerpo, como si yo hubiera dicho una cosa bastante obvia, dijo: «Ya sé que sos brujo, pero también sos bastante pelotudo».

Se dio media vuelta y, sin darme tiempo a reaccionar o a escribir otra cosa, empezó a cargarme la silla de ruedas con damajuanas, cajas de tetrabrik y galletas y salamines. Acomodaba la mercadería y a la vez murmuraba algo, cosas inentendibles. Parecía un loco.

Una vez que cargó todo —me agregó unas pastillas de jabón que hasta ese momento me venía amarreteando—, hizo salir a los dos paisanos que seguían ahí, como en reunión, como si el almacén fuera un lugar de coincidencia.

«Vamos, que te llevo», me dijo un poco por lo bajo, como en secreto. A los otros dos, en cambio, les habló en un tono más violento: «Nos vamos yendo», les dijo.

Los tipos le hicieron caso sin poner mala cara. Juntaron sus pertrechos y salieron, y nosotros, Insúa y yo, salimos detrás.

«Cierra temprano hoy», le dijo uno de los tipos.

«Y tu hermana», le contestó Insúa.

Los paisanos soltaron unas carcajadas que sonaron como gritos y se mandaron a caminar por la calle de tierra, bajo el sol. Eran como muertos vivos, algo triste.

«Vagos de mierda», dijo Insúa, un poco hablando para sí mismo, un poco harto de todo también. Era claramente un trastornado, Insúa, un hombre que le venía bien armar bochinche.

Afuera, apoyado en una puerta de la camioneta, estaba Soria. Daba la impresión de que nos estuviera esperando.

«Y vos, atorrante», le dijo Insúa, «qué hacés acá.» Soria no contestó. Medio que movió la boca como para sonreír, pero al final no llegó a ninguna sonrisa. Se quedó mirando cómo Insúa y yo subíamos la silla de ruedas a la camioneta.

Di por seguro que se vendría algún tipo de charla o discusión entre los dos, entre Insúa y Soria, y me invadió como un cansancio. Hacía calor, el sol ya estaba fuerte. Me entraron ganas de dormir, por lo menos de sentarme en algún lugar cómodo.

Pero la cosa fue más sencilla:

«Fuera de acá», gritó Insúa, y acompañó el grito con una especie de zapateo, un movimiento amenazante. Y Soria, que antes entorpecía nuestra intención de subir a la camioneta, salió corriendo como un perro. Tanto así que en la corrida perdió el sombrero de paja, que cayó en la tierra de la calle y se arrastró unos metros.

Se frenó, Soria, a una distancia más prudente de nosotros.

«Raje de acá», volvió a gritar Insúa. Soria, sin embargo y al revés de lo que le ordenaban, se arrimó un poco, como al tanteo, hasta alcanzar su sombrero.

Subí a la camioneta pensando que Soria sería algo así como el linyera del pueblo. Cuando Insúa arrancó me di vuelta para mirarlo por la luneta. Saludaba, Soria, con el sombrero en alto. Y aunque no llegué a escuchar, por el gesto en su cara —la boca bien abierta y apuntando un poco para arriba— parecía que estuviese soltando un sapucaí.

En marcha atrás

El nombre del gordo era Horacio. Lo supe cuando llegué a mi casa y revisé las carpetas que les había sacado a los pendejos. Supe también los nombres de Loco y de Lola. Ninguno de ellos era hijo de los Caicedo.

Además de los papeles con los nombres de estos chicos —una especie de currículum de cada uno— había unos como legajos de Vida Silvestre que explicaban para qué es que venían a la Colonia. «Relevamiento de flora, fauna y entorno del territorio comprendido entre Resistencia y Colonia»; «Situación del río»; «Fenómeno del yacaré»; «Avistaje de aves»; «Situación ambiental e hidrográfica», y otras tantas cosas así. En definitiva, que venían a pasar unos días al pedo.

Había sido, por lo que vi, que el gordito era periodista, el encargado de informar de los avances del trabajo. Había referencias, que las habría escrito algún tipo de jefe o superior. «Comprometido», decía, «Responsable / Se destaca su profunda sensibilidad.» De Loco decía nada más que era licenciado en medio ambiente. Y de Lola que era estudiante. Al lado de su nombre, entre paréntesis, decía «Voluntaria».

Aunque sus datos no figuraban en la carpeta, calculé —supongo que por sentirlo como el más serio— que Migue sería el encargado de la gestión. Podía ser que él mismo hubiera escrito los datos de los demás. La otra chica, que tampoco figuraba, no sé qué era, para qué habría ido. Por ahí, me dije, podía ser que fuera ella la chica de Caicedo.

Medio que me desparramé en mi silla, en el comedor de mi casa, y respiré hondo. Tenía toda la ropa mojada, el dolor en el hombro me había hecho llorar, pero de tan cansado me daba fiaca acomodarme del todo.

La India se me instaló al lado, sentadita, y me gimió. Quería que le hiciera caricias. Cuando llegué a la casa, ella ya estaba esperándome. Me hizo tanta fiesta que, para variar, como siempre me pasa con esta perra, me conmoví. También aparecieron los bichos del corral, el gallo, las tres gallinas y los por lo menos cuatro pollos que siempre tengo dando vueltas. Estas aves son animales graciosos. A veces me empedo y me da por salirlos a correr. O si no, me gusta ver cómo la India aprendió a cuidarlos. Me llama la atención que no los mate y que, en cambio, los ordene. Como que los organiza. Una de las gallinas es la única que por ahí, cuando se harta, le marca la cancha. Es algo lindo de ver, como una parte simpática de esta naturaleza.

Recién una vez que descansé y me sentí más limpio, que acaricié a la India y todo eso, me saqué la ropa. Me envolví en una sábana y puse a calentar la sopa que había armado a la noche. El olor que levantó ya me hizo sospechar: ese mono que me hizo matar la India no estaba bien. Me arrimé la cuchara y me mandé un sorbito. Agrio. Si tomaba esa sopa iba a terminar con cagadera.

Saqué la olla del fuego y en su lugar puse la pava con agua. Si no era sopa, iba a hacerme unos mates con galleta. Saqué después un porro de mi bolsito, uno de los porros que me había robado, y lo encendí con el fuego del calentador. Fumé mirándola a mi perra, cómo se divertía chupándose a sí misma. Daba la impresión de que, de tan torcida, de un momento a otro la cabeza se le iba a soltar del resto del cuerpo.

Cuando levanté la vista la vi a la Vieja. Caminaba como en reversa, de espaldas, sin cuidar de chocarse con algo. No sé por qué había tomado la costumbre de caminar así, se me hacía más impresionante. Me agarró el escozor de siempre, la piel de gallina y un retortijón. A la India le pasó igual, porque pegó un salto y se puso como en guardia.

La Vieja iba y venía, de la cocina a mi dormitorio, y siempre de espaldas.

Con el tiempo, como que fui dejando nomás que la Vieja hiciera sus cosas, que fuera y viniera por la casa. Total que a mí no me hacía nada. En algún momento llegué a sentirme tan tranquilo que hasta empecé a ocuparme de mis propios asuntos, a no llevarle el apunte a su presencia. Ella con lo suyo —que no

era más que andar, ir y venir como una máquina— y yo con lo mío, sin molestarnos los dos.

En sus últimas apariciones había empezado a hablar. Hice un intento, al principio, por escucharla y entender algo de lo que decía. Pensé que capaz así me enteraba de algo, de por qué era un alma en pena, un fantasma o la cosa que puta fuera. Se me ocurrió también que sus palabras podían ser un rezo, algún tipo de oración. Pero no le entendí un carajo, ni una vez. Era otro idioma, si es que eso, que además sonaba un poco ronco, algo como estomacal, si es que eso era un idioma.

El mayor problema fue con la India. Ya cuando la traje a la casa la perra como que se ponía histérica con la Vieja. Le ladraba como una loca, le salían llantos y hasta espuma. La tenía que sacar de la casa para que se tranquilice. Yo me quedaba un rato con ella, afuera, le hablaba bajito al oído, cosa que viera que no era nada. Pobre perra. De a poquito fue no digo que entendiendo, pero sí tranquilizándose. Le gruñía nada más, y cuando se cansaba de gruñir se conformaba con mirar fijo la caminata, el ir y venir de la Vieja.

Pero cuando a la Vieja se le dio por hablar, por largar esa maraña de ruidos atravesados, la India volvió a enloquecerse. Peor que antes. Le largaba tarascones, le aullaba, llegué a pensar que le estallaría el corazón. Otra vez tuve que sacarla de la casa, para que no le aumente la histeria. Pasé sus buenos ratos al lado suyo, los dos afuera.

Hacía un cálculo, cuánto tiempo podía ser que le llevara a la Vieja dar sus vueltas, completar lo que estuviera haciendo en la casa. Con la India toda nerviosa al lado mío, me iba hasta la puerta, abría un poco y me asomaba. Si la Vieja no aparecía a la cuenta de cinco, era que ya podíamos entrar. La India se mandaba, entonces, como un rayo. Meta olfatear en todas las piezas. Por ahí en una pared podía ser que encontrara algo, algún olor, y ahí se quedaba. Toda una noche podía pasarse quieta en el mismo lugar, con los ojos fijos en una pared. A veces hasta gruñía. Pero a qué, al vacío.

Esta vez saqué la pava del fuego y después hice el procedimiento de siempre: sostener a la perra del cogote —cuidando que no me muerda, porque se ponía muy loca y no le importaba nada— y empujarla para afuera. Le hablé, le hice caricias, le di unos restos de un guiso viejo y más o menos se fue quedando. La India, qué perra buena.

Entré a la casa ya sin ganas de tomar mate ni de comer nada. Me senté nomás en mi silla y me llené un vaso de vino. Fumé el resto del porro mirando a la Vieja. Igual que siempre, pura caminata en marcha atrás. Por un momento, ahí sentado, pensé que el porro capaz me ayudaba a sacarle en claro alguna cosita de las que decía. Se me ocurrió que, así como iba en marcha atrás, también podía ser que hablara al revés.

Presté atención, traté de cazarle algo de esa manera de hablar. Saqué papel y lápiz. Iba a escribir todos los sonidos que la Vieja soltara, letra por letra. Después los iba a poner del revés, como para ver si así se formaban palabras normales o alguna cosa que se entendiera.

Estar muerto podía ser eso, hacer todas las cosas al revés.

Pero a la cuarta o quinta pasada de la Vieja cerca mío, ya me cansé de no poder adivinarle ni un sonido. No había manera de cazar ni una letra, de tan retorcida que era su manera de hablar.

Por escribir algo, aunque sea, hice un dibujo. Pero no me gustó y rompí el papel en pedacitos más o menos iguales. Cuando la Vieja volvió a pasarme cerca tiré los papelitos para arriba, cosa que le cayeran encima como caen los papelitos en las canchas de fútbol.

Entonces ocurrió algo que no me había pasado nunca: la Vieja aminoró la marcha. No es que llegara a quedarse quieta, pero fue como que sintió los papelitos, como que se cuidó de que ni uno la tocara. Y por eso mismo, fue como que por primera vez la Vieja sintió mi presencia.

Me pegué un susto de aquellos, los pelos del brazo y de la nuca se me pusieron en punta. Si no grité fue, de nuevo, porque ya no tenía la costumbre de abrir la boca. Pero igual, la garganta se me cerró y me vino una sed que, además de por el miedo, bien podía ser por el porro.

Me llené otro vaso de vino y lo bajé de un trago. Por los nervios, las manos me temblequeaban. Derramé un poco sobre la mesa y el piso al cargar, y otro tanto encima mío cuando tomé. Así que no es que tomara la gran cosa con ese trago.

El tema es que la Vieja, al menos en ese momento, no volvió a registrarme. Se perdió en una de las piezas —en la que yo usaba para dormir— y ya no salió. Me serví otro vaso de vino, ahora con más cuidado, y lo tomé despacito. Pensé en el quilombo que tenía encima, en los pendejos al otro lado del río. Me

convenía cuidar de no empedarme. La mezcla con el porro, además, podía no ser buena. Lo mejor era descansar un poco, tratar de dormir, y después ir a ver cómo quedó el asunto en casa de los Caicedo.

Por no ir a la pieza, por el nuevo miedo a la Vieja quiero decir, me hice un almohadoncito con unas ropas y me tiré ahí, en el que sería mi comedor. Manoteé mi bolso y saqué los tres celulares de los pendejos, como para ver algo antes de dormirme, pero no les entendí el mecanismo. Probé con uno, apreté unas teclas al azar, pensando que, así como había hecho con la cámara de fotos, por ahí conseguía ver alguna cosa interesante. Pero no hubo caso. Después probé con los otros dos y lo mismo. Al final, que parecían aparatos aburridos.

Agarré de nuevo el primero de los celulares y boludeé un rato, pasándomelo de una mano a la otra, como si supiera usarlo. Después me acordé el número de teléfono de una casa mía en Resistencia y, por joder, lo marqué: 421607. Hubo como un sonido lluvioso, como la lluvia de un televisor, hasta que de repente la voz de una máquina, una voz grabada, me explicó algo así como que la llamada se le cobraría a ese número, al 421607. Después empezó a llamar y tuve un reflejo medio pavote: pensé que no estaba bien que pague la llamada el otro número. Apreté urgente varios botones hasta que la llamada se cortó. Me sentí aliviado pero también, al toque, un poco idiota.

Volví entonces a marcar el 421607. Otra vez la lluvia, otra vez la máquina y el anuncio del cobro. Dejé que sonara una, dos, tres veces. A medida que sonaba, a mí me venía como una cosquilla, de los pies hasta mi espalda. Hasta que alguien atendió. Tres veces dijo «hola», dejando algo así como dos segundos entre un «hola» y otro, y como yo no contesté, cortó.

Pasó un rato que me quedé con el celular todavía en la oreja. El celular ya no hacía ningún ruido, nada de tono. Yo tenía los ojos abiertos mirando el techo. Y empecé a llorar. Un rato largo lloré, de una manera que no me conocía. Hasta que me dormí.

Fue un sueño corto, pero me alcanzó para soñar con el río. Yo estaba en el cachiveo y no tenía sogas de acero para tirar. Tampoco había corriente ni nada que me moviera. Estaba quieto nomás, en medio del agua. Entonces se me venían los yacarés. Dos yacarés, exactamente, y se ponía uno en cada lado del cachiveo. Yo no les tenía miedo, más bien la sensación de que estaban ahí para hacerme una compañía. Se me ocurría entonces la idea de dibujarlos. Dibujar no

los yacarés enteros, sino la parte de las cabezas que les quedaba afuera del agua, la boca enorme y esos ojos saltones y a la vez medio achinados. Pero cuál era mi problema: no tenía lápiz ni papel a mano. O sea que no podía dibujar. Y no sé por qué, pero el miedo que antes no sentía, me llegaba ahora todo junto. Como una tormenta de miedo. Los yacarés, que en un momento se me habían hecho tan amistosos, ahora querían, simplemente, volcarme el cachiveo. Le daban cabezazos. Sentí ahogo y mucha sed. Quise sostenerme, hacer equilibrio, pero el bamboleo que armaron los yacarés me jodía por todas partes. Entonces pasó que me caí. Una caída larga, como si en vez de caer al río me cayera en un pozo. Me desperté justo cuando tocaba el agua.

Tan real se me hizo el sueño, que hasta creí que lo mojado de mi cuerpo era por la caída en el río y no por lo que había transpirado.

Junto con los mareos de la caída y junto con las náuseas, me llegaron también, desde afuera, los ladridos de la India. La perra estaba, otra vez, como enloquecida.

Me levanté del piso y me serví un vaso de agua. Me vino una arcada y me tapé la boca con una mano, como para sostener un vómito. Sentía ruidos en la cabeza, zumbidos, y un gran ardor estomacal.

Tomé el agua de un tirón y me limpié unas lágrimas y unos mocos que se me pegoteaban en la barba. Ya iba siendo la hora de emprolijarme un poco tantos pelos. Me vestí con lo primero que tuve a mano —camiseta y pantalón— y después me llené otro vaso de agua. Con el vaso en la mano, fui abrirle la puerta a la India. Me tenía podrido ya con sus ladridos. Una vez que se largaba, no se ponía freno la perra.

Pero me di cuenta, justo antes de abrir, que los ladridos no eran los ladridos normales de mi perra. Tenían también algo de llanto.

Me quedé con la mano en suspenso, pegadita a la manija que me hacía de picaporte. Paré la oreja cosa de escuchar mejor, pero apenas si sentí más fuerte los llantos.

Abrí entonces la puerta, ya con urgencia y un poco asustado. El primer sol de la mañana me pegó como un trompazo en medio de la cara y no me dejó entender de inmediato lo que pasaba. Apenas me vio, la India se me vino encima, sin dejar de aullar, y se quedó ahora pegada a mis piernas.

Me fregué los ojos y vi a un tipo medio recostado entre los árboles, a unos

treinta, cuarenta metros de la casa. Supuse que buscaría refugio, el hombre, refugio del sol y de la India, que no dejaba de joder.

Empecé a caminar en su dirección, una mano en alto a modo de saludo y la otra mano todavía con el vaso de agua. También le eché una mirada a la perra, que se calmara, que ya estaba yo con ella. Pero no quiso llevarme el apunte y siguió, meta ladrar.

Caminé unos pocos pasos más y distinguí al hombre: era el gordito. Me pegué terrible susto y dejé caer el vaso de agua. No es que el gordito estuviera recostado, como yo había visto primero, sino más bien lo contrario: se movía como nervioso, como si buscara algo caído en medio del monte. A mí, pensé, me busca a mí.

En menos de un segundo pensé muchas otras cosas. Pensé en correr, pensé en esconderme adentro de la casa o perderme en el monte. Pensé en el tiempo que había perdido tomando vino.

Supongo yo que la India sintió mi susto, porque en vez de seguir conmigo pegó la vuelta para el lado de la casa. Tuve el impulso de hacer lo mismo, pero entonces, justo antes de rajar, me di cuenta que el gordito se movía raro. Ya no era ni que estuviera recostado ni que simplemente se moviera: el gordito caminaba para atrás, igual que caminaba la Vieja dentro de la casa.

La diferencia —o una de las diferencias— era que el gordito se movía en un espacio más pequeño, como apretado por los árboles. Otra diferencia —que más bien estimé por la diferencia de edad— era que los movimientos del gordito eran mucho más rápidos. En comparación, la Vieja como que se movía en cámara lenta. Se me ocurrió que también podía ser porque el gordito era medio nuevo en el asunto. En mi idea de lo que era estar muerto, quiero decir.

Me aguanté un rato más, cosa de dos, tres minutos, relojeando al gordo, siempre a una distancia prudente. Vi que no se acercaba a la casa, que tenía un lugar ya medio preciso para sus movimientos. Incluso llegué a pensar que se iba, que de a poco se alejaba, pero resultó que no.

El que ahora se movía era yo, que de una manera rara, capaz que de puro miedo, iba copiando la manera de caminar del gordo y de la Vieja. Quiero decir que de repente también yo caminaba para atrás, pero más como un estúpido que como un muerto.

Pispié por sobre mi hombro y la vi a la India, que seguía con los aullidos

ahora desde la puerta de la casa. Miré una vez más, la última, al gordito. Vi que seguía igual y entonces sí, me di la vuelta y corrí a meterme en la casa.

Tragadero

El nombre del río me lo contó, para variar, Insúa: Tragadero, así es como se llama. Insúa me pedía que lo acompañara a pescar cada vez que le venían ganas de hacerse un chupín de pescado. Nos instalábamos en la orilla con el equipamiento —un balde lleno de lombrices, una bolsa de pan, dos líneas, y un par de tetrabriks de vino rebajado con jugo de un pomelo o de una naranja, cosa de distraernos— o bien nos subíamos al cachiveo y nos mandábamos hasta el medio del río, como para trabajar desde ahí. Pero al final nunca pescábamos nada. Insúa se la pasaba hablando, contándome cosas, y yo no hacía más que colgarme mirando el agua oscura del río.

El Tragadero, por lo menos eso me explicó Insúa, es mucho más peligroso de lo que parece. Tiene mucho barro en el fondo, un barro que te chupa, que te empuja para abajo. Por eso se llama Tragadero: porque traga las cosas y las personas.

El nombre se lo pusieron hace mucho los peones que iban y venían desde o para Corrientes o Resistencia. Como tiene épocas que el río no es muy profundo, la peonada, con la idea de ir acortando camino, se empecinaba en cruzarlo a pata. Primero un pie, después el otro, muy confiados los tipos.

Los primeros pasos no eran difíciles de dar, después de todo esta zona está llena de humedales y lagunas, y tarde o temprano se terminan metiendo los pies en el agua o en algún charco, sin mucha idea de lo que hay en el fondo. Sin mucha idea de lo que se pisa.

Resulta que, llegado el momento, los paisanos que se mandaban a cruzar el Tragadero de ese modo querían de repente alzar un pie y no podían. Es el barro, que te succiona. Como si te comiera. Arranca por los pies, sube por los tobillos, para entonces uno se desespera y hace movimientos que no conviene hacer. Hace fuerza para liberar un pie, pero esa misma fuerza no hace más que hundir el otro pie. Y si se da el caso de que uno consiga zafar, supongamos, el pie derecho, es el mismísimo movimiento de liberación lo que acaba por hundir aún más al pie izquierdo. Por una cuestión de peso: de un lado se empuja para arriba, y del otro, un poco sin querer, para abajo.

El río te hace pensar que es uno, uno solito y por su propia estupidez, el que se hunde a sí mismo. «Y algo de eso ha de haber», me dijo Insúa, «pero también es cuestión del río: el Tragadero es un río maldito.»

Yo pensé entonces en la Vieja. En el cuerpo de la Vieja hundido y enterrado en el barro del Tragadero. Un cuerpo, me imaginé, a esa altura ya comido por los pescados. Recordé también lo mucho que me había costado salir del río después de meter a la Vieja. Pensé en mis zapatillas, que casi quedan pegadas al fondo.

Podía ser, lo de Insúa, una pura superstición, algún tipo de leyenda, pero lo más seguro era que no.

Con el barro a la altura de las rodillas, me dijo después, es como que ya estuviera uno perdido. No hay ayuda que valga. Si alguien sale en tu rescate, se hunden los dos.

«Al Tragadero no le gusta que le quiten lo que es suyo», agregó Insúa. «Si algo, una persona, se mete en el agua, inmediatamente el río la considera suya.»

No me gustó que Insúa me hablara del río como si fuera, el río, una persona: de alguna manera ese modo de hablar me hacía sentir que al final era todo mentira. Me hacía dudar.

Dijo Insúa, también, que el asunto, el miedo al Tragadero, se hizo mayor cuando se empezó a ahogar el ganado. La peonada, siempre tan bruta, creyó que el metejón del río era con las personas, nada más que con los hombres y con las mujeres. Se mandaron a cruzar, entonces, encima de los caballos o de las vacas. Algunos hasta se mandaron arriba de alguna mula.

Fue un desastre: se ahogaban animales y personas, tropillas enteras, con cuatro, cinco tipos a la cabeza, que se iban tirando al río para rescatarse entre sí o para rescatar el ganado.

De llegar a salvarse ellos y no los animales, igual se daban por muertos: los peones no eran dueños ni de las vacas ni de los caballos ni de nada. Así que, por cada animal muerto, había después un peón muerto o, por lo menos, un peón mutilado. Los patrones no se creían el cuento del ahogo, y si se lo creían no les importaba: los peones se habían manejado mal y de alguna manera tenían que hacerles pagar el comportamiento irresponsable.

De ahí que se desesperaran tanto los peones cuando veían que, por ejemplo, una vaca se les empantanaba. El animal, que por definición es ya medio tonto, se les hundía y no tenían manera de hacerlo reaccionar. El gesto pacífico de las vacas, ese como dejarse estar, era lo que decidía a los hombres a saltar en su ayuda, a salvar la vida de la vaca y la suya propia. Todo sin sentido, porque ahí no había salvación posible.

Algunos que sabían lo que venía después, antes que presentarse con la tragedia a sus patrones, preferían mandarse a mudar. De repente al monte lo tenían plagado de fugitivos, hombres que preferían vivir escondidos antes que hacerse cargo de sus cagadas. Eran como salvajes.

«Uno imagina», me dijo Insúa, «que por ser hombres de campo, conocedores de la zona, estos tipos se las podrían amañar.» Pero resulta que andaban como idiotas, medio enloquecidos. En vez de irse bien lejos, a otra provincia, adonde no los encuentre nadie, se escondían de la manera más ridícula. Algo acá, en la zona de la Colonia, no los dejaba irse.

«La culpa», decía Insúa, «la culpa y el miedo. Por culpa de esos loquitos no nos quedaron vacas en la zona», remataba.

Yo me creía la historia un poco a medias: lo de los peones no era ni culpa ni miedo, era pura idiotez.

Una de aquellas veces, sentados en el cachiveo, Insúa me dijo que el crédito en su almacén se me había acabado. Recién entendí lo que decía cuando sacó de entre su ropa unas hojas de cuaderno llenas de anotaciones. Era, según él, todo mi consumo. Hasta hizo figurar la silla de ruedas. Con eso, dijo, cubría el pago de la camioneta.

No pude disimular mi cara de culo y, creo que por eso, una vez que estuvimos en la orilla Insúa se esforzó en consolarme. Que por el agua, me dijo, no tenía que preocuparme, que el agua del Tragadero no era tan mala, que era cuestión de organizarme. Tampoco había que preocuparse por la comida: en el

monte, dijo Insúa, hay más que lo necesario.

«El monte es como un enorme almacén», dijo, «hay que ser inteligente, saber elegir y también saber agarrar lo que uno necesita.»

Volvimos a la orilla y, entiendo yo que para compensar la mala noticia que me daba —que para mí era más como una traición—, Insúa me prometió un regalo, algo que cambiaría mi manera de ver las cosas.

En ese momento no le hice caso, mi cabeza ya estaba puesta en solucionar mi nueva situación. No era tan fácil eso de abastecerse con el monte. Pero al día siguiente Insúa se me apareció en la casa con una escopeta, un gallo y dos gallinas.

«Con estas cosas», me dijo, «el monte es tuyo.»

Largó las aves a un costado de mi casa y me dijo que atendiera que no se me fueran muy lejos. De una bolsa arpillera sacó tres botellas de plástico y unos como veinte metros de alambre, y después empezó con las indicaciones. Que buscara ramas y algo tipo horquetas, que con eso armaríamos lo que sería mi corral: «La casa de las gallinas», especificó. También me indicó que cortara las botellas por la mitad y las engrampara con el alambre, que después las llene de agua y las coloque de manera tal que las gallinas y el gallo tuvieran su bebedero. «Que siempre tengan agua», me dijo, «que estos son animales medio inútiles y no saben conseguirse las cosas.»

Aprovechó la última indicación para decirme que no me comportara como ave de corral, que si yo no sabía abastecerme, el monte me acabaría comiendo a mí.

De una bolsita sacó unos granos y los desparramó entre las gallinas y el gallo, que se abalanzaron como hambrientos. Había que ser cuidadoso con el gallo, son animales que asumen que todo alrededor les pertenece.

«Si sienten que uno les falta el respeto», dijo Insúa, «no tienen problema en atacarte. Y por mucho que uno lo vea como un animal inofensivo, si quiere, el gallo te hace pasar un mal rato.»

Miré al gallo: peleaba con las gallinas por el alimento. No daba la impresión de ser muy malo. De hecho, parecía que las gallinas lo tuvieran a raya, como que le dejaban la peor parte de los granos. Era de un blanco medio grisáceo, el gallo, sucio y enfermo parecía. Los ojos saltones que abría y cerraba como si quisiera acomodar la vista, como si se le hubiera metido alguna basura, le daban pinta de

loco. Me cayó bien, mejor que las gallinas. Más tarde, me dije, pensaría un nombre que ponerle.

Insúa tiró un puñado más de granos y, casi en el mismo movimiento, pasó hablar de la escopeta. Hasta entonces yo nunca había usado una. Pensé que Insúa, una vez más, con la escopeta quería joderme, tomarme el pelo, pero su cara al hacerme semejante regalo tenía un algo como de bondad. Era un regalo en serio, hecho en buena ley.

Que no me preocupara por el funcionamiento, dijo cuando me vio manipular el arma medio a lo bruto, que él me daba unas clases gratis.

La escopeta era una Remington. Insúa la había tenido desde siempre. Incluso tenía otras tres en el almacén. Por un asunto de seguridad, me explicó, aunque las usaba poco. Más por deporte, como para divertirse de vez en cuando. Pero ahora era un hombre mayor, sin ganas de andar jodiendo. Por eso prefería la pesca, que se le hacía una actividad más saludable, dijo, como más serena y menos violenta.

«Igualmente», aclaró, «si te hace falta te acompaño en tu cacería.»

Había heredado las escopetas de su papá, que a su vez las había recibido de su padre. Del abuelo de Insúa, o sea. Él tenía la idea de que alguno, su papá o su abuelo, habrían sido soldados o policías del Chaco. Aunque bien podía ser que hubieran sido apenas cuatreros o bandidos. En el peor de los casos habrían sido de los peones idiotas que dejaban morir al ganado en el Tragadero. Igualmente, dijo Insúa, el asunto era que conoció muy poco a su papá y mucho menos a su abuelo, y que no le alcanzó el tiempo para encariñarse con ninguno.

Me dio la impresión de que Insúa se emocionaba, que por mucho que se quisiera hacer el desentendido, sentía una especie de orgullo al hablar de su papá y su abuelo. Tenía los ojos brillosos y la voz, que siempre sonaba más bien grave, como salida de un pozo o como si hubiera fumado cigarros, la voz ahora le salía suave, hasta medio entrecortada entre una palabra y la otra.

Me sacó la escopeta de las manos para mostrarme unas rayaduras en la culata y, como si quisiera retomar su tono más común y más tosco, me explicó que eran las marcas del uso. Pero no de cualquier uso, sino de la historia de la escopeta. Igual que había hecho con el río, ahora me hablaba de la escopeta como si la escopeta fuera una persona, algo con decisión propia.

Dijo Insúa que esa escopeta podría haber matado indios o soldados

paraguayos o brasileros. Que capaz había sabido cuidarnos —cuidar a nuestros ancestros, dijo, pero aclaró que cuidar a nuestros ancestros fue como cuidarnos a nosotros— y también proteger la tierra que ahora pisábamos.

Me devolvió la escopeta agarrándome fuerte las manos y mirándome fijo a los ojos. Pensé que por ese gesto, un gesto tan importante, ahora vendría algún consejo, alguna reflexión sobre la vida. Pero no pudo decir nada el pobre Insúa. Se largó a llorar, primero unas lágrimas solas que le cayeron por las mejillas, hasta que se quebró en un llanto con gemidos y todo.

No supe qué hacer y me salió algo medio ridículo: abracé a Insúa, lo abracé como si hubiésemos sido algo tipo parientes o amigos que hace mucho no se ven. Él se aguantó el abrazo hasta que sintió, como yo, que un abrazo tenía poco que ver con nosotros.

Me dio un empujón y se quejó de mi olor. Que se notaba, dijo, que nunca le había comprado un puto desodorante. Pensé que lo decía en chiste y me sonreí, pero Insúa se largó hablar de la necesidad de cuidarme el cuerpo, que vivir en medio del monte y ser medio brujo, como yo era, no tenía que ver con dejarse estar. Todo muy serio hablaba Insúa de repente.

Estuve a punto de ofenderme, pero entendí que el tipo hablaba así para tapar la emoción de un rato antes, para tapar su llanto.

Nos mandamos monte adentro con la escopeta. Lo más fácil de cazar, me explicó Insúa, era los pájaros. Pero no había que cazar cualquier pájaro. Tirarle, por ejemplo, a los loros y a las cotorras, era llamar a la mala suerte. Esos pájaros saben hablar, y a quien los caza se le llena la cabeza de voces. Lo único que se consigue cazando loros es quedarse medio loco.

Me contó Insúa que hay muchos hombres en la Colonia —y mujeres también— que se los ve hablando solos, como perdidos, y eso fue por dejarse llevar. Hay tantos loros, tantas cotorras, que uno se tienta. El monte jode así, de esa manera.

Pasa el rato, pasan las horas, y uno sigue sin tirarle a nada. Y mientras tanto se oye el griterío espantoso de los loros, ese como llanterío histérico que provoca odio. Uno ya no se aguanta y se larga a tirarles con todo.

De repente bajaste unos tres loros, cuatro cotorras. Tres y cuatro hacen siete. Al día siguiente, ese cazador tiene siete voces en la cabeza, siete gritos que no se callan ni a la hora de dormir. Una persona que enloquece y que ya no sirve para nada. Un inválido que ahora te sirve nada más que para hacer daño y que te

pudre todo un pueblo.

Porque quién, me preguntó Insúa —pero sus preguntas, yo lo tenía bien sabido, no buscaban que yo respondiera nada, eran preguntas tiradas al voleo nomás—, quién termina haciéndose cargo de esos sinvergüenzas: «La gente del pueblo», dijo Insúa, «nadie más. Y cuando el pueblo se cansa de hacerse cargo, entonces se pudre todo».

Así es como te trabajan la mente los loros y las cotorras, que en definitiva son pájaros que no sirven para nada. Y tanto escándalo por sacarse uno las ganas de tirarle a algo, a cualquier cosa.

Pensé que la charla continuaría ya por cualquier lado, pero Insúa la enderezó a lo que habíamos venido. «Los pájaros más convenientes de cazar», dijo por fin, «son la charata y el pato picazo.» Pájaros grandotes, explicó, buena carne y hay en abundancia. Quiso enseñarme ejemplares de patos y de charatas pero no encontramos. Se tuvo que conformar con hacerme una descripción. Le molestó que después de tanto tiempo metido en el monte —¿cuánto ya?, me preguntó, ¿meses?, ¿años? No le supe contestar—, que después de tanto tiempo yo no supiera distinguir los distintos tipos de pájaros.

«Es la época», dijo después, «ahora andarán medio escondidos o en otra parte del mundo.»

Estuvo a punto de arrancar una explicación sobre la migración de las aves y cosas por el estilo, pero algo lo frenó. Capaz mi cara de perdido.

A mí el asunto de la caza no me importaba. Más fácil, pensé, era que me mantuviera el crédito de su almacén. Pero Insúa quería enseñarme. Le ponía empeño a las explicaciones: que los patos esto, que las charatas lo otro. Como no había suerte con los pájaros, se largó contra los animales de tierra: conejos, vizcachas, comadrejas, animales que no me daban más que miedo y repugnancia. Animales que hasta entonces —hasta Insúa, hasta la escopeta de Insúa— nunca se me hubiera ocurrido comer así porque sí.

Llegamos a orillas del río. «Algo», dijo, «tenemos que agarrar desde acá. Los animales andan siempre cerca del agua.» Sin embargo, la mezcla de rugido y de movimiento nos llegó desde bien adentro del monte. Desde el lugar mismo que nosotros habíamos estado pisando.

«Los monos», dijo Insúa. Lo dijo a media voz, como si los monos pudieran escucharlo o, peor, como si pudieran entenderlo.

No me daban miedo los monos, pero se me hacían antipáticos. Por eso, principalmente, nunca hubiera pensado en agarrármelas con un mono.

Insúa giró y señaló a los árboles, a lo alto de los árboles. Me di cuenta entonces que tenía cara de loco, que se había cansado de no tirarle a nada, de no encontrar a qué tirarle. Y así es que nos mandamos —y así me mandé yo por primera vez— detrás de los monos.

Pájaros de la cabeza

Al final, nunca le puse nombre al pobre gallo. Salí de la casa por un costado, por una ventana, y ahí estaba él, solo y medio a la deriva, picoteando el aire. Las gallinas no le daban pelota, como que lo maltrataban nomás. Me sentí en deuda con el bicho, pero ahora, con todo el quilombo encima, ya no podía hacerse mucho. Cuando volviera, me dije, cuando ordenara el estropicio que se me había armado, le iba a dedicar más tiempo.

Junté unas pocas cosas —el bolsito, los celulares y la escopeta—, alcé a la India por mi lado bueno, el izquierdo —cosa difícil de hacer, porque además de ser diestro, a la perra la tenía más que bien alimentada—, la alcé y emprendí el escape. Me escapé, digo, del gordito. O del fantasma del gordito, o de lo que fuera que se me había venido hasta la casa.

Lo espí una vez más antes de rajarme: seguía igual el chico, caminando para atrás, pegándose la espalda contra los árboles. Ni muerto tenía suerte. Menos suerte que el gallo, pensé.

Al principio quise correr, pero con la India encima se me hizo imposible, así que me conformé con caminar a las apuradas. Caminé como caminan los patos, que separan bien una pata de la otra y se hacen de un mejor equilibrio. Después de un tramo apenas largo, la India empezó a quejarse para que la bajara. Mi miedo era que, una vez en tierra, apuntase de vuelta para la casa, a ladrarle a los fantasmas. Por eso preferí aguantar nomás que se arqueara y retorciera en mis brazos, que me gruñera.

El esfuerzo me hizo transpirar. Cuando calculé que había hecho una distancia más o menos considerable, busqué una buena sombra para frenar y tomar aire y, de paso, para bajar a la perra y que la hinchapelotas se sacudiera la molestia. Le hice unas caricias, pobrecita, y con la vista puesta en la maraña que era el paisaje alrededor, entre yuyos y arbustos, pensé qué hacer.

Lo mejor, decidí, sería pasarme unos días escondido en algún hueco del monte. No es la mejor manera de acomodarse —desde el clima hasta el bicherío te juegan en contra—, pero estar en mi casa era un peligro, un riesgo pavote. De un momento a otro alguien me iba caer con alguna cuestión y me iban a terminar complicando la vida.

Así que le chisté a la perra y me resigné a caminar, a no estarme muy quieto. También iba tener que procurarme el alimento y el agua cuidándome de no andar muy cerca del río.

Aunque no quería, iba medio paranoico, ahora de repente como que todo me asustaba. Desde los pájaros con su griterío hasta el temblequeo de luz que provoca el sol que se filtra entre las ramas. Todo era una pura amenaza.

Por ese miedo, un miedo que yo sentía viejo, de mis primeros días en el monte, empecé a dar pasos en falso. De puro inútil ensartaba, por ejemplo, el pie en medio de un charco. O movía la rama equivocada y me aparecía otra que, a lo bruto, se me estrellaba como chicotazo en la cara. A tal punto era la molestia, que sentía la nariz llena de moco y picor. Algo de todo ese ambiente —un restito de astilla, una pestaña o un pelo suelto de entre mis cejas—, algo se me metió en un ojo y me cargó aún con más nervios.

El colmo de tanto malestar vino cuando me llevé por delante a la India. La perra, que iba nerviosa como yo, se me enredó entre las piernas y, aunque no me hizo caer, me hizo tirar el bolso y la escopeta. Reprimí el impulso de putearla y, en cambio, entre que acomodaba un poco las cosas caídas, elegí frenar otra vez y sentarme un rato sobre algún pasto más o menos limpio.

Le hice señas a la India para que se viniera al lado mío. Tardó en acercarse, perra culposa, como si alguna vez yo la hubiera tratado mal. Hasta que por fin vino y se instaló, de lo más cómoda, con la cabeza en mi regazo y el cuerpo bien estirado sobre el pasto. Por el cráneo tan dado vuelta, le quedaban los ojos, y la cara toda, apuntando para arriba, hacia mi propia cara. Y aunque bien sabía yo que lo hacía de puro defectuosa, de alguna manera que la India me mirara me

hacía sentir querido, o algo así.

Como para no pensar tanto en las cosas que me daban miedo, me puse a identificar el ruido de los pájaros: a qué pájaro le correspondía tal o cual canto. Alguna vez Insúa me había querido enseñar, pero nunca pasamos de los patos y las charatas. Después también estaban las cotorras, que es medio imposible no identificar, de tan insoportables. La cuestión es que, con la mayoría, me las tuve que arreglar solo, así que al final, y como para ya no dar tantas vueltas con el tema, le puse a cada pájaro el grito que a mí se me ocurría.

Ahora, por ejemplo, lo primero que sentí fue el grito de un chajá, y puede que no, que no haya sido ni ese grito ni ese pájaro, pero esa era la conexión que yo había hecho: para mí a ese grito le correspondía ese pájaro. Total, que lo hacía para distraerme, quién me iba andar jodiendo.

Después sentí una bandada de cachilas: son gritos agudos, no tan molestos como los de las cotorras sino más bien delicados. Las cotorras son como voces enloquecidas, las cachilas, en cambio, serían voces como más instruidas, portadoras de algo como sabiduría.

Durante unos minutos sentí las cachilas, sentí que me hablaban, que me hacían parte de su conversación. De a ratos se filtraba el grito de algún otro pájaro: un cardenal, pongamos por caso, que tiene un silbido lindo también. O un pitogüé, que tiene un grito que parece anunciar un ataque. Pero un ataque de quién, o de qué. Otro asunto en que pensar.

Cerré los ojos, cosa de sentir mejor los gritos de pájaro, de asimilarlos y darles la correspondencia exacta. Era un ejercicio que, además de calmarme, entretenía.

Habría sido, pienso, que la India se ensimismó, se enroscó ella en mi propio estado —un algo así como dejarme ir—, porque de otro modo no entiendo que no se percatara de que ahí nomás, a pasitos de nosotros, los teníamos a Soria y a su hijo. Yo los percibí en el momento justo en que adivinaba un tero —el del tero es de los gritos más amenazantes, o capaz sea uno, que más o menos sabe de la afición del tero por correr a las personas que les andan cerca del nido o de sus pichones, capaz que uno se hace la idea de que el grito del pájaro es tan peligroso como el pájaro mismo.

El tema es que apenas adiviné el tero, medio que entreabrí los ojos y vi, ya encima mío y de la India, al boludo de Soria en pose como de ataque —aunque

hubo un segundo, hasta diría que menos de eso, en que pensé que Soria se acercaba nada más que a saludar. Pero no, el tipo aprovechó que me tenía sentado, a su disposición, y me ensartó flor de trompada a la altura de la oreja izquierda. Además de hacerme desparramar, el golpe me aturdió y me dejó medio sordo de ese lado. El mundo, de repente, empezó a darme vueltas. Sentí todos juntos los chiflidos de los pájaros, todos como en asamblea metidos en mi cabeza: cotorras, cachilas, chajás, teros, pitogüés, lo que un rato antes había usado yo para calmarme, ahora me llegaba como la locura misma.

Quise incorporarme rápido, pero fue peor. Me quedé en cuatro patas, esperando que se frenara esa sensación tan horrible. A la India, que quiso reaccionar, que quiso hacer como un ensayo de defensa —con la cabeza dada vuelta se le hacía más difícil atacar así de una, los tarascones le salían más bien atravesados—, a la India, Soria le metió una terrible patada en el medio de la panza, la llenó de ahogo, y vi, pobrecita, cómo se le inflaban los ojos, le vi el miedo por la falta de aire y sentí el aullido que no le salía, que se le quedaba trabado en alguna parte del cuerpo.

Soria lo llamó a su hijo, que le diera una mano, y entre los dos se me vinieron encima. El chico se me paró enfrente. Aún en cuatro patas, levanté el mentón y el cogote, como para verlo a los ojos. Todo un gran error, porque ese gesto mío le sirvió al chico para tenerme a tiro y emprenderla a sopapo limpio, a mano abierta, contra mi cara. No pegaba fuerte, el chico, pero me hacía arder las mejillas y me entorpecía la necesidad de quitarme el mareo.

El asunto se puso feo en serio cuando Soria me agarró los brazos por detrás y se montó encima mío, como si yo fuera un potrillo y mis brazos las riendas para sujetarse. Sentí como un desprendimiento en mi hombro derecho, el hombro lastimado. No me aguanté y pegué un semejante alarido, los ojos se me inundaron de lágrimas, me vino a la cara como un hervor y me dejé caer nomás, de boca contra el suelo.

«Quietito, quietito», me dijo Soria, y aparte de estirar un poco más de mis brazos, se puso a trabajar en atarme las muñecas con algún material tipo alambre. Su hijo, mientras tanto, el pie calzado con una alpargata, me pisó fuerte la cabeza a la altura de una oreja. Como venía gritando, yo, del dolor, la boca se me llenó de tierra y de pasto, un menjunje que casi me asfixia.

Entonces, y de la bronca, me largué a llorar. Lloré por el dolor y por sentir

que mi brazo derecho ya no iba a ser lo mismo después de la brutalidad con que Soria me lo estiraba. Lloré también por la India, pobre perra, qué le habría hecho el animal este con esa patada. Lloré un rato largo —para mí, por lo menos, fue como un rato largo, pero bien pudo haber sido cosa de un minuto, incluso unos cuantos segundos—, lloré con la cara aplastada contra el pasto hediondo.

Soria me apretujó las muñecas, me zamarreó un poco para asegurarse de tenerme como un cuerpo fácil de mover, de manipular, y mandó a su hijo que trajera algún palo, un palo grueso y bien firme, pidió.

El chico revisó alrededor, midió algunas ramas, las comparó con troncos pequeños, sin decidirse por nada.

«Agarrá cualquier cosa, la puta madre», instalado sobre mi espalda, Soria intercalaba puteadas a su hijo con frases dichas medio en voz baja. Sonaba todo como un gran susurro, como la meditación de un desquiciado.

Dejó de hablar cuando reapareció la India. La perra no se le fue encima de una, sino que dio la impresión que estudiara el escenario. Hasta que se plantó frente a Soria, los ojos colorados y llenos de odio, y una mezcla rara de llantos y gruñidos. No le gustaba para nada verme así, tan a disposición del enfermo ese.

Soria quiso espantarla, un gesto amenazante, un prepoteo con la cara y los hombros, pero la India ni se mosqueó. Muy por el contrario, se sintieron más fuertes sus gruñidos. Se le veía, también, la boca llena de baba entre los dientes, como prepotendo también ella.

El chico encontró por fin el palo que buscaba —un palo como cualquier otro, una rama suelta de quebracho o de algún árbol así— y usó ese palo para marcarle una distancia a la India.

«So, so», le decía, como si esa expresión tan traída de los pelos pudiera calmar a mi perra.

Me dio la impresión, en ese momento, de que Soria estaba ya un poco harto de su hijo. Medio al tanteo, él mismo agarró un palo cualquiera de los muchos que teníamos alrededor, lo colocó en mi espalda por debajo de mis brazos y lo subió hasta mis sobacos, de manera que me dejó como él quería, más o menos inmóvil.

Después tiró de ambos extremos del palo y la presión que provocó entre mis brazos y mi espalda no me dejó otra que ponerme en pie. No grité, pero sí me salió un gemido raro. Pensé en algún pájaro que tuviera un canto parecido a eso:

se me ocurrió un pájaro gordo y torpe, un pájaro que fuera la burla del resto de los pájaros del monte.

Nos movimos lento. Soria pendiente de mí, que no tenía la menor intención de facilitarle el asunto, sino más bien lo contrario —me dejaba caer, me hacía el débil, ponía los brazos flácidos, con lo que el palo se aflojaba y no le quedaba más remedio, a Soria, que acomodar nuevamente toda la carga que él mismo se había inventado llevándome así. Además que le hice el trabajo más difícil cuando vi que íbamos para el río.

De todos modos, no era solamente yo el complicado, porque también era lento el andar de la India y del chico. Aunque iba delante de ellos, dándoles la espalda, me las arreglé para pispiar cómo venían. Más o menos me tranquilizó ver que se tenían a raya y que se medían como pendencieros, entre amenazas y prepoteo. Pese a sus propias complicaciones conmigo, Soria también iba pendiente de ellos. Como que ya no le tenía ni una confianza a su hijo.

«Pegale ya de una vez a esa perra de mierda», le gritó.

Pero el chico no se decidía, parecía, más bien, que no tuviera ganas de pegarle. Se me hizo comprensible, aunque también medio ridículo, el enojo de Soria: la India y el chico no se iban a lastimar. Mejor para mí, pensé, que Soria se cargara de nervios ridículos.

Lo que no me gustó fue ver que se colgara mi bolsito al hombro —como si el bolsito fuera suyo— y que se cruzara la escopeta a modo de bandolera. Que se hiciera, quiero decir, esa imagen que, yo sabía, Soria siempre quiso copiarme.

Los tipos del monte son así: ven al otro que viene de afuera y enseguida le toman bronca, lo miran mal, medio de refilón, y evitan saludarlo. Si tienen oportunidad, le juegan una mala pasada. Pero al final se le quieren parecer. Quedan como en el medio de un resquemor y llevan mal todo el asunto. Se les va de las manos, se dan cuenta de la dificultad de copiar los gestos del otro y se calientan cuando lo ven a uno —a mí, digamos— ocupado en copiar a su vez el trabajo del campo, la vida del monte. Les molesta ver que uno aprende a vivir en un lugar así, que aprende a comer y a tomar agua de otra manera —su manera, la del hombre de campo—, les molesta que uno se las amañe sin pedirles nada o debiéndoles más bien poco. Entonces te hacen fama de diablo, de retrasado, de mudo loco, de cualquier cosa que ellos más o menos puedan entender.

Ahora entonces, por mucho que quisiera, por mucha pose que me copiara, su

hijo, el hijo de Soria, no le iba pegar a mi perra.

Llegamos a la orilla del río, a la altura del cachiveo, y como primera medida, Soria me hizo arrodillar. Quedé con la vista apuntando a la orilla de enfrente y, entre otras cosas, pensé en los pendejos: qué podían llegar a imaginarse de vernos así. También pensé otra vez en Soria: capaz quería darme algún tipo de lección. Por ahí, de puro bruto y supersticioso, quería sacarme —o meterme— algo del cuerpo.

Y pensé, también, lo que en definitiva era lo único más o menos cierto: que Soria ya se había visto con los pendejos, que de alguna manera esto que me pasaba —desde el mono que maté sin querer hasta el gordo caminando en reversa, como descubrí que caminan los muertos—, todo esto, era una tramoya bien armada entre ellos, entre Soria y los pendejos. Una especie de arreglo para sacarme de mi casa y maltratarme sin culpa.

Lo último que pensé fue que por ahí los pájaros me habían contaminado. Los dejé que se metieran con sus chiflidos hasta el centro de mi cabeza, los dejé andar a sus anchas, y ahora esta paranoia que no era más que una mera superstición. O eso es lo que yo quería que fuera.

Dejé de pensar por culpa de los gritos de Soria. De repente se le dio por gritar como un desesperado, de una manera un poco ridícula. Tanto, que era medio imposible entender qué mierda quería con esos gritos. Pero como Soria siempre había sido medio loco, tampoco me llamó la atención que gritara así.

Si algo consiguió, al final, fue ponernos nerviosos a todos. La India, por ejemplo, que venía bien, ya en calma, como una más del grupo que éramos, se largó a ladrar de una manera histérica, como antes les había ladrado a las apariciones de la Vieja y del gordito. Y el chico de Soria, tonto como era, se empeñó en hacerla callar: «Chito la boca», le decía, «chito la boca». Una grandísima estupidez, la del chico, sobre todo porque su padre era el que más escándalo hacía.

Soria se llevó las manos a la boca para hacer efecto megáfono y entonces me di cuenta y entendí que, con esos gritos, llamaba a los pendejos. Me dio bronca que fuera tan pelotudo. Dejó de gritar —así de repente, del mismo modo en que había arrancado— y la emprendió con esos susurros que al fin de cuentas eran otra forma de su locura. Aprovechó que me tenía de rodillas para encajarme —de sopetón, sin previo aviso— un soberano sopapo en la cabeza.

Cada golpe de Soria que yo sentía innecesario, hacía que más ganas me vinieran de zafarme para molerlo a golpes. Era todo un gran trabajo de la paciencia —de mi paciencia— hacer de cuenta que lo entendía, que después de todo Soria era nada más que un pobre tipo, un bruto. Pero entonces, justo cuando mi esfuerzo parecía tomar por el camino del perdón, el tipo volvía, otra vez, a golpearme o a joderme la vida de alguna manera.

Gritó de nuevo y la India ladró más fuerte. Era una situación bastante absurda, un poco frustrante también. Hasta que vi aparecer —como si hubiesen estado todo ese tiempo escondidos en el monte, como criaturas miedosas y medio abombadas— a dos de los pendejos, a Migue y a la otra chica, la que no era Lola. Me costó, a decir verdad, desentrañar que eran ellos. No tanto por la distancia de una orilla a la otra —unos treinta metros como mucho—, sino por la pinta: más que los voluntarios típicos de Vida Silvestre, más que los pícaros que solían venir de joda, parecían sobrevivientes de alguna situación horrible. Las ropas sucias, desprolijas, algo como una urgencia en los movimientos, una desesperación. Me sentí culpable por ellos.

Soria gritó algo que nadie entendió, ni quienes estábamos en la orilla de su lado, ni los pendejos en la orilla de enfrente. Repitió el grito, enojado, y esta vez sí se sintió algo descifrado.

«Que acá está el delincuente este», dijo. Me dio también un nuevo sopapo en la cabeza, como para remarcar a quién se refería. Del otro lado del río no hubo más respuesta que las miradas fijas, quietas, de Migue y la chica.

«Qué quieren que haga», preguntó Soria, siempre a grito pelado, y como tampoco tuvo respuesta esta vez, puso él mismo las opciones: que él, Soria, dijo, me cruzaba en el cachiveo y me entregaba a ellos, a los pendejos, para que ellos hicieran conmigo la justicia que hubiera que hacerse, o bien que su hijo se cruzaba y les ponía el cachiveo de su lado, en su orilla, para que dispusieran ellos del ir y venir, si es que no les hacía gracia tenerme con ellos allá enfrente.

Migue y la chica sin nombre se miraron, cada uno a la espera de que el otro decidiera. De tan nerviosos, daban como bailecitos en un espacio muy chico, un ir y venir que me recordó la forma de caminar del gordo y de la Vieja. La caminata de los muertos, con la diferencia de que Migue y la chica no caminaban en reversa.

Igualmente y por las dudas, miré con más atención hasta sentirme seguro de

que no, de que Migue y la chica no estaban muertos, de que lo suyo eran puros nervios y ganas de estar en otro lado.

«Y bueno», preguntó Soria: «qué hacemos.» No gritó esta vez, le bastó con esforzar la pronunciación para que todos —los de esta orilla y los de la orilla de enfrente— le entendiéramos. A tal punto fue así, que hasta los ladridos de la India quedaron por detrás, ya no como un ruido molesto sino como un sonido más de la naturaleza.

Mientras de este lado esperábamos una respuesta, una definición —porque ya no era Soria el único que esperaba, su hijo y yo, y creo que hasta la India, nos habíamos puesto a la expectativa—, mientras esperábamos, Migue y la chica iniciaron lo que parecía una especie de debate. Movían los brazos, negaban con la cabeza, todos gestos de gente indecisa. Hasta que el mismísimo Migue pareció cansarse y, medio de costado, sin muchas ganas de mirar hacia nosotros, gritó algo así como que preferían esperar nomás.

Después amagaron, él y su amiga sin nombre, con mandarse de vuelta para el monte. Pero Soria los frenó con un nuevo grito:

«Qué van a esperar», dijo, «ahora es el asunto.» Me apoyó una mano sobre el hombro izquierdo —mi hombro bueno— y me dio una zamarreada, como señalando que yo era el asunto del que hablaba.

Migue y la chica quedaron a mitad de camino, con ganas de mandarse a mudar.

«Ahora tiene que ser», siguió Soria, «qué me voy a quedar acá todo el día.»

Otra vez se miraron, Migue y la chica, otra vez parecían debatir, aunque ahora sin la energía de un rato antes.

Soria se impacientó en serio. Me pegó con los nudillos, bien fuerte, en la cabeza, y dijo que él no iba a esperar nada. El golpe me aturdió, me dejó un eco, un chiflido adentro del cráneo.

Migue gritó algo, otra cosa, que ellos tampoco se harían cargo. Que iban a esperar a sus amigos, agregó, que habían ido a buscar ayuda. La respuesta de Soria no se entendió un carajo, sonó más como una mera puteada. Además que acompañó el grito con un culatazo de escopeta que me torció la cara y me torció también el mundo.

Caí de nuevo, de jeta contra el pasto, los ojos puestos en el agua quieta del río y los pájaros —otra vez los pájaros con sus gritos y chiflidos— perdidos en

mi cabeza.

Cerré los ojos. Sentí los ladridos de la India. Si me duermo, pensé, capaz el cuerpo deje de dolerme tanto.

No sé, finalmente, si fue que me dormí o que deliré un buen rato, pero cuando fui asimilando los sonidos y el bochinche que era mi cabeza, una vez que abrí los ojos y que me hice una idea entendible del mundo, vi una hormiga enorme que caminaba lento sobre una hoja. La cercanía, quizá, que la hormiga se me apareciera en semejante primer plano, hizo que la viera enorme. Y por detrás de la hormiga pude ver el desastre que era todo.

Insúa en los esteros

Los yacarés de Insúa se llamaban *Antonio* y *Mamerto*, que eran los nombres del Gaucho Gil, el santo correntino. «Se llaman así porque son bien de Corrientes», decía Insúa, contento de la ocurrencia. Según él, fue de pura suerte que los consiguió.

Había ido a pescar a Loreto, en zona de los esteros, y se topó con un grupo de cuatro paisanos que iban a caballo y que, de entrada, le dieron la impresión de andar en algo turbio. Venían a los gritos de sapucaí, eufóricos, con los caballos metidos en el agua casi hasta la panza. Insúa quedó quieto y medio asustado arriba de su canoa. Cuando lo vieron, los paisanos le hicieron señas para que se acercara.

Decía Insúa que pescar en los esteros es un problema, que hay muchos recaudos que tomar, hay que tener en cuenta los espacios habilitados y los que no. «Si errás el lugar», me explicó, «los cuidadores no tienen empacho en meterte un tiro.» Insúa siempre exageraba, pero en esto me pareció que no tanto.

Tenía un conocido, un guía medio chantapúfete, que le facilitaba la canoa con motor más los enseres para la pesca. Durante años había hecho el mismo periplo, al principio en compañía de otros aficionados a la pesca, gente del interior de Corrientes o algún chaqueño, pero después —cuando ya la pesca había pasado a segundo plano y se tomaba el periplo como una mera vacación, más atento a no pensar en nada que a pensar en la pesca de, por poner un ejemplo, un dorado—, después prefirió andar solo, sin nadie que lo jodiera.

El guía lo miró mal cuando le fue con el planteo. «Cómo sé que usted no anda en algo raro», le dijo. «Cómo sé que no anda en el tráfico de algún animal o de alguna cosa extraña.»

Los esteros, los animales y el agua de los esteros, se cuidan con mucho celo. Hay mil condiciones para poder ingresar y otras tantas para la actividad que uno quiera hacer por su cuenta. Además que está lleno de gringos. Son los dueños de casi todo.

«Mirame bien», me dijo Insúa que le dijo al guía: «tranquilidad nomás quiero.» Y el tipo entendió. Dice Insúa que fue, más que nada, su pinta de hombre bueno, de lugareño, lo que convenció al otro.

«De qué manera un tipo como yo», dijo Insúa que le dijo, «puede ser nocivo para el ambiente de los esteros.»

El guía estuvo de acuerdo, pero igualmente lo acompañó en sus primeras incursiones en solitario. Era un tipo joven, el guía. «Un correntino bien correntino», decía Insúa, y aunque a mí ese dato no me aportaba nada, él sentía que con eso, con decir que alguien es bien correntino o bien porteño o bien chaqueño, o lo que puta fuera, como que con eso ya te decía todo. Así que no me quedaba otra que imaginar cómo sería el guía ese que le había facilitado la entrada a los esteros así, por su cuenta.

El asunto es que una de aquellas veces —ya medio que de tarde noche, cuando ya Insúa pensaba en emprender la vuelta— fue que se encuentra con los cuatro paisanos estos. Insúa me cuenta que no es la mejor de las tardes, que hace calor y hay muchos mosquitos. Si uno mira para arriba los ve, una nube negra y ruidosa. También hay muchas telarañas. Una cosa de lo más rara, las telarañas, como si fueran hechas en el aire y sin necesidad de engancharse con algo, entre hojas o ramas o yuyos, sino como algo que flota en el aire.

Los hombres vienen a caballo, dando gritos, y cuando lo ven le hacen señas para que se les acerque. Insúa se hace el distraído, los saluda con una mano en alto y nada más. Se imagina, por un momento, que son empleados de los gringos. Siente un poco de miedo y no muchas ganas de acercarse.

Hasta que uno le pega un grito que suena más feo: «Vení, mierda», le dice. Entonces Insúa hace tripas corazón, enciende el motorcito de su canoa y pone proa en dirección a los paisanos.

Adelantando un poco su caballo, que ahora de suerte si tiene el hocico fuera

del agua, uno de los hombres le explica la situación: «Buscamos yacarés», le dice, «¿usted no vio?».

Precisamente, Insúa había visto una gran cantidad de yacarés dispersos por ahí. Los esteros están llenos, donde uno mire va encontrar. Son animales tranquilos, según Insúa, más bien mansos, el asunto está en no joderlos.

«Les peleamos cuerpo a cuerpo», agrega el paisano mientras intenta calmar a su caballo, que no parece estar cómodo con el agua al cuello. Insúa no entiende muy bien a qué se refiere el tipo este, supone que por el ruido del motor de la canoa, pero aun así no se anima a apagarlo. No consigue que se le pase el susto.

«Hacemos apuestas», dice ahora el tipo: «¿entiende lo que digo?»

Son los otros hombres, los que se han quedado un poco más atrás pinchando a sus caballos para que se atrevan con el agua, los que ahora apuran el asunto: «Que venga», dice uno, «que nos haga de juez».

Insúa siente pánico. De ninguna manera quiere juntarse con estos hombres. Para más que no se los ve nada bien, el bochinche, la brutalidad con que se mueven, algo seguro que tomaron. No tiene intención de moverse, Insúa, pero por alguna razón —cagazo, aturdimiento, váyase a saber— apaga el motorcito y agarra un remo. Se mueve apenas unos centímetros y ya está en terreno de los paisanos, que celebran con altos gritos de sapucaí que Insúa se les una en la aventura.

Los cuatro hombres se presentan. A Insúa le llama la atención que, de los cuatro, tres usen nombres femeninos: Itatí, Mercedes y Rosario. Se fija bien, de hecho, si alguno de los tres no es una mujer o alguna especie de marimacho. Y no: son hombres, tan hombres como el otro, el primero que habló con él, que sí tiene un nombre varonil: Lorenzo.

Más que nada por eso, por el nombre del tipo y porque fue el que se le presentó más seriamente, Insúa da por sentado que se trata del jefe o del capito del grupo. O por lo menos del que más grita.

De los otros, es Mercedes el que más llama su atención. Si sus compañeros están borrachos, piensa Insúa, Mercedes además es medio idiota. Es el único que usa boina de peón, una boina tejida que nada tiene que ver con los esteros. Piensa, Insúa, en el hervidero húmedo que debe ser la cabeza de Mercedes. Pero no es solamente por la boina que se ve como un idiota, es también la forma de reírse, como si no consiguiera cerrar la boca. Además se fija, Insúa, en los

dientes de Mercedes, picados y negruzcos, en una boca que más parece un mero agujero que una boca.

Lorenzo le habla y lo arranca del ensañamiento con el otro pobre diablo. Le hace preguntas: que qué anda haciendo por esta zona, que si tiene permiso, que quién es su guía, preguntas que Insúa entiende como de rutina —el tipo de preguntas que se hacen como para entrar en confianza— y que responde con esfuerzo. Le cuesta hablar y remar a la vez, aunque reme lento. La voz le sale aflautada, de una manera que a él, a Insúa, no le gusta. Porque una voz así, sin fuerza, sin hombría, lo deja en una situación desventajosa ante estos hombres tan ordinarios.

Hacen un buen tramo así, avanzando de una manera escandalosa —por la desesperación de los caballos, que no la pasan bien en el agua, y por los propios gritos de los hombres, que aunque se esmeran, no pueden reprimir la excitación —, una manera escandalosa que a la vez quiere ser serena. Al final, todo resulta en un ruido peor, como un ruido absurdo de tan raro.

Llegan a una zona más alta y, a medida que se libran de tanta agua, los caballos sueltan como rebuznos de alivio. Insúa queda apartado, a unos cinco metros del resto, siempre sobre la canoa. Por primera vez puede ver, Insúa, a los caballos casi de cuerpo entero. Son lindos animales, grandotes y bien alimentados. A Insúa le dan un poco de lástima, le da la impresión de que estos paisanos los están maltratando. Aunque también es cierto que son precisamente los caballos, con esa respiración agitada, los que le dan miedo.

Hasta que llega el grito de uno de los hombres, Insúa calcula que de Rosario: «¡Que hay yacaré!», grita. Y ahora sí los paisanos, por el estado de quietud en que se quedan, ni que fueran estatuas, ahora sí parecen locos en serio.

Insúa no ve yacaré alguno y no cree que los paisanos, a excepción del que gritó, lo vean. Hasta duda de que ese que gritó lo haya visto. Pero ahí están los hombres, a la expectativa.

Lorenzo primerea y hace avanzar su caballo. Mercedes, en cambio, se queda rezagado, de hecho atrasa su propio caballo hasta quedar a la altura de la canoa de Insúa. Tiene la jeta congelada, Mercedes, la boca abierta que le cuelga. Es un idiota, sin duda, se dice Insúa, que si bien tiene encima una buena cantidad de miedo, no es lo mismo, no se compara con lo del otro. De hecho, Insúa rema, avanza lento pero avanza. Va por delante del otro infeliz y, capaz por eso, caza

el momento preciso en que un bulto se mueve por entre las sombras de agua y juncuales. Ve por fin al dichoso yacaré.

Hay un instante de silencio, ahora los paisanos mueven los caballos como con delicadeza. Insúa siente, por detrás, la respiración de Mercedes, el cagazo del pobre tipo. Los demás también lo sienten. Sin darse vuelta, uno le chista desde adelante para que haga silencio, para que se contenga. Pero Mercedes no da acuse de recibo.

Itatí, que va segundo por detrás de Lorenzo, anuncia que el yacaré que tienen adelante es muy chico. «No vale la pena», dice. Lorenzo igual sigue, quiere cerciorarse. Cuando comprueba que Itatí tiene razón, hinca a su caballo cosa de que el animal suelte un rebuzno potente y él mismo, Lorenzo, pega un tremendo sapucaí. El yacaré, se asusta Insúa, se mueve como un látigo. Como si diera un chasquido contra el barro y después, en un pispás, desapareciera en el agua.

Los hombres se relajan, vuelven con los altos gritos. Mercedes se arrima y disimula su ansiedad con otro sapucaí. Ahora están los cuatro paisanos arracimados como en debate. Insúa ve que Lorenzo mete una mano entre los arreos de su caballo y que saca una especie de bolsita en la que después hunde la punta de su facón. Después se arrima el facón a la nariz y aspira. Insúa entiende que se trata de cocaína, que los paisanos se van pasando, primero Itatí, después Rosario y por último Mercedes, el más ansioso. Los hombres aspiran y gritan, se sacuden arriba de los caballos y se envalentonan.

Recorren un tramo que a Insúa le resulta complicado avanzar —se espesan los juncuales, teme que la canoa encalle— y que lo aleja unos considerables metros del grupo. Se le ocurre que es una buena excusa para mandarse a mudar o al menos para mantenerse a distancia prudente. Sin embargo, le ha venido como un entusiasmo, una curiosidad, así que se esfuerza por irles cerca.

Tiene a los hombres a unos diez metros cuando ve que de nuevo cortan el alboroto y quedan, como antes, quietos, duros en sus caballos. Insúa deja de remar. Oye un grito, pero es un grito distinto a los otros, ya no un sapucaí, sino algo como un grito de guerra.

Al toque ve a uno de los hombres, que salta de su caballo y se lanza contra un bulto enorme que reposa en el barro. Es cosa de un minuto, capaz de unos cuantos segundos: el hombre —que Insúa identifica, es Rosario— levanta al bulto —que claro, es un yacaré— y lo aprieta, lo retuerce entre sus brazos, como

si le diera un gran abrazo de oso. Hay ya como una penumbra en el ambiente, una oscuridad, pero aun así consigue, Insúa, ver cómo se arquea el yacaré entre los brazos de Rosario. Se sacude tanto el bicho, que hace resbalar al paisano y ahora están los dos, hombre y yacaré, retorciéndose en el barro. Los otros tres alientan a su compañero: que le meta puñal, le dicen, que lo destripe. Hay un lío de sacudones, los cuerpos del hombre y del yacaré que se mezclan, y por último una especie de gran quietud.

Pasan otros tantos segundos —que Insúa los vive con el corazón en vilo, como atorado— hasta que al fin ve cómo Rosario, a duras penas, se pone en pie y puñal en alto suelta un sapucaí de aquellos.

Lorenzo es el primero en bajar de su caballo para saludar a Rosario. Le da un abrazo y después, entre los dos, levantan al yacaré. Uno lo sostiene de la cola y el otro de la cabeza. Rosario respira mal, como agitado. Pero también se ve que está feliz, como si se hubiera sacado un peso de encima.

Después los paisanos trabajan sobre el cuerpo del yacaré. Insúa no alcanza a ver toda la operatoria, pero supone que limpian al bicho de inmundicia y que le lavan la piel, un trabajo delicado que les lleva su buen tiempo. Entre esto y lo otro, los hombres se ríen, se putean medio en broma y, como para no perder la costumbre, gritan su sapucaí.

Apenas si un par de veces Lorenzo aparta su atención del yacaré para dirigirse a Insúa: «Y, amigo», le pregunta, «qué le parece». Insúa no contesta, pero no por maleducado o porque le cayera mal el divertimento de los tipos, sino porque, de verdad, todavía no sabe qué pensar.

Una vez que finiquitan el trabajo sobre el yacaré, los paisanos acomodan lo que han dejado del cadáver sobre uno de los caballos —el caballo de Rosario—, atravesado a la altura de las ancas.

«Seguimos», dice Lorenzo, que lo mira después a Mercedes y le anuncia: «A vos te toca». La cara del muchacho —porque Mercedes no es más que un muchacho— se transforma. Es noche abierta, hay una terrible luna sobre los esteros, y eso ayuda a que Insúa vea la cara desolada del pobre Mercedes. Insúa cambia el desprecio inicial por una suerte de lástima.

«Dale, papi», le dice Lorenzo al muchacho, «ordenate que viene tu parte.»

Medio que a los empujones hacen avanzar a Mercedes. En un punto, a Insúa se le ocurre que tal vez pueda él convencer a los demás de que no hace falta

cazar así un yacaré. Por ahí, piensa, se le puede meter un tiro y chau —Insúa ha visto que por lo menos dos de los paisanos llevan escopeta—, no hace falta poner la vida tan en riesgo. Sobre todo porque Mercedes se ve que no tiene muchas ganas de hacerlo.

Pero cuando Insúa se atreve y, desde la canoa, se dirige a Lorenzo con la semejante sugerencia, es el propio Mercedes quien lo desaira: «Qué hablás vos, viejo puto», lo insulta, en un tono medio histérico.

Que se cague, piensa Insúa, y decide no volver hablar. Pero aunque se siente un poco ofendido, no puede dejar de sentir lástima por Mercedes, por el baile que el chico tiene por delante.

No es mucho lo que necesitan avanzar para toparse con un nuevo yacaré. De hecho lo que encuentran, amontonado entre el barro y el agua profunda de los esteros, es un grandísimo grupo de ojos brillantes como bichos de luz. La luna cae sobre ese montón de yacarés como si fuera un fluorescente de leche. En su cantidad de visitas a los esteros, Insúa no recuerda haber visto cosa semejante. Y pareciera ser que los paisanos tampoco, porque han quedado de repente con la misma cara imbécil de Mercedes.

«Acá tenés para hacer dulce», dice Lorenzo. No queda claro si se lo dice a Mercedes o si es un comentario en general, algo dicho al voleo. Los ojos de los yacarés hacen como una alfombra de focos desparramados, que por un rato son amarillos, después azules y al final son verdes.

«A trabajar», dice Lorenzo, y le da una palmada a Mercedes, como un empujoncito. El chico lo mira, no quiere bajar del caballo. Lorenzo se le arrima un poco más y lleva la punta de su facón a la nariz de Mercedes. Los otros dos, Itatí y Rosario, miran en silencio, a la expectativa. Mercedes agacha un poco la cabeza, como si fuera a besar el facón, pero lo que hace es aspirar cocaína. Lorenzo se toma los restos, lo que Mercedes no llegó a tomar, y cuando ve a los otros dos paisanos ahí, tan compenetrados, vuelve a hundir la punta del facón en la bolsita y les convida.

Por fin Mercedes se resuelve, baja del caballo y pela su propio facón. Le falta el atrevimiento que un rato antes tuvo Rosario. Se fija mucho, Mercedes, en cada paso que da, mira para abajo, para los costados, muy pendiente de todo alrededor. Tiene que atravesar un pequeño juncal para llegar hasta los yacarés. Insúa no sabe si es pura imaginación suya, pero por un momento cree sentir los

gemidos de Mercedes, su terrible cagazo.

«¡Metete!», grita Lorenzo, y entonces Insúa ve cómo Mercedes se lanza en un cuerpo a tierra y desaparece de su vista. Lo que sigue es todo un gran embrollo. Los hombres arriba de sus caballos no gritan como gritaron antes pero se mueven, nerviosos, como arrepentidos de haber mandado al chico este a semejante faena.

Haciendo equilibrio de pie en la canoa, Insúa ve que el juncal se sacude y oye ahora bien claros los gemidos de Mercedes.

«¡Levántalo, chamigo!», grita uno de los hombres y entonces, como obedeciendo, Mercedes se alza con el yacaré entre los brazos, con la panza del bicho apuntando hacia Insúa. Al menos eso es lo que Insúa cree ver, que la panza le apunta a él.

Es evidente que Mercedes intenta copiar el procedimiento que antes hizo Rosario, pero es más torpe, más débil, y aunque el yacaré que tiene abrazado es más pequeño que el otro —bastante más pequeño, Insúa supone que apenas si será una cría—, se le escurre, se le resbala.

«¡Agarralo bien!», le gritan ahora. «¡Hincalo de una vez!» Pero el yacaré se la hace difícil a Mercedes, se bambolea, la cabeza para un lado, la cola para el otro. Es complicada la situación del chico: para hincar al yacaré con el facón, no le quedaría otra que aflojar la presión sobre el cuerpo del bicho. Debería, o sea, liberar un brazo y arreglarse solamente con el otro, hacerse del espacio que le permita clavar el facón en un costado del yacaré. Un movimiento rápido que, Insúa se da cuenta, es imposible que Mercedes pueda hacer.

Pero en vez de pedir ayuda, el boludo hace caso a lo que le gritan los otros. Afloja la presión sobre el yacaré y, en vez de ser él, Mercedes, el que ocupa ese segundo para finiquitar al bicho, es el yacaré el que se le prende del brazo.

Estaba cantado, piensa Insúa, que frunce la cara porque el grito de dolor que suelta Mercedes le revuelve el estómago. Ahora sí los otros saltan de sus caballos para ayudar al pobre chico, que ha caído, desparramado junto al yacaré, y se retuerce entre los juncos.

Lorenzo resuelve el asunto con un tiro de escopeta. Pero igualmente, en la desesperación, Itatí y Rosario la emprenden a cuchilladas contra el yacaré. Insúa no ve, pero imagina que hacen un estropicio. Y para colmo Mercedes, que llora y gime como un loco. Más aún llora cuando sus compañeros abren la gran boca

del yacaré —la abren al tercer intento, Insúa no ve pero los escucha contar hasta tres y tirar todos al mismo tiempo— y le liberan el brazo. Con ayuda de Itatí, Rosario carga a Mercedes como se carga a una novia. Parece desmayado el muchacho. Entre los tres compañeros tienen que hacer un semejante lío para depositar a Mercedes sobre el caballo. Queda como un paquete, Mercedes, casi igual que quedó el otro yacaré, el que le tocó cazar a Rosario.

Ahora los paisanos emprenden la retirada, se meten en ese mundo de agua y junco que son los esteros. Antes de perderse, Lorenzo saca un paquete de entre sus arreos y se lo lanza a Insúa.

«Al final no hizo falta que nos ayude», le dice. «Igual le dejo un regalo: huevitos.» Después el paisano da media vuelta, suelta un sapucaí —el último que Insúa escuchará, por lo menos esa noche— y se pierde con sus compañeros.

Insúa se queda mirando un buen rato en la dirección que toman los paisanos, hasta que se pierden las figuras de esos cuatro locos. Después mira el paquete que le tiró Lorenzo: dos huevos. No sabe, Insúa, qué hará con esos huevos. Pero de momento ya les pone los nombres.

Tiempo para pensar

El nombre de la otra chica, la que no era Lola, no lo supe nunca. Casi alcanzo a entenderlo cuando cayó al río, y Migue —que estaba con ella y con el chico de Soria, los tres arriba del cachiveo— la llamó con un grito. Pero de tan histérico, más que una voz le salió apenas un hipo, algo medio indescifrable. Así que la chica se hundió, para mí, sin un nombre.

El quilombo vino por culpa de Soria. Mandó que su hijo se cruzara en el cachiveo y se volviera con los otros dos tarambanas. A mí la cabeza me daba vuelta de tantos golpes. Ni que decir el asunto de mi hombro. Pero así y todo me di cuenta que cruzar el río no era la mejor idea.

La sogá del cachiveo, para empezar, que estaba tan herrumbrada. El chico, por muy mañoso que fuera, no la iba saber cuidar. En vez de escabullirse por el monte cuando pudieron —que además era lo que les convenía hacer desde el principio—, Migue y la chica se quedaron quietos como dos opas, viendo cómo el cachiveo se acercaba, lento y despacioso, hasta la orilla. Todo por miedo a Soria.

El muy salvaje los amenazó con mi escopeta: que si se movían más de la cuenta, gritó, los cagaba a tiros. Pero yo vi cómo sostenía la escopeta, vi el temblequeo en sus manos, la torpeza. Soria no sabía tirar. Migue y la chica habrán sido igual de inútiles que él, se me ocurre, de otro modo no se entiende que se quedaran así, tan a su voluntad.

La India vino y se instaló al lado mío, que seguía medio tirado en el pasto,

tomando aire y esforzándome en no sentir dolor. Ahora estaba tranquila, mi perra. Me lamió la cara y se acomodó también ella sobre el pasto.

Soria, con los pies casi metidos en el agua, daba saltitos nerviosos. Le decía qué hacer a su hijo. Que vaya tranquilo, que se mantuviera firme, y otra sarta de indicaciones más o menos ridículas. No era que le preocupara tanto el chico, sino que los nervios le hacían hablar mucho y atravesado.

Solté un quejido fuerte, cosa que me prestara atención, y cuando me miró le señalé mis muñecas con los ojos. Que me desatara, no le hacía falta tenerme así. Soria se me acercó, caminando medio de costado y sin dejar de atender al cachiveo. La India pegó un salto y se puso en guardia, pero Soria no le hizo caso. Me apuntó, en cambio, a la cabeza y me amagó con disparar. Era tan inútil con la escopeta, que me dio miedo que se le escapara un tiro.

Miré entonces a la orilla de enfrente. Migue y la chica hablaban entre ellos, imaginé que para tranquilizarse. Por qué no se van, pensé, por qué tan tontos. Qué les iba a hacer Soria, si apenas era un pobre diablo. Me dio lástima por ellos, por Migue y por la chica, que para colmo —puestos a comparar con Loco y con Lola— me parecían medio quedados.

Me armé una posible gran situación: los pendejos que se despiertan —torcidos y resacosos— y que ven el desastre que les dejé, entre los coches descompuestos, entre que están sin teléfono celular y —lo peor de todo, la desgracia más grande— el amigo que está muerto. El pobre gordo sin suerte. Entonces pasa que se desesperan. Las mujeres que gritan y que no aportan nada, y Migue y Loco que se miran, que no entienden, que sufren como chivos. Intentan calmarse. Pero para eso pasaron ya unos diez minutos, por ahí un poco más. Hay un muerto, si no se está acostumbrado lleva su buen rato hacerse a la idea. Uno, seguramente Loco, intenta organizarse, planificar algo. Primero acomodar al amigo difunto, llevarlo adentro de la casa, por lo menos hasta la galería. Después buscar la manera de pedir ayuda, de movilizarse y —si les queda un poco de conciencia— ordenar el lugar. Con eso pierden un tiempo importante, entre que quieren arrancar algún coche y no pueden, entre que buscan los celulares y no se convencen que ya no están. Ahí es cuando se les aparece Soria. Soria, que siempre está al pedo, siempre viendo qué puede sacar de cada situación, de los problemas de los otros. Les camina alrededor de la casa, de lejos y no tan de lejos, una presencia como para preocuparse. Sobre todo

por la pinta del tipo, por esa manía suya de andar siempre como al acecho. Los pendejos, como es de suponerse, primero le tienen miedo, imaginan que Soria es el responsable de todo el quilombo. Él habla tranquilo, pregunta, se ofrece..., ellos, en cambio, hablan a los gritos y todos a la vez. Las mujeres se alteran. No quieren que Soria se acerque por demás. Así que van los hombres, Loco y Migue, y desde una distancia prudencial se comunican con él. No le cuentan todo el problema. Le dicen, apenas, que están sin auto y sin celular, y que necesitan dar aviso. Pero Soria sabe, está al tanto de todo. Pasa que se hace el boludo, pone pinta de paisano atento y sencillo, y cuando le conviene se hace el loquito. Pero Soria sabe. Sabe, por ejemplo, que yo pasé la noche espiando a los pendejos. Que me cascotearon y que cascotearon a la India. Sabe que los asusté y que, después, ellos fueron bien maleducados. Sabe todo. Sabe que volví, que los encontré dormidos y que les toqueteé las cosas. Hasta sabe que les comí de su asado. Soria sabe también de la mala suerte del pobre gordo. Y sabe de mi propia mala suerte. Y como es pícaro y chanta, no les dice que sabe, les pone su cara de pelotudo y aprovecha los nervios y la histeria de los otros. Igual, los pendejos estos tampoco son tan giles, también tienen lo suyo. Lo tantean, a Soria, miden la confianza y, con algún criterio, le piden favores moderados. Si tiene alguna batería, algún teléfono a mano. Por supuesto que Soria no tiene nada de eso. Se ofrece, en cambio, a venirse detrás de mí. Que sabe cómo arreglarles el drama de raíz, les dice. Que busquen ellos, los pendejos, las cosas que les hacen falta para moverse y para contactarse con su gente. Que él, mientras tanto, les va traer al responsable de tanto lío. Aunque, claro, Soria no habla así tan claro. Es un tipo de lo más bruto. Cuando los pendejos se quieren dar cuenta, cuando quieren opinar o proponer otra cosa, o lo que puta fuera, Soria ya habrá desaparecido. Estará ya metiéndose en el cachiveo y ellos van a seguir preguntándose qué hacer, para dónde apuntar. Y ahí es cuando se mandan otra cagada, porque en vez de juntar lo que pueden juntar y rajarse para el pueblo, los muy idiotas se separan. A ellos les parece una decisión correcta, planteada con una especie de lógica, pero acá en el monte hay que pensar al revés que en la ciudad. Así que, a partir de su lógica equivocada, Loco y Lola se van a buscar alguna ayuda. Y Migue y la chica sin nombre se quedan en la casa, supongo que con la idea de cuidar las cosas, el instrumental de trabajo o algo que consideren muy importante. El cuerpo del amigo, capaz, pero qué sentido tiene

quedarse a cuidar eso. Ellos imaginan que mientras haya un varón en cada grupo —Loco buscando ayuda, Migue cuidando la casa— se pueden arreglar. Pero Soria, de puro comedido, les jode los planes. Y a mí también. Lo busca a su hijo —o capaz no le hace falta, capaz su hijo ya estaba con él— y entre los dos me van a buscar. Después viene el tema de que me encuentran, me agarran distraído y me quieren llevar hasta los pendejos.

Claro que todo eso es pura especulación mía. Una idea que tuve al ver cómo Migue y la chica se subían al cachiveo sin chistar. El monte, pensé, tiene esas cosas: cambia el comportamiento de la gente. Los hace más tontos y más inútiles. Probablemente, me dije, este chico Migue sea más avisado, es cuestión de estar o no en su elemento. Por algo era el encargado en la gestión de Vida Silvestre. O era yo nomás el que tenía esa idea.

La primera en subir fue la chica. Se movió en puntas de pie, como queriendo evitar el contacto con el agua y con el barro de la orilla. Sentado en medio del cachiveo, el hijo de Soria no se movió para darle una mano. Migue ayudó dándole un empujoncito en la nalga, un gesto que me pareció más propio de un manoseo que de una ayuda en sí. La chica acabó con las zapatillas mojadas y, por la manera en que se sacudió, con las manos sucias de tierra. A Migue se le hizo más sencillo, pero cuando estuvo arriba del cachiveo vino el problema de cómo acomodarse. El chico de Soria quería quedar en el medio, cosa de tener una mejor posición para tirar de la soga del cachiveo. Pareció que discutieron un poco, que Migue y la chica no querían ir separados.

Soria se apartó un poco de mi lado para volver a gritar. Que no jodieran, dijo, que le hagan caso al chico. También les volvió apuntar con la escopeta, una actitud que me sonó más irresponsable aún que la primera vez que lo hizo. Podía ser, ahora, que por una pavada le pegara a su propio hijo.

La chica se acomodó, finalmente, en lo que podía entenderse como la proa de la canoa, que en este caso era la punta del cachiveo que apuntaba a nuestra orilla. En eso yo me guiaba según la enseñanza y la forma de hablar de Insúa. Para mí, las dos puntas del cachiveo eran iguales. Como que era una arbitrariedad suya, de Insúa, decir que una punta era la proa y la otra la popa.

Una vez que Migue cerró el pico y ocupó el lugar que le correspondía, el chico de Soria empezó a tirar de la soga. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para que el cachiveo se moviera, de lejos ya se le veía la cara fruncida. Soria le gritó

que tuviera cuidado con la sogá, que no se le fuera cortar.

Estaba comido por la ansiedad, Soria, de repente se comportaba como el loquito que era. Con la escopeta, por ejemplo, que la movía a lo pavote, apuntando un rato para mi lado y otro rato al cachiveo. Entre una cosa y la otra pegaba algún sapucaí o una carcajada. O bien decía frases para sí mismo, murmuraba bien bajo.

Moví las muñecas para comprobar cómo estaba de ajustado el entrevero de alambre con que Soria me había atado. Más que apretarme, el movimiento me provocó algo como un ardor. Sentí como que una púa de alambre hirviendo se me incrustara en la piel. A lo que tuve que sumar esa especie de arrastre que me venía desde el hombro malo, como si el cuerpo se me quisiera partir al medio.

El dolor me hizo arrugar la cara y Soria se percató de mis intentos por zafarme. Otra vez se me vino encima, con la culata de la escopeta apuntándome a la cara. Me desparramé por el suelo, cosa que el golpe no me diera tan de lleno, pero Soria no llegó a pegarme. Desde el cachiveo llegó el grito de su hijo. La sogá de acero finalmente se le había cortado.

Soria quedó en suspenso. Cuando me volví para verlo —con cuidado, lentamente, no quería encontrarme con la culata en la cara— el infeliz tenía la boca a medio abrir, en un gesto un poco idiota. Tardó como un minuto en reaccionar, como si de pronto la cabeza le funcionara a otra velocidad y le llevara su buen rato ordenar lo que tenía delante.

Una vez que hizo ese trabajo, no pareció que encontrara una solución, porque apenas si pudo soltar un grito. Es decir, contestó con un mero grito al grito de su hijo.

Me acomodé y pude ver al chico: tenía la sogá de acero agarrada por las puntas cortadas, una punta en cada mano. No es que hubiera una gran preocupación en su cara, pero había algo como un asombro, hasta daba la impresión que se divertiera. Las caras de Migue y de la chica, en cambio, sí que eran puros nervios, un puro desconsuelo.

Después de mostrarle el problema a su padre, el chico —ahora sí se le vio una desesperación— intentó atar ambas puntas de la sogá, una solución imposible, más que nada porque el material era difícil de manipular. Migue y la chica miraban para nuestro lado, como pidiéndole ayuda a Soria, o incluso a mí, que aunque estaba impedido de moverme a mis anchas, parecía de repente estar

en mejor situación que ellos. Y Soria —de por natural inútil— apenas si tenía resto para rascarse los pelos, morderse los labios y dar saltitos contra el agua de la orilla.

No es que yo supiera qué hacer en esos casos, pero se me ocurría, por lo menos, que lo principal era tranquilizarse. El Tragadero es un río calmo, no te va llevar demasiado. Hasta es posible que usando las manos y los brazos como remos, uno pueda moverse lo necesario.

Pero ahora, y un poco por culpa del propio Soria, los tres arriba del cachiveo se fueron poniendo cada vez más nerviosos. Migue, por ejemplo, le manoteó las puntas de sogas al chico solamente para intentar lo mismo: atar una con la otra. Igual que al chico, las puntas se le escurrieron de las manos. Volvió a juntarlas y vi que hacía, otra vez, el esfuerzo ridículo de unir las. Más que pretender atar ambos extremos, parecía que quisiera unir dos cables cargados de electricidad. Tuve, por un momento, la idea de que Migue quería electrocutarse.

Al chico no le gustó que Migue le sacara la sogas. Se levantó —con cuidado, hacer equilibrio sobre el cachiveo no es de lo más sencillo— y trató de recuperarla. Migue antepuso un hombro por sobre el intento del chico y así empezaron una especie de forcejeo por el manejo de la sogas.

Vi que el cachiveo tambaleaba, no mucho pero sí lo suficiente para que la chica, que hasta ese momento se había mantenido más bien al margen, quieta en su lugar, seria y como no queriendo formar parte del tema, empezara también ella con los gritos. Entendí que les reclamaba cuidado, que la cortaran con moverse así, pero también pudo haber sido que sus gritos fueran, como los de Soria, pura histeria.

En un momento el chico alcanzó a prenderse, con las dos manos, del cogote de Migue. Fue un movimiento brusco y torpe, imaginé un arañazo, imaginé el ardor que le habría dejado en el cuello. Pero Migue, de puro reflejo, se sacudió y el chico cayó de espaldas y pegó contra un costado del cachiveo. Si no cayó al agua fue porque la chica la cortó con su griterío y tuvo el buen gesto de atajarlo. Quedaron los dos, la chica y el chico de Soria, medio desparramados adentro de la canoa.

Aunque al toque, una vez que se quedaron quietos, acomodándose del susto y la mala impresión, la chica arrancó de nuevo con el bochinche. «Basta», decía, «quédense quietos.» También dijo un par de malas palabras.

Lo que consiguieron, al fin de cuentas y por tanto joder, fue que una punta de la soga —la que se correspondía con la otra orilla, la de los Caicedo, digamos— cayera al agua y se les hiciera de verdad imposible recuperarla. No tanto porque no la pudieran alcanzar —de hecho Migue la levantó, la tuvo en una mano— sino porque ahora, y por alguna cuestión física de esas que no se explican, la soga de acero parecía más corta, no había modo de llegar a la otra punta.

Igualmente, Migue insistió, tiró de la soga con tanta fuerza, que llegué a ver cómo le cambiaba el color de la cara, cómo pasaba de blanco a rosado y de rosado a una cosa más oscura. No tenía gollete que hiciera semejante esfuerzo.

Soria por lo visto pensó igual que yo, porque un poco por hartazgo apuntó para arriba el caño de la escopeta y apretó el gatillo. El disparo dejó como en estado de mudez a todo el monte. Ni canto de pájaros, ni chillidos de mono, ni hojas movidas por el viento, nada. El mundo de repente se congeló.

Habrà sido cosa de un segundo, digo yo, pero me alcanzó ese segundo para meditar sobre algunas cosas: sobre el miedo, por ejemplo, los distintos miedos que yo tuve desde que me vine a vivir acá. También pensé en lo raro de algunas personas, en los comportamientos tan atravesados, que al final llevan las cosas para su peor lugar.

Lo último que se me ocurrió pensar fue que el hijo de Soria no se parecía mucho a su padre. Por lo menos que no parecía ser tan loco. Puede ser, me dije, que de chico Soria tampoco haya sido así, que algo —el monte, su propio padre, si es que tuvo padre alguna vez—, algo lo fue transformando en este trastornado.

También pensé —y esto sí fue, de verdad, lo último que pensé— en la cantidad de pensamientos que pueden meterse en un solo segundo, en el segundo que duró aquella quietud aparente.

La India ladró y fue como que con ese ladrado pusiera de nuevo en funcionamiento al monte y al mundo entero. Entre otras cosas, se activaron la chica con sus gritos y, por supuesto, Soria. Otra vez Soria, aunque ahora el problema venía por el lado de su inquietud, por la manía de ir y venir, de amagar con mandarse río adentro para quedarse, al final, estancado en la orilla.

A esa hora —calculé una de la tarde— no estaba bueno que me estuviera bajo el sol. Además de los golpes, que un poco me habían atontado, sentía un hervor en la cabeza, una gran incomodidad. En la orilla de enfrente, en cambio, los árboles ya hacían una linda sombra, un espacio más amplio para refugiarse.

Me pareció una picardía que apuntaran el cachiveo en esta dirección.

Se formó de pronto un nuevo pozo de silencio. Como que todos, de alguna manera —desde Soria y su hijo hasta los pendejos, pasando por la India y por mí—, nos hubiésemos dejado ensimismar. Como si de pronto no importara tanto encontrar una solución al asunto del cachiveo a la deriva. Como si tampoco importara gritar ni hacer un drama. Podía ser, también, que el sol estuviera provocando en ellos el mismo efecto que provocaba en mí, una especie de adormecimiento, una ristra de ideas raras.

Ese ambiente se rompió cuando aparecieron los yacarés. Tranquilos, como son ellos, sin alterar por demás la quietud del agua. Cualquiera sabe que a los yacarés basta con no joderlos para que no te jodan. Son animales que hacen su vida. Les gusta calentarse al sol y que el tiempo se les pase sin mayor inconveniente.

Pero cómo podía explicarle eso yo a la India. Cuando entrevió a los yacarés, se largó a ladrar como una loca. Era una mezcla, en realidad, de llanto y ladrado, lo mismo que había hecho cuando nos llegó la aparición del gordo hasta la casa. El escándalo de la perra puso en guardia a todos los demás.

Supuse que por venir de Vida Silvestre, los pendejos estos —Migue aunque sea— sabrían algo sobre los yacarés, sobre su comportamiento. Pero la reacción de la chica —casi más escandalosa que mi perra— me hizo acordar que no figuraba ella en las carpetas que yo había leído. Que bien podía ser apenas una amiga, una especie de novia que viniera de acompañante.

Por supuesto que lo primero que hizo, la chica, fue pegar otro soberano grito. Después, y sin reparar en lo complicado que era mantener el equilibrio sobre el cachiveo, se levantó de un salto. Aun sentados, quietos en sus lugares, Migue y el chico de Soria estuvieron a punto de caer, de tan brusco que fue el movimiento de la otra. Tuvieron que agarrarse fuerte de los costados de la canoa.

Antes de echarse al agua y de hundirse, así sin más, la chica alcanzó a largar un último grito y algo como una puteada. Entendí muy poco en realidad, las cosas pasaron muy rápido. Para no ser menos, Migue también gritó —quiero creer que dijo el nombre de la chica, pero no puedo afirmarlo. Quiso levantarse, Migue, ir como al rescate, pero el bamboleo no le dio mucho margen de maniobra. Así que prefirió quedarse en su sitio y cogotear desde ahí el lugar donde más o menos había caído su amiga. Esperaba, Migue, que de un momento

a otro ella se asomara.

Los yacarés pasaron lento, bien lento junto al cachiveo. El chico de Soria ni se mosqueó, como si estuviera en otro lado, como si no tuviera nada que ver. Y la chica nunca se asomó.

Soria, mientras tanto, seguía como un infeliz, meta dar saltitos al borde del agua. Y para variar, sin resolver nada.

El asunto de los yacarés

Insúa también le puso el nombre a mi perra. Antes de llamarse así, la India era una perra sana y más bien salvaje. Hasta tenía la cabeza bien direccionada, no torcida como la tuvo después. Era de andar por el monte alimentándose con lo que tuviera más a mano, por lo general basura, restos de animales muertos, cualquier asquerosidad. Pero la veías bien.

Una vez, por ejemplo, la vi maltratar a otro perro, un perro salvaje como era ella. Yo estaba en la orilla, de pesca, y de tanto en tanto iba tirando desperdicios de carnada, bolitas de grasa, a los costados. La India —que no era aún la India— y el otro perro, que habrán venido con hambre, se fueron acercando. Yo, la verdad, les tenía un poco de miedo. Los perros en estado salvaje son difíciles de manejar, no se termina nunca de conocer sus costumbres. Pero como les vi una expresión suplicante, me apiadé y les empecé a tirar más bolitas de grasa. No era mucho lo que tenía, así que tuve que ir midiendo, que por lo menos les diera la sensación de que comían mucho. Un engaño que yo muchas veces practicaba conmigo mismo.

Me distraje un par de segundos de los perros y, cuando me quise dar cuenta, ya estaban los dos trezándose por un resto de grasa. Había quedado, la grasa, más del lado del perro, como que de alguna manera era suya, pero igualmente la India se la quiso disputar.

Era un perro negro con manchas marrones, un lindo perro, de buen tamaño y buen porte. A este también yo ya lo tenía visto, siempre moviéndose como a la

defensiva, siempre en la búsqueda de algo y siempre desconfiado.

La India se le prendió del cuello, le dio un par de sacudidas y el perro, que al parecer no se esperaba un ataque semejante, fue tambaleándose hasta el agua. Parecía, de repente, que estuviera borracho. Hizo un gesto, como si quisiera escupir algo atorado, y la India aprovechó ese nuevo momento de distracción para darle otra sacudida. El perro cayó de lleno al agua del río y se revolcó de un modo aparatoso, salpicando para todos lados. Apenas se acomodó —después de un gran esfuerzo por armarse una orientación— la India volvió a tumbarlo y se le piantó encima. Quedó, el perro, patas para arriba y con el hocico hundido. La India, mientras tanto, parecía que contara la cantidad de tiempo que mantenía la cabeza del perro bajo el agua. Como si dijera: uno, dos, tres, y así.

La desesperación del perro se me contagió y preferí no mirar. Junté mis cosas como para irme y vi, de refilón, que la India le daba un margen para que se repusiera. Tomó aire, el perro, hizo una mezcla de toses y estornudos que no dio la sensación que lo aliviaran, y caminó un par de pasos como para salir del agua. La India lo frenó con un gruñido. El perro quiso esquivarla, terminar de una vez por todas ese espectáculo que ya era, de por sí, lo más incómodo de ver.

Pero la India no solo que siguió, sino que, con una especie de atropello, lo mandó al perro de vuelta al río. Después se metió ella y, ya bien metidos los dos en el agua, se le fue al humo y armaron ahí otro desastre. Escuché aullidos y llantos que, mezclados con el bochinche de los dos cuerpos de perro entreverados en el agua, sonaban como gritos humanos.

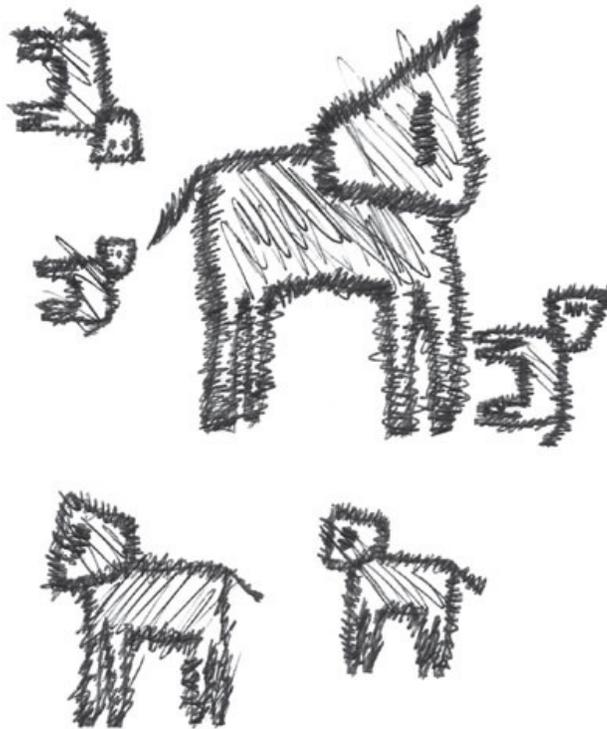
Cuando encontró un espacio para separarse de la India, el perro apuntó a nadar río adentro. La India salió del agua y se paró en la orilla, firme, con la cara como de piedra. El perro nadó con la débil corriente a su favor. Estaba muy cansado. La India le caminó a la par, siguiendo la corriente, y cuando el perro ya no aguantó y apuntó volver a la orilla, ella volvió a meterse al agua, como amenazando. Reculó, el perro, dio un par de vueltas en círculo, sin decidir para dónde salir disparado. Probó ir contracorriente, volver sobre su nado, pero fue peor. Su último intento fue nadar hacia la otra orilla, cruzar el río.

La India empezó a ladrar. Ladridos secos, bien cortantes, como una persona mal arriada y de pocas palabras. No entendí si llamaba al perro o si todavía lo amenazaba.

Tampoco esta vez quise quedarme a mirar y arranqué nomás para mi casa.

Seguí escuchando los ladridos de la perra durante un buen rato, casi que los escuché todo el camino. Llegué a mi casa y quise pensar en cosas que hacer, pero no pude concentrarme. Tampoco tenía hambre ni ganas de tomar nada. Me senté en mi silla y decidí que al día siguiente iba matar a la perra. A mí me gustan los perros, pero también es un peligro que un animal así anduviera suelto por el monte.

Para distraerme, agarré birrome y hojas y dibujé perros de distinto tamaño. Habré dibujado unos siete, ocho perros, pero ninguno me convenció. No era lo que mejor me salía.



Al final no tuve necesidad de matar a la India. Uno de los yacarés de Insúa me cambió los planes. Cuando volvió de los esteros con sus huevos de yacaré, Insúa los puso de adorno en el mostrador de su almacén, para alardear con los clientes, con toda la paisanada bruta que se le juntaba en el negocio. Quedaron, los huevos, bajo la luz de una lámpara. Según Insúa de casualidad, pero yo sospecho que alguien le dio la idea y él se dijo que con probar no se perdía nada.

El tema es que funcionó. El calor de la lámpara sirvió para que, en un par de semanas, la vida que había dentro de los huevos se manifestara. Se quebraron,

los huevos, medio que al mismo tiempo. Insúa presenció el momento exacto. Fue, dijo, como una revelación divina, un regalo del cielo. Hasta se le escapó una lágrima que se mezcló en una carcajada cuando los nombró por primera vez: *Mamerto y Antonio*.

Eran de color negro y le cabían en una mano. Le daban ternura, le costaba creer tamaño milagro. Y apenas con el calor de una lámpara. Les armó una especie de cucha con unas cajas de zapatos y buscó insectos para alimentarlos. Grillos, langostas, cucarachas, a los que Insúa les cortaba un ala o les partía las patas, los dejaba más o menos lastimados cosa que los yacarés no tuvieran que luchar por demás para comer.

También les hablaba, a los yacarés, como si fueran niños, con la voz en tonos agudos. Se los mostraba a los clientes y les decía: «Miren qué lindos están los correntinos», o bien los desafiaba a que adivinen cuál era *Mamerto* y cuál *Antonio*.

Una clienta le dijo que tuviera cuidado de no malcriarlos. Aunque se lo dijo en broma —Insúa incluso se dio cuenta que el comentario venía en broma—, se lo tomó en serio y buscó la manera de ser más estricto. Se le ocurrió, apenas, cambiar el tono de voz y dejar de tutearlos.

«Coma eso», «vaya para allá», «pórtese bien», les decía, impostando un tono recio.

Así reconocen mi voz, explicaba, y la relacionan con algún tipo de autoridad.

Los yacarés crecieron rápido. Al toque Insúa ya tuvo necesidad de cambiar las cajas de zapatos por un espacio más amplio. Probó primero con unas lonas humedecidas, pero le hartó la necesidad de baldear a cada rato, de tanta agua que chupaban los bichos. Más o menos arregló el tema metiéndolos en un bañito. Dejaba correr el agua de la ducha y que los yacarés consumieran el agua que quisieran.

También modificaron la manera de comer, los insectos ya no eran suficiente alimento. Insúa empezó a llevarles ranas, sapos y culebritas. A mayor tamaño de los yacarés, mayor era también el enchastre que hacían al comer. Había olor, manchas de sangre y de fluidos —o de algo como fluidos— que Insúa no sabía ni quería saber de qué eran. Ya no le resultaba tan agradable ni tierno el aspecto de sus animales.

Su mayor disfrute, sin embargo, era sentarse con los yacarés en la vereda del

almacén. Insúa en su silleta y los bichos uno a cada lado, los tres echados al sol. La del almacenero también era otra manera de mandarse la parte, toda la poca gente que vivía en la Colonia no hablaba de otra cosa, del almacenero y sus bichos.

En poco tiempo los yacarés ya eran del tamaño de un perro mediano. Insúa les rascaba la cabeza y ellos se quedaban con una expresión medio pavota, como en éxtasis, y la gente se acercaba a preguntar cuestiones elementales: si eran o no eran peligrosos, con qué los alimentaba, cuántas horas y cómo dormían... Insúa se tomaba su tiempo para responder. A los chicos y a las mujeres los desafiaba a que los toquen, o que los miraran de frente. Cuando alguno se atrevía —o al menos hacía el gesto de atreverse—, Insúa pegaba un grito que les hacía dar un salto atrás, al atrevido y a los que estuvieran cerca. Pero los yacarés ni se mosqueaban.

Aun así, la misma mujer que recomendó no malcriarlos, le vino a Insúa con la idea de conseguir correas y collares de perro.

«No sea cosa que se le quieran escapar o morder a alguien», le dijo. Insúa se lo tomó bien en serio. Les puso collares rojos, que son los colores del Gaucho Gil, y hasta hizo el intento de salir a caminar con ellos como si de verdad fueran perros.

A mí no terminaban de gustarme, además que las visitas de Insúa —de pesca, de caza o simplemente para tomarnos un vino—, visitas que yo tenía más o menos como una rutina, se hicieron menos frecuentes de tanto que tenía que atenderlos. Las veces que me llegué hasta el almacén no me dio ni pelota. Casi que me tuve que servir solo las cosas que me hacían falta. Igualmente, me tomé un rato para dibujar el paisaje que hacían Insúa y los yacarés, como dueños de todo ahí en la vereda.



El problema le vino a Insúa cuando cayó por la Colonia una comitiva de Vida Silvestre. Puede que alguien, algún vecino aburrido, tipo Soria, lo hubiera denunciado. O bien puede que el mismo Insúa, de tanto que ostentó con los yacarés, se hubiera mandado él solito al muere.

Apenas lo vieron, los tipos de Vida Silvestre se le fueron al humo y le mentaron la prohibición de tener yacarés como animales domésticos. Insúa no les dio mayor pelota, les dijo que no se preocuparan, que iba a ver cómo arreglaba la cuestión. Pero al otro día ya estaban de vuelta los tipos, que hiciera algo, que si no, le advirtieron, iban a tener que caerle con la policía y con no sé cuántas cosas más. Insúa esta vez no se lo tomó con tanta tranquilidad. Les discutió, sin mucho argumento: que los yacarés eran suyos, gritó, que suyos habían sido desde que estaban adentro de un huevo, y que quién puta se creían para venirles con esos planteos.

No sé si habrá sido así, pero al menos eso fue lo que me contó el propio Insúa cuando me pidió ayuda para llevar los bichos hasta el Tragadero. Que si los yacarés no iban a ser suyos, dijo, que no sean de nadie. O que sean nomás del río.

Los subimos a la camioneta —un trabajo ni tan difícil ni tan fácil, porque aunque los yacarés todavía eran de un peso más o menos manipulable, uno nunca deja de tenerles algo de miedo—, los subimos a la caja y arrancamos. Insúa fue todo el trayecto hablando. No me hablaba a mí, sino que hacía de cuenta que les hablaba a los yacarés. Que se cuidaran, les decía, que no se metieran con animales más grandes, que ojito con las palometas y con la gente.

Eso sobre todo, dijo Insúa: ojito con la gente.

Por un momento me dio lástima el almacenero, su locura y lo muy solo que estaba. Pero cuando llegamos a un puentecito sobre un riacho seco, pisó el freno medio con bronca y dijo que no hacía falta ir más lejos, que ahí mismo podíamos largar a los yacarés. Miré alrededor y no me pareció que fuera el mejor lugar: iban a tener que andar mucho para llegar hasta el agua. Había mucha tierra y muchos yuyos, era un ambiente muy áspero.

Saqué birome y una hoja para escribir mi objeción, pero Insúa no me dio tiempo a que escribiera nada. En un pispás sacó los yacarés de la camioneta y los tiró de una manera que al final me hizo pensar que tanto no los quería. Los bichos, cada uno a su tiempo, dieron una especie de corcoveo en el aire y cayeron después como unos meros bodoques. Se levantó una polvareda bajo el puente, hubo ruido de hojas y ramas que se quiebran, y después alcancé a ver a uno de los yacarés que se perdía en la maleza. Tenía puesto el collar rojo, y me di por seguro que el otro también lo tendría.

«A cagarse», dijo Insúa y subió a la camioneta.

Durante el trayecto de vuelta me habló boludeces, de las ganas de salir de caza y esas cosas.

«Andan los monos en celo», dijo, y no supe si lo decía en serio —como queriendo decir que un mono en celo se caza más fácil— o si lo decía por decir algo, lo que venga.

Lo cierto es que hasta la llegada de *Mamerto* y *Antonio*, en el Tragadero no había yacarés. Por lo menos no a simple vista. Ahora había que andarse con cuidado. Estabas, por ejemplo, distraído en la orilla, con el pensamiento puesto en cualquier lugar, y de repente se te aparecía uno de los yacarés, vaya uno a saber si *Mamerto* o *Antonio*. Total, que daba lo mismo cuál de los dos fuera.

Ni siquiera Insúa se ponía contento de verlos. Como que le traían el recuerdo de algo mal hecho. Aunque estaba, sí, bastante impresionado de ser el responsable de alterar el ambiente. A su manera, el descalabro lo hacía sentirse importante.

«Qué bárbaro», me dijo una tarde noche mientras tiraba unas líneas desde el cachiveo y adivinábamos a lo lejos las cabezas de los yacarés asomándose: «Cómo sin darse cuenta influye uno en las cosas».

Más tarde descubrimos que uno de los yacarés —*Mamerto* o *Antonio*— era

una hembra. Nos dimos cuenta, básicamente, porque una siesta vimos a cuatro yacarés retozando al sol, a orillas del río.

«A la puta», dijo Insúa, y trascartón me preguntó cuál creía yo que era la mujer (él dijo así, «mujer» en vez de «hembra»), si *Mamerto* o *Antonio*. Por supuesto que no hablé ni escribí nada, pero me quedé como un idiota, su buen par de minutos, pensando en cuál de los dos yacarés era la hembra.

Insúa también lo pensó, y llegó a la conclusión de que, por el modo de moverse, como si se bamboleara al caminar, la mujer era *Mamerto*. Aunque al toque se desdijo y se imaginó que por el nombre, *Antonio* le sonaba más mujer. Como yo estaba bien seguro de que Insúa no podía reconocer un yacaré del otro, no llevé el apunte a esa suposición. Además que él mismo les había puesto esos nombres, así que al final era todo de lo más ridículo.

Al poco tiempo empezó a haber problemas. Que aparecían animales muertos o mutilados, que el río se llenó de olor a podrido, que no se pescaba nada...

El tema me molestó en serio cuando pasó lo de la India. Yo llevaba un buen tiempo sin cruzarme con la perra. Se me ocurrió que, por ahí, se habría muerto o se habría mandado a mudar, para el pueblo o para otro monte. Capaz, me dije, la adoptó algún loquito, alguien que la usa como perra de caza. Para eso seguro que era buena.

Yo igual, seguía con la idea firme de matarla, con la idea de que una perra como esa era una salvajada. El tema es que uno a veces tiene ideas y después le cuesta ponerse a trabajar.

Hasta que la encontré. En el mismo lugar que la vez anterior, cuando le dio por ahogar al otro perro. Aunque estábamos a una distancia importante uno del otro, la perra se percató de mi presencia y se puso como en alerta. Pegó dos ladridos, dos ladridos de esos secos que siempre tuvo ella. Yo andaba, para variar, con la escopeta al hombro. Me moví despacio, como para que no desconfiara. Me acomodé en cuclillas y apunté. Sentí que la perra achinaba los ojos, como si pusiera algún empeño en comprender mi pose.

Yo mataba monos, mataba pájaros, mataba ya cualquier cosa. Supongo que, por ser mi subsistencia, mataba sin culpa. Pero a la perra no pude tirarle. Estuve a punto, pero no pude, no me salió apretar el gatillo.

Así que bajé nomás el caño de la escopeta y me quedé mirándola. Se rascaba, la perra, por entre las tetas, con esa como flojedad con que los perros se hurgan

el cuerpo. Después se quedó quieta y pareció que me devolvía la mirada. La llamé con un chistido pero no me hizo caso. Dio media vuelta, en cambio, y se arrimó hasta la orilla para tomar agua.

Entonces fue que pasó. Ni la perra ni yo —menos aún yo— nos dimos cuenta. No sé si el yacaré —que tampoco sé cuál habrá sido, si *Antonio*, *Mamerto*, o una de las crías— ya estaba ahí o si se fue acercando con esos movimientos traicioneros que tienen estos bichos. Cuando la India bajó la cabeza para tomar agua, el yacaré abrió la boca y la cerró alrededor del cráneo de la perra. Fue un movimiento raro, lento y a la vez fulminante. En el sentido que uno —yo en este caso— podía verlo, saber qué iba a pasar, pero de ninguna manera podía frenarlo.

Los dos animales quedaron duros en la orilla, como a punto de hacerse una sola cosa, la cabeza de la perra perdida en la boca del otro. Pensé, incluso, que la idea del yacaré era tragarse la perra entera, de un solo gran bocado, como hacen las boas. Pero la perra intentó un tironeo y entonces el yacaré la sacudió, para un lado y para el otro, como si sacudiera un mero felpudo.

Tardé en reaccionar porque creí que con semejante sacudida la perra ya estaría muerta, pero cuando escuché su llanto —una especie de alarido más bien— salí disparado hasta la orilla, sin mucha idea de lo que se podía hacer.

Me frené a una distancia prudente de los animales y les vi unas grandes gotas de sangre alrededor, y vi también que la panza de la perra se hinchaba y deshinchaba, y no supe qué tan bueno o qué tan malo era eso para ella. Me quise arrimar, ver qué posibilidad tenía de hacer algo, pero a la vez me dio miedo que el yacaré soltara a la perra y se mandara contra mí. También me asustó el ruido que hacía el yacaré con los dientes o con alguna otra parte de la boca, un ruido como de máquina, como hierros que se chocan. Así que me quedé, apenas, en una pose tonta, un poco agachado y muy indeciso.

Hasta que la India volvió a llorar y ya no me aguanté. Alcé la escopeta para darle al yacaré un golpe en la cabeza y, ni que se percatara, el bicho soltó a la perra y en un pispás, así como se había aparecido, se mandó río adentro.

La India quedó tendida en el barro. Cuando me agaché a tantearla, le vino como una electricidad y dio un respingo, pegó un salto medio nervioso y se largó a correr en círculos. Está mareada, pensé, y dejé que se moviera hasta sacarse el susto. Una mancha de sangre oscura le envolvía la cabeza y me pregunté si, por

su bien, no era mejor que ahora sí la matara.

En vez de eso miré hacia el agua: no había rastro del yacaré, el río estaba calmo que daba miedo.

La India dejó de dar vueltas y cayó con la cara contra el barro. Me le acerqué con cuidado de no provocarle alguna otra conmoción. Arrimé una mano y se la apoyé, suavemente, en el lomo. La pobre soltó una especie de hipo largo. Le hice unas caricias y así fue quedando no digo que dormida pero sí por lo menos más descansada.

Después busqué un poco de agua del río y me tomé un buen rato para limpiarle de sangre la cabeza y el lomo. Soltó unos cuantos más de sus hipos largos, que me desesperé por hacer calmar. Me sentí lleno de lástima y ternura, más aún al pensar que mi primera intención había sido matar a esa perra.

Hacía calor y entre tanto ajeteo aparecieron unas cuatro o cinco moscas que fueron directo al cuerpo de la India. Más allá del agua del río, no tenía muchas comodidades a mano y el ambiente no era el más limpio. Decidí que la llevaría hasta mi casa. El asunto era cómo. Pensé entonces en Insúa, en ir a pedirle ayuda, pero rápido dejé de lado esa idea.

Me agaché de nuevo junto a la perra, metí las manos por debajo de su cuerpo y, después de tomar aire, la alcé. Era —como aprendería con el tiempo— pesada y difícil de agarrar. Me la apoyé contra el pecho y di unos primeros pasos más bien torpes, hasta que conseguí enderezarme.

Hice unos cuantos parates en el camino, para darme un descanso y también para hacerle caricias a la India. Le hablé en susurros, como se les habla a los enfermos. Capaz era de puro sugestionado, pero sentí que de alguna manera la India me agradecía la atención.

Al tercer o cuarto parate —bajo la sombra de un lapacho— la recosté sobre una parte de tierra fresca y vi, por primera vez, el problema en su cabeza, la torcedura. Por si acaso no quise tocar nada. Me dije que por ahí, una vez que estuviéramos en la casa, con ella más tranquila y librada de los dolores, se le acomodaría.

Tomé aire y la alcé para encarar el último tramo. Se me hizo más ligero y más llevadero que los anteriores, entre otras cosas porque me distraje pensando en los yacarés, en el peligro que eran metidos ahí en el Tragadero. También pensé en Insúa, pero en él pensé ya con una cierta bronca. Porque el problema,

en realidad, no eran ni los yacarés ni esta pobre perra torcida. El problema era Insúa.

Loco

Fue como un apagón. O como varios apagones. Supongo que por el cansancio, o por la seguidilla de golpes, o por un efecto tardero del vino y del porro, o por la mezcla de todo eso, cada uno de mis parpadeos se hizo más largo de lo que yo pensaba. O sea, cuando cerré los ojos por primera vez, recuerdo que Migue y el chico de Soria seguían arriba del cachiveo. Los abrí, y de repente en el cachiveo no había nadie. Me acomodé la vista, pestañeeé unas cuantas veces para quitarme el sol de los ojos y cuando volví a mirar lo vi a Soria medio que metido en el agua y, para variar, a los gritos. Cerré los ojos otra vez un tiempo que para mí fue apenas medio segundo, pero es evidente que fue mucho más, porque en el medio de todo soñé que me iba mear a los fondos de mi casa y resulta que cuando abrí los ojos me sentí la humedad y el olor del meo que se me escapó. También vi a Migue y al chico, los dos en el agua. Entendí que nadaban —o que hacían el intento de nadar— hacia nuestra orilla. Nadaban perrito, de una manera bastante graciosa, pero aunque quise aguantarme para verlos bien, hice otro parpadeo —que acompañé con una cabezadita—, y para cuando me repuse el panorama era ya bien otro. Quiero decir que Soria los tenía con ellos y los arrastraba fuera del agua. Puede ser idea mía, pero me pareció que a su hijo lo tenía agarrado de los pelos. Se me ocurrió, también, que era buena oportunidad para moverme hacia el lado de la sombra, salirme del sol que me hacía hervir la cabeza. Pero en vez de eso me dejé llevar por el cansancio en los ojos, por la pesadez, y acabé por cerrarlos. Los abrí, y me topé con la cara de la India, que

más que mirarme daba la sensación que me estudiara, como si estuviese, la perra, de verdad preocupada por mí. Cerré los ojos casi al instante, como para sacarme esa impresión de encima, y al abrirlos lo que tenía delante era la cara de Migue en una especie de primer plano. Me agarró por los hombros, Migue, y después de zarandearme un poco me preguntó, así como un histérico, quién era yo, cómo era mi nombre y de dónde había salido. El dolor, el horrible dolor en el hombro, no me dejó gritar en serio. Me salió apenas un gemido, pero un gemido largo que sentí más propio de un viejo o de una mujer. Supongo que Migue se asustó, que de alguna manera se arrepintió de tratarme tan a lo bestia. Más que nada, digo, porque dio una especie de gran paso atrás y porque, medio en retirada y de puro reflejo, volvió a preguntar: «Quién sos». Abrí la boca para contestarle pero entonces me acordé que yo no hablaba, que yo era el Mudo y que —según se decía en la Colonia— estaba medio loco. Así que no dije nada. Acomodé nomás los hombros, como para que pudiera ver, Migue, mis manos esposadas. Las tenía hechas un puro ardor, y pensé que por ahí le daba por desatarme. Pero ni se fijó el pendejo, siguió con el histeriqueo y la boludez de preguntarme el nombre. Sentí, de fondo, la voz de Soria: «No va hablar», decía, «el hijo de puta no habla».

Migue se fue hasta la orilla y desde ahí pispió el agua. Ahora buscaba algún rastro de su amiga. Caminó para un lado y la llamó con un grito —entiendo que pronunció el nombre de la chica, pero la verdad que no se entendió un carajo. Empecé a pensar que el nombre de la chica era eso, algo como un ruido.

«De balde que la busque», dijo Soria, «el río se traga todo.» Tenía a su hijo agarrado de un brazo, casi a la altura del hombro, como se agarra una criatura malcriada.

«Es de balde», insistió, y se puso más cerca de Migue, cosa que el otro le llevara el apunte. Pero Migue estaba muy metido en su drama, como que no quería creer que su amiga pudiera perderse así, de puro boluda.

Soria le habló a su hijo: «Y vos», le dijo, «que no servís para ni mierda». Dio un tironeo fuerte al brazo del chico, que se tropezó y cayó contra las piernas de Migue. Armaron entre los tres un pequeño alboroto, entre que Migue quería seguir atento a la búsqueda de su amiga y que el otro, Soria, quería mostrarle cómo maltrataba a su hijo, a su propio hijo.

«Concha de su madre», gritó Migue, un poco hartó, «qué mierda te pasa.»

Soria puso cara de culo, medio que se ofendió con la puteada, y metió otro tironeo al brazo de su hijo, esta vez para levantarlo. El chico, me dio la impresión, estaba a punto de llorar.

Por prestarles atención a ellos, no le di pelota a los ladridos de la India. Pensé que tendrían que ver con el bochinche alrededor, o que la histeria se le estuviera contagiando.

«Levántese, carajo», gritó Soria una vez más, y entre que su hijo al fin le hacía caso y se ponía en pie, y entre que Migue se iba metiendo de a poquito al río, como si así, al tanteo, fuera a dar con su amiga perdida, la India pegó otros dos o tres ladridos que me hicieron mirarla más o menos de refilón.

Me costó reconocer a la chica que le hacía señas a mi perra. En parte porque la vi cambiada, con la ropa sucia y una como cara de sueño. O más bien como si tuviera marcas en la cara, algún tipo de herida mal cicatrizada. Tuve que pestañar una, dos veces para que se me ordenara no solamente la vista, sino también la cabeza. Quiero decir que sí, que sabía quién era la chica, pero me estaba costando dar con su nombre. Cuando lo recordé —«Lola», pensé—, abrí los ojos como si me hubiera iluminado. Hasta puede que se me escapase una cara de contento.

Igual, no me duró mucho esa cara, porque en el abrir y cerrar de ojos pasó su buen rato, por lo menos su buena hora o dos, y lo que yo supuse apenas un parpadeo fue como dormir una siesta. O como un gran desmayo.

Me desperté con un fuerte dolor de cabeza y echado boca abajo, sobre el pasto. Como no sentí voces ni ruido alguno, se me ocurrió que los otros se habrían ido. Me molestó que no se preocuparan por desatarme, que me dejaran las manos tan atravesadas. También me molestó mi propio olor, una mezcla de meo y transpiración con la podredumbre del monte. Por lo menos, pensé, para verle algo bueno a mi situación, por lo menos me sacaron del sol.

Tomé aire, cosa de ir acomodándome, y escuché una voz que, medio burlona y también medio prepotente, dijo: «Ahí se despierta, el hombre».

Me pegué un susto y, de la sorpresa, me arrastré no más que unos centímetros, como para darme una distancia prudente de aquella voz y, sobre todo, de su dueño. También a él, al dueño de la voz, me costó reconocerlo. Tuve la tentación de cerrar los ojos de nuevo, de pensar en profundidad y buscar en mi cabeza el nombre que me faltaba. De seguir durmiendo, o sea. El dueño de la

voz no me dejó.

«Ahora», dijo, «nos vas a explicar qué mierda pasó acá.»

Sonaba tranquilo, como sin drama. Y un poco por eso, por la diferencia entre el tono de voz y la amenaza que me escondía, por esa manera de hacer un gesto y decir algo que no tiene que ver con el gesto, por eso, digo, fue que me vino el nombre del muchacho este a la cabeza. Que en realidad no era un nombre, quiero suponer, sino un apodo. Por eso es que me costaba tanto ubicarlo: yo buscaba un nombre en vez de buscar un apodo. Loco, pensé, el más tarambana de estos pendejos.

Igual que antes me pasó con Lola, me llamaron la atención su cara y su pinta de sucio. Pero más que nada su cara. No eran los gestos de un mero pendejo, y supuse que por ese lado, por el de su cara, le venía el apodo.

Entre que hice un intento por adivinar qué explicación me reclamaba, aproveché para sentarme —un movimiento que me costó una barbaridad— y para mirar alrededor y comprobar que nunca, en ningún momento, me habían dejado solo, sino más bien lo contrario. Seguían todos ahí, Soria y su hijo, mi perra con Lola, y Migue, todos en media ronda y como pendientes de que yo hiciera o dijera algo.

El único cambio en serio era el lugar. Se habían separado del río para arrimarse a la sombra del monte. Supuse que alguno me habría arrastrado con ellos. Ahora parecía que estuviéramos de campamento, como un grupo de amigos que se juntan a descansar y a tomar el aire libre.

De puro tonto me sentí parte del grupo, pensé que las cosas se habrían resuelto y que era cuestión que cada cual tomara su camino. Pero Loco habló de nuevo, que me conocía, dijo, que yo era un puto asesino de monos, un enfermito, y que si no hablaba me iba llevar al pueblo a que me metieran en cana.

Me hizo sonreír que hablara de la policía. Lo más parecido a una autoridad que había en la Colonia eran ellos, los de Vida Silvestre, que vaya uno a saber por qué tenían tanto margen para hacer lo que quisieran, para venir a romper las pelotas. Aprovechan lo bruto de la gente, pensé.

«De qué te reís, puto», dijo Loco y amagó tirarme una trompada.

Me quité su cara de encima y miré al resto. Vi que Soria tenía un ojo morado, la boca hinchada y, puesto a mirar bien, vi que estaba hecho una sola mugre. Su hijo estaba serio, la vista que iba del suelo a mi cara, como esperando

a que yo me resolviera a hacer algo. Ahí nomás, casi pegadas a ellos, estaban Lola y mi perra. La India, cosa rara, tenía cara de contenta. Me imaginé que por las caricias de Lola, que le recorría el lomo con un dedo y le susurraba cosas en una oreja. De todos ellos, Migue era el de gesto, por así decirlo, más tristón. Puede que tuviera, me dije, alguna culpa por su amiga perdida en el río.

Con una cachetada suavcita, Loco hizo que volviera mi atención a él. Me mostró mi bolso y los celulares.

«Dice que son tuyos», dijo y lo señaló a Soria. Soria miró para abajo, no sé si por cansancio o por culposo. Dije que sí con la cabeza, que las cosas eran mías —aunque bien visto los celulares eran suyos, de Loco y sus amigos—, y por un momento pareció que con esa respuesta se conformaba.

Pero lo que hizo después fue bien raro: llevó la vista al cielo —o bueno, hasta los árboles— y puso los ojos en blanco. Y después, sin bajar la vista, se tapó la cara con las manos, con lo que en realidad su cara quedó semicubierta por el bolso y los celulares. Lo último fue el grito que pegó, un grito agudo, parecido a los sapucaí que se mandan los lugareños de la Colonia cuando están medio empedo.

Cuando el grito —que fue bien largo— terminó, miré a los demás: salvo Soria y su hijo, que parecían un poco asustados, los otros dos, Lola y Migue, seguían cada cual en su tema, Lola con la India, haciendo de cuenta que la perra era suya, y Migue, que de triste había pasado a verse ya medio idiota. Por el gesto de la boca más que nada, algo como un berrinche. Vi que a sus pies, a los pies de Migue, estaba mi escopeta, y entiendo que Loco se percató de mi vistazo porque lo siguiente que hizo fue mover a Migue con un empujoncito, levantar la escopeta y apuntarme.

Pensé que me amenazaría, que me saldría con algún tipo de acusación más o menos válida, pero al final me hizo una pregunta que me dejó medio pasmado:

«Por qué no podemos salir del monte», dijo.

No entendí a qué se refería, pero además qué podía yo decirle. Primero que no me gustaba que me apuntaran así, y segundo que yo nunca había tenido un problema como ese.

Loco dio un paso adelante, con lo que lo tuve casi encima, y volvió a preguntar:

«Por qué caemos siempre en el mismo lugar, por qué parece que damos

vueltas en círculos».

Lo miré a Soria, pensando que por ahí él tuviera una respuesta para semejante asunto, pero Soria, de puro instinto supongo, negó con la cabeza, una, dos veces, de una manera que parecía más una imploración que otra cosa. Su negación, su ruego o lo que haya sido, le jugó en contra, porque en un pispás Loco se le fue encima y, así porque sí, le estampó un culatazo de escopeta que lo hizo torcerse y, más que caer, tirarse al suelo, cosa de marcarle una distancia al otro. Su hijo se apartó con un saltito al costado, como para alejarse de Loco con un cierto disimulo.

Recién entonces, con el bochinche, me percaté que Soria tenía, como yo, las manos atadas. Aunque su atadura —hecha con un pañuelo colorado— era mucho más prolija y seguramente más cómoda que el entrevero de alambre que él me había ensartado.

Loco apretó el caño de la escopeta contra la cabeza de Soria y siguió:

«Uno de los dos me va decir qué pasó con el Gordo, dónde lo tienen guardado».

Aunque no quise, lo miré de nuevo a Soria. Las preguntas de Loco me desorientaban y, medio que a los tumbos, busqué aclararme a través del pobre Soria. Pero qué iba saber el infeliz ese, bruto como era. El tema es que de tanto mirarlo, hice que Loco le apretara el caño con más fuerza, como si se convenciera, Loco, de que Soria tenía efectivamente la solución a todos sus problemas.

«Hasta tres voy a contar», dijo Loco y volvió a preguntar: «dónde está el Gordo.»

Después dijo «uno» y yo pensé que no tenía sentido preocuparse, que para nada le convenía a Loco meterle un tiro a nadie. Por un lado que, por la histeria que cargaba, él solo, por su cuenta, no le iba encontrar la vuelta a su problema. Y por el otro que, con el hijo de Soria en el medio, sería un gesto de mucha crueldad matarle el padre.

Cuando dijo «dos» —dejó pasar unos cinco, seis segundos, entre el «uno» y el «dos»— apretó más fuerte el caño contra la cabeza de Soria. Ni que quisiera hundirle el cráneo, pensé. Dejó pasar otros tantos segundos hasta que apretó el gatillo, antes de pronunciar el «tres». Pero el disparo, supongo que por alguna falla en la escopeta —la venía maltratando mucho yo— no salió.

Loco apretó de vuelta y tampoco, apenas un chasquido triste. Supongo que por darme cuenta de que Soria, la cabeza aplastada contra la tierra, empezó a llorar, hice lo que no tenía pensado: solté una especie de gimoteo, un grito como de chico autista, que sirvió para frenar la envidia de Loco.

Algo pasó entonces adentro mío, algo se manifestó, no sé muy bien qué, pero de repente estallé en un solo llanto. Capaz por sentirme culpable, aunque bien pudo ser por la injusticia de que esos pendejos nos tuvieran así, como animales, a Soria y a mí. Quiero decir que lloré sin consuelo.

En vez de apenarse, Lola dejó por un rato de acariciar a la India y se me vino encima.

«Este sorete es el que sabe», dijo y me empujó clavándome un dedo en la frente, con tanta bronca que me hizo caer de espaldas. Sentí de nuevo el desprendimiento, el cuerpo que se me partía en dos pedazos.

Migue quiso salir en mi defensa —o en algo que ahí, en esa situación, sonó como una defensa— y dijo que yo era nomás un enfermo y que el peligroso en serio era Soria.

«Este es medio retrasado», dijo, y no supe si agradecer o sentirme ofendido.

En el medio, por el revuelo que se armaba, la India se largó a ladrar. Di por sentado que era por defenderme, pobrecita, y me dejé conmover, con lo que acabé llorando más fuerte.

Imagino que por el soberano despelote que se había hecho en el ambiente, y como para poner un poco de orden, Loco volvió a intentar con la escopeta. Esta vez funcionó. El estampido nos hizo quedar a todos en silencio, hasta la India la cortó con los ladridos.

Sentí, bastante a lo lejos, el alarido de un mono. Con el tiempo supongo que aprendieron, los monos, del peligro de las escopetas. Aunque yo llevara su buen par de años sin dedicarme a cazar, algún recuerdo les habría quedado en la memoria, y si escuchaban por ahí un tiro de escopeta salían a darse aviso. O qué sé yo lo que eran esos chillidos. En definitiva, que los monos son animales con sus cosas, algunas inteligentes y otras más bien imbéciles.

Loco le pasó la escopeta a Migue y le dijo que la cargara. Vi cómo Migue sacaba las municiones de mi bolsito y cargaba la escopeta con una destreza que me hizo pensar que al final no era tan tonto.

«Y bueno...», me dijo Loco, otra vez plantado delante de mí: «dónde está el

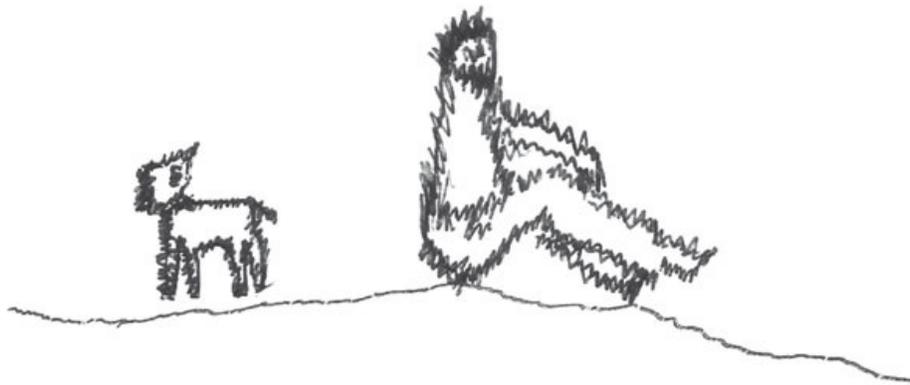
Gordo y cómo puta hacemos para salir del monte.»

Cuando me quise dar cuenta, resultó que yo también, como antes había hecho Soria, estaba meta negar con la cabeza. Como implorando.

Migue le devolvió la escopeta pero Loco dijo que no, que la sostuviera él nomás, que conmigo, por lo visto, iban a tener que probar de otra manera. Lo que agarró entonces, en vez de la escopeta, fue mi bolso. Abrió el cierre de punta a punta y revisó que no hubiera nada adentro. Encontró mi birome y mi bloc de hojas y le pegó una mirada a mis dibujos y a mis anotaciones, mensajes viejos que yo ya ni recordaba para quién habría escrito.

«Así que el retrasado dibuja», dijo, y riéndose le pasó el bloc a Lola, que hizo igual que él, aunque pasó las hojas de una manera más lenta, como si prestara una mayor atención.

«Y no parece que dibuje mal», concluyó ella, y dejó a la vista un dibujo mío en el que alguna vez intenté copiarme a mí mismo junto a la India. Una especie de retrato de los dos descansando a orillas del Tragadero.



Calculé que por ahí con los dibujos podía ganar tiempo y pensar una solución a tanto quilombo. De repente, me dije, el hecho de que yo dibuje los despista y les hace pensar que no puedo ser yo una mala persona, o que no puedo ser, al menos, una persona peligrosa. Pero entonces me di cuenta que temblaba, que yo temblaba, desde los dedos de las manos hasta un temblor en la boca. Mi cara, con ese temblor, habrá sido la cara de un desequilibrado.

Para no hacerme tanto la cabeza lo miré, una vez más, a Soria. Pero fue peor: el tipo seguía meta llanto y la jeta pegada al suelo. Un llanto silencioso el suyo, que por eso mismo, por lo silencioso, me pegaba una mezcla de miedo y tristeza

que me hacía sentir más bronca contra estos pendejos.

Pensé en el gordo, si no estaba muerto dónde mierda es que estaba. Yo lo vi aparecer por mi casa, yo lo vi caminar en reversa igual que caminan los muertos. Qué situación tan horrible y tan rara. Y además la cuestión del monte, que siempre fue de lo más traicionero con los que se pasan de vivos. Al final, que todo era un poco por mi culpa, que uno a veces apenas si quiere embromar y se le termina yendo todo de las manos.

Loco no me dejó seguir así, pensando, y me mostró mi bolso. Me mostró, en realidad, el interior del bolso. Como un tonto esforcé la vista, creyendo que con ese gesto Loco pretendía que yo viera, efectivamente, algo que había adentro. Pero Loco, de una manera bien brusca, bien a lo bruto, me envolvió la cabeza con el bolso y corrió el cierre hasta donde le dio margen.

Me agarró una desesperación y empecé a dar sacudidas, más por la sorpresa, por no saber lo que vendría después, que por algún tipo de dolor en particular. Total que para dolor, tenía ya todo el cuerpo bien estropeado.

El asunto es que me sacudí, tiré patadas a lo ciego y solté los mismos gritos de autista de un rato antes, nada más que ahora habrán sido como gritos sordos, algo como un eco deforme. Sentí el material del bolso —plástico, nylon, algo así— raspándome la cara y trascartón la idea de que me asfixiaba, de que no podía respirar. Tampoco me ayudó esa oscuridad abrupta que al igual que la asfixia me llegó como una invasión.

Pegué otro par de pataletas, todo al pedo porque Loco, al parecer, me tenía bien agarrado. Una especie de tironeo que me arrancaba en la nuca y me atravesaba el cuerpo. Como que de repente yo era un mero títere.

Me calmó un poco —apenas un poco— ver unos puntitos de luz que se abrían en la tela del bolso, supuse que agujeros. Pensé que, además de luz, por ahí podía entrarme algo de aire. Un pensamiento medio ridículo, la verdad, porque puesto a pensar bien, la asfixia me venía de la presión de la tela contra la cara. Como sea, la cuestión es que los puntos de luz me trajeron una especie de alivio.

También me tranquilizó sentir los gritos alrededor. Que ya basta, decían, que la corte, que así no se arregla nada, y otros gritos por el estilo. Eran las voces de Lola y de Migue las que se escuchaban, aunque de fondo me pareció sentir también —o capaz fue algo como un deseo— que los dos Sorias, hijo y padre,

aportaban lo suyo. A nadie le daba el estómago para soportar que Loco me tratara así. Y por eso nomás habrá sido, por la oposición que le armaron los demás, que la cortó y se conformó con encajarme una flor de patada en medio del culo y dejarme después desparramado en la tierra, con el bolso aún envolviéndome la cabeza pero ya sin hacerme presión.

Me concentré, entonces, en respirar bien, en buscar el hueco que hiciera entrar todo el aire del monte. Abrí la boca al punto que me hizo doler la mandíbula y las costillas. También los ojos abrí. Después, cuando tuve el tema del aire más o menos resuelto, traté de no pensar más, hacer de cuenta que estaba en otro mundo y que todo este dolor y toda esta historia me venían por culpa de alguna resaca. Por un vino que había tomado para pasar el miedo. Por un guiso o alguna sopa rancios. O de pura tristeza. Cualquier cosa que tuviera más solución que atravesarme con esta gente.

Pasé un buen rato así tirado, sin prestar atención a lo que elucubrasen por detrás. Me acostumbré a la semioscuridad que me hacía el bolsito sobre la cabeza y me perdí, ahora, en distinguir las partes rotas o a punto de romperse en la tela. Era viejo mi bolsito, y probablemente yo lo cargaba mucho.

Al toque nomás volvieron a joderme. La misma saña que puso para envolverme el cráneo, ahora la usó Loco para sacarme el bolso de la cabeza. Me encandiló la luz del ambiente después de tanta oscuridad, pero ni tiempo tuve de ocuparme. Me encontré con Lola muy cerca de mí, que con una cara seria, ya una terrible cara de culo, me miraba fijo y seguía con las caricias a la India. La perra, pobre, tenía la lengua afuera, no daba la sensación de estar preocupada.

Fue Loco el que habló:

«Querés que le enderecemos la cabeza a tu perrita», dijo.

Para variar, tardé en entender el sentido de su amenaza. De hecho, lo entendí como un ofrecimiento, calculé que por ahí proponían una operación, algún medicamento. Pero la cara de Lola, las caricias cada vez más duras, como si pasaran de caricias a masajes —unos masajes propios de algún ensañamiento—, me fueron avivando.

«Pregunto por última vez», dijo Loco: «dónde está Horacio, el Gordo, y cómo hacemos para salir del monte.» Me percaté de que al cerrar la pregunta le vino, a Loco, algo como una tos, un nervio que le jodió el tono y que lo hizo sonar gracioso.

Miré fijo a mi perra. Pensé en lo bien que lo habíamos pasado y en la compañía que me había hecho. La India, de alguna manera, había tenido dos vidas.

Vi las manos de Lola que la masajeban cada vez con más fuerza. Ya era un puro apretón. A Lola, me dije una vez más, el monte le había sacado a relucir alguna maldad escondida. Aunque bien podía ser que fuera su maldad de siempre y que yo, la noche anterior, me hubiera hecho una idea muy tonta de ella.

«Cuento hasta tres», dijo Loco, y arrancó igual que la vez anterior. Dijo uno, dijo dos, se me llenaron los ojos de lágrimas, y cuando iba decir tres, el chico de Soria paralizó el conteo con un soberano alarido. Un grito como de guerra, que pareció envolver al monte y dejar todo el ambiente suspendido.

El chico de Soria

Que yo sepa, el chico de Soria nunca tuvo nombre. Nació y se crio al tuntún, como se cría la gente de por acá.

No era mucho el tiempo que llevaba yo viviendo en la Colonia cuando Soria me vino a buscar. Dio unos aplausos frente a mi casa y me llamó de dos maneras: Mudo y Brujo. Pero más veces dijo Mudo. Era muy temprano, poco más de las cinco de la mañana, y quedaba todavía un resto importante de oscuridad.

Antes de abrir la puerta, espíe por los huecos de una ventana. Me había tomado unos buenos tragos de vino para pasar aquella noche, y verlo a Soria, nervioso ahí afuera, me hizo pensar en algún otro tipo de aparición. Hasta que me dijo: «Te veo, Mudo, te estoy viendo».

Por si acaso, agarré un palo de escoba que pudiera usar a modo defensivo, pero al toque me sentí ridículo. De todos modos, abrí la puerta con el palo en la mano, que Soria me viera y se le bajaran los humos. Pero el tipo me salió con otra cosa.

«Mi mujer», dijo apenas aparecí, «está de encargue y tiene que parir.»

Me despistó con ese cuento, a punto tal que dejé caer el palo a un costado y puse mi mejor cara de boludo. Soria repitió la frase tal cual —le adiviné los nervios, la urgencia sincera— y muy a su modo me pidió ayuda.

«Haceme el favor», dijo, «que tengo un despelote.»

Le hice dos señas con la mano derecha: la primera para que me espere, y la

segunda invitándolo a entrar a la casa mientras yo me alistaba. Pero Soria no entró, más bien pareció echarse unos pasos atrás, como si la mía hubiese sido una invitación de lo más repulsiva. Recordé entonces el cuento de Insúa, la mamá de Soria y la casa embrujada. Manga de locos, pensé.

Busqué rápido mi bloc de hojas y mi birome. Como pasa siempre en estos casos urgentes, no los encontré por ningún lado. De afuera me llegó un nuevo grito de Soria:

«Metete, Mudo, que mi mujer no aguanta».

Hasta ese momento nunca se me había ocurrido que un tipo como Soria —sucio y bastante loco— pudiera tener mujer, ni siquiera que una mujer le pudiera dar pelota. Se me ocurrió que seguramente sería como él, que en definitiva no habría nada que envidiarle.

Encontré por fin la birome y acabé por escribir en un trozo de papel higiénico. Me dio pena, más que nada por lo difícil que se me hacía conseguir papel y por lo rápido que se me acababa.

PIDAMOS AYUDA ALMACEN DE INSUA, escribí.

Salí de la casa con el papel en alto, como si ese papel, con ese mensaje, fuera lo que Soria necesitaba para solucionar su asunto. Le mostré el papel señalando con un dedo cada palabra. Recién entonces, cuando vi el soberano embole en la cara de Soria, sospeché que capaz el tipo no sabía leer y yo nomás le hacía perder tiempo.

Hice un bollo con el papel, me guardé la birome en un bolsillo y le hice una seña —una más— para que arranquemos, para que me dijera dónde ir.

En el cielo se iba armando un amanecer fresco y sentí ganas de tomar mate o cualquier cosa que me despejara la mente. Aunque el camino era bastante incómodo de transitar —una picada muy a medio hacer, que tiempo más tarde yo mismo iba a mejorar—, Soria iba delante mío con un tranco firme. No es que fuera apurado —el apuro en el monte puede jugar en contra—, sino que mantenía el ritmo. Apenas si se daba tiempo para mirar atrás y asegurarse que yo lo siguiera. Supongo que por miedo a que lo dejara en banda.

Hicimos un trayecto importante que ahí, en ese momento, no me pareció tanto. Bien puede que por la urgencia, por ir yo medio ensimismado. Más tarde

iba a entender lo que son acá las distancias, que por lo irregular del camino y la situación particular de cada uno, a veces parecen más y otras veces mucho menos.

Llegamos hasta el río —una parte de la orilla que no se me había dado aún inspeccionar— y de ahí subimos unos pocos metros, de nuevo monte adentro. Como si lo de Soria fuera un mundo de subida y bajada.

La cuestión es que, así como nunca le había imaginado una mujer, tampoco pensé que Soria tuviese una casa. Me lo pensaba durmiendo en cualquier lado, donde lo agarrara el sueño o donde lo tumbara la borrachera.

Pero después de trepar una especie de minibarranco y traspasar unos árboles enormes y muy florecidos, como llenos de moho y humedad, apareció la casa. Un rancho como cualquiera de los que había en la Colonia, con la diferencia de que a este lo levantaron en un lugar apartado. Si llegar a mi casa era por demás trabajoso, llegar a lo de Soria ya era el colmo.

Lo que sí —y aunque tuviera una base trabajada, de cemento—, la suya era una casa de lo más enclenque. Las paredes eran puro chapa cartón, esparcido muy al tuntún, como si armar una casa fuera nomás que tapar huecos.

Antes de entrar, Soria me miró, me puso una mano en el pecho y me dijo: «Hacé tu brujería».

Después dio media vuelta y entró. Yo me quedé en la puerta, sin mucha idea de qué hacer. Hasta pensé que, por ahí, lo mejor era mandarme a mudar. Lo mejor para mí y lo mejor para todos. Pero Soria se asomó, la cara desencajada, y me apuró:

«Metete, chamigo».

El olor dentro de la casa era bien espeso, olor a cuerpo sucio y a cosas podridas. Muy parecido al olor que encontré en mi propia casa, cuando era todavía casa de la Vieja. Pensé que si la Vieja era, como dijo Insúa, la mamá de Soria, bien podía ser que de ahí viniera el olor, del parentesco.

Por lo demás, y al margen de la miseria, la casa tenía como una buena distribución. Me refiero a que se distinguía una cocina y un aparente comedor, y hasta era de lo más adecuada la cortina que hacía de pared a lo que, me iba a enterar, era la pieza de Soria.

Respiré profundo, cosa de meterme de lleno aquel olor en la nariz. Una manera, quise creer, de acostumbrarme bien rápido a ese ambiente.

Junto con el olor me llegó un lamento, un quejido grave como de viejo enfermo. Soria corrió de un tirón la cortina y, pese al clima penumbroso, quedaron a la vista su mujer sobre la cama y unos cachivaches desparramados por aquí y por allá.

Me llamó la atención que Soria tuviera esa semejante cama, una cama de madera, probablemente algarrobo. Imaginé lo difícil que habría sido mover, además de instalar ahí adentro, un mueble de ese tamaño. También el colchón se veía interesante, bien grueso y amplio. Para completar el panorama, el orden dentro de la pieza, había dos cajones de madera —como cajones de verdulería—, uno a cada lado de la cama, que hacían de mesitas de luz. Más tarde, me dije, cuando la situación se repusiera, consultaría con Soria o bien con Insúa la manera de conseguir muebles como esos. Mucho más cómodos que los míos, quiero decir.

La mujer, finalmente, no era nada fea, pero su pinta no era la mejor: acostada panza arriba y con los ojos muy abiertos, hecha una pura transpiración. La boca se le abría y no, como si el labio le colgara, o como si estuviese todo el tiempo a punto de decir algo. Soria le apoyó una mano en la frente.

«Está hirviendo», dijo, «tiene fiebre.»

La mujer gimió unos tonos más alto. Ahora sonó como el grito de un hombre en toda ley. No se correspondía un cuerpo tan débil con ese tono varonil, aunque se tratara nomás de un quejido.

«Le voy a dar fresco», dijo Soria, ya desesperado, y la destapó completamente. La mujer estaba desnuda. Me impresionaron sus tetas oscuras, el tamaño de los pezones —grandes y bien negros—, en contraste con la panza blanca, que más que panza parecía un injerto, un animal del monte que se hubiera pegado a su cuerpo. La miré con más atención: capaz en su estado natural, en una buena jornada y con la salud a pleno, aquella era una linda mujer. Ahora como que no se la podía juzgar.

Soria le limpió la transpiración con un trapo y le dijo, al oído y bien bajito, que aguante, que acá estábamos él y yo.

«Acá vino el Mudo», dijo, «él sabe.»

La mujer no pareció escuchar. Pese a los ojos abiertos, daba la sensación de no estar despierta o de estar muy lejos de nosotros, como en una especie de trance.

Me asustó que Soria jodiera tanto con que yo me hiciera cargo, que le pasara el trapo a su mujer sin quitarme la vista de encima.

«Y bueno», me preguntó, «qué hacemos.»

Para no llevarle el apunte, se me dio por bajar la mirada y vi una mancha de sangre —como sangre negra, sucia y de hace mucho tiempo— sobre la sábana, por entre las piernas de la mujer. Me dio asco, me vino como un mareo y tuve que parpadear unas muchas veces seguidas para no caerme. La mujer, ni que se diera cuenta de mi malestar y quisiera empeorarlo, pegó un lamento largo y horrible.

«Tranqui nomás», le dijo Soria, y repitió: «tranqui que acá está el Mudo.»

No me aguanté. Esa mujer se iba a morir —si es que ya no estaba muerta y su lamento de hombre no era más que un mero reflejo— y yo me iba llenar de culpa sin necesidad.

Soria se puso aún más tenso cuando vio la sangre: «Dale, chamigo», me apuró, «que le sangra todo».

Me sentí de repente tan abrumado, que apenas si pude negar unas cuantas veces con la cabeza. Que Soria viera, que entendiera que yo no era ningún brujo, que lo suyo era pura superstición y que de ninguna manera podía yo encargarme de un asunto como ese.

Saqué mi birome y busqué algún papel alrededor, algo donde escribir. Soria me siguió con la mirada, entre la expectativa y algo como una vigilancia. Le hice señas con la birome, como si escribiera en el aire, para que entendiera mi búsqueda, pero entonces recordé su probable analfabetismo, lo muy de balde que era escribir cualquier cosa.

«Le duele», dijo Soria. Volvían a escucharse los quejidos de su mujer, aunque ahora, por lo menos, ya no sonaban tan varoniles.

Agua hervida, pensé, en estos casos se suele usar agua hervida. Apunté a la cocina buscando algún tipo de calentador, pero ahí mismo, en el mismísimo gesto de lanzarme a esa búsqueda, me dije que no había caso, que aunque tuviera agua hervida a mano, no sabría qué hacer con ella. Quedarnos ahí, Soria y yo, los dos como idiotas mientras la mujer agonizaba, tampoco serviría para nada.

Vi que por la ventana se filtraba la luz de la mañana. Lo mejor, me dije, ahora que aclaró, era llevar a la mujer hasta algún tipo de centro de atención, una salita, lo que tuvieran en la Colonia. Para eso, lo mejor era pedirle nomás ayuda

a Insúa.

Me paré frente a Soria y, poniendo una cara que demostrara algún tipo de serenidad, un convencimiento, le apoyé una mano sobre un hombro. Con la otra mano hice una seña con la que pretendí decirle que me espere, que yo salía en busca de ayuda. Soria no me hizo ningún gesto, ni a favor ni en contra de mi propuesta. Quedó más bien duro, serio, agarrado a la mano de su mujer. Esa seriedad le quitaba un poco el aire de loco, pero a la vez me plantaba una especie de preocupación. De un modo un poco raro me hacía sentir en falta.

Antes que dijera cualquier cosa, pegué media vuelta y me las tomé. Con la claridad del día pude verle más imperfecciones a la casa, entre otras cosas, más mugre y roturas. Además de la pinta sarnosa y enferma de sus animales de corral.

Bajé hasta la orilla y enfilé en dirección a la Colonia. Calculé que, bien a las apuradas, el trayecto me podía llevar una media hora. Pero no había hecho ni cinco minutos de caminata cuando se me ocurrió que, capaz, mejor era ir primero hasta mi casa y traer la silla de ruedas. Con la silla, especulé, iba ser más fácil trasladar a la mujer. Sería cuestión de sentarla y, después, entre Soria y yo levantaríamos la silla —uno por delante y el otro por detrás, por los mangos— y la llevaríamos hasta un acceso del camino.

Enfilé entonces para mi casa, contento de sentir que hacía lo correcto y contento de no haberme quedado en lo de Soria. Me gustó sentir, además, que mal que mal me iba entendiendo con el monte, que de a poco sabía elegir un camino y calcular las distancias. Y puede también que haya sido por el hecho de verme, así de sopetón, metido en el lío de Soria, que por primera vez sentí cariño por mi casa, por el camino y el paisaje que se me hacían conocidos. Más que con Soria, prefería estar solo y echado, como cada vez más me iba acostumbrando.

Pero ya en mi casa, lo primero que hice fue despejar la silla de ruedas del montón de mercadería que le había puesto encima, entre otras cosas un bidón de agua y un paquete con diez kilos de fideos. Después le pasé un trapo para quitarle unas costras de tierra seca.

Antes de emprender la vuelta, me serví un buen vaso de agua. De un momento a otro me iba a dar sed y el agua de Soria me hacía desconfiar, así que me serví otro vaso y tomé hasta llenarme la panza. Después salí y eché un meo entre los árboles. Levanté finalmente la silla por sobre mi espalda y arranqué la

caminata de vuelta.

Por alguna razón —y al revés de lo que imaginaba— esta vez el camino se me hizo aún más corto. Supongo que por la luz de la mañana, que hacía el trayecto más amigable, o por los ruidos del monte, que una vez que amanece saben sonar más lindo. Qué sé yo por qué.

El río era también una pura tranquilidad, liso como una alfombra, apenas si unas burbujas se formaban por el salto de alguna mojarra o de una palometa. Me arrimé a la orilla, dejé la silla a un costado, y largué otro meo, ahora sobre el agua. Así iba andar más cómodo. De tan calmo que estaba el río, pude ver la buena cantidad de mojarritas que se apuró a venir detrás de mi meo.

Me acomodé y subí, por fin, a lo de Soria. El sol ya se había metido, como tiro, en su terreno. Me dio calor y algo como un desánimo: no tenía ni un poquito de ganas de estar ahí.

Dejé la silla de ruedas en el suelo y di un par de aplausos para que Soria me sintiera, pero no hubo respuesta, ni llamado ni nada. Decidí mandarme nomás para adentro y vi, junto a la puerta, la sábana ensangrentada. Calculé que Soria habría querido lavar a su mujer, tenerla limpia, y me pareció bien. Moví la sábana con la punta del pie y sentí que la sangre acumulada era mucha, tanta, que se había hecho como un empaste.

Apenas entré en la casa —dando otro par de aplausos— sentí el llanto de la criatura. Sentado al borde de la cama, Soria la sostenía entre los brazos. Me le acerqué en silencio y con lo que, imaginé, sería una sonrisa medio de opa en la cara. El bebé era una sola mugre de sangre y de otros pegotes corporales.

Quise verlo más de cerca, pero Soria me lo apartó y, en cambio, me miró con su peor cara de culo. Calculé que, como a la mujer, al bebé también habría que darle algún tipo de atención más entendida.

Busqué la silla de ruedas y la metí en la casa, que viera Soria que la silla estaba a su disposición, que si quería, podíamos cargar ahí a toda su familia. Le puse la silla enfrente y traté de explicarle mi idea con señas. Pero Soria, aun con su hijo en brazos, se levantó y revoleó la silla de una patada.

«Fuera de acá, hijo de puta», dijo.

Me cayó de sorpresa su semejante puteada, así que, en vez de mandarme a mudar, acomodé la silla de ruedas y traté de explicar otra vez mi propuesta. Soria se acomodó, cosa de sostener a su hijo con un solo brazo, y usó el que le

quedó libre para tirarme un sopapo. No llegó a pegarme, pero el mero intento me desorientó. Sentí que todo era un malentendido.

«Andate de acá», me volvió a echar.

No dijo más nada y tampoco intentó tirarme otro golpe. Se dio vuelta, nomás, y se instaló como hasta recién, al borde de la cama. Me quedé parado y sin saber qué hacer. Además del enojo de Soria, me inquietaba que a su mujer no se la viera por ningún lado. Aproveché su ensimismamiento, el de Soria con la criatura, para pispiar por los rincones. Pero más allá de unas cuantas ropas sucias y de unos golpes de olor a podrido, no encontré nada.

Miré a Soria: tocaba con la punta de los dedos algo en la cabecita de su hijo. Imaginé que lo limpiaba. Salí de la casa y busqué a la mujer en los alrededores. Di un gran rodeo, bajé de vuelta hasta el río, y nada. Nada de nada.

Subí otra vez, pero ya no quise entrar a la casa. El sol estaba alto, iba a ser un día de mucho calor. Antes de irme paré la oreja, como para captar algo que Soria estuviese haciendo o diciendo. Me pareció escuchar que cantaba en voz baja, o que le decía algo a su hijo. Pero bien pudo ser idea mía.

Pensé en mi silla de ruedas: que se la quede nomás, me dije, que le va servir más que a mí. Después arranqué la caminata de vuelta hasta mi casa. A la mujer de Soria no la vi nunca más. Y preferí no averiguar.

El hastío

Algo del monte a lo que cuesta acostumbrarse es a estar todo el tiempo sucio. También cuesta acostumbrarse a los picores y lastimaduras permanentes. A mí, por lo menos, me llevó su buen tiempo. Pasa que uno se hace de un olor nuevo, salen manchas en la piel, ronchas... De a poco, uno se va haciendo una persona distinta.

A juzgar por la tranquilidad y la maña con que se movía, Loco era un chico crecido en el campo. O bien, un chico que pasó temporadas más o menos largas en lugares así. También por su cara podría decirse lo mismo, una cara hecha de puras cicatrices, una cara de morochón enojado.

Muy distinto de Migue, que antes de apoyarse en un árbol, por decir algo, se fijaba que no hubiera ninguna mugre impregnada al tronco. Además que su cara, la de Migue, era la cara de un coqueto. No se correspondía su cuerpo enorme, musculoso, con esa cara de nena. Se me hizo difícil pensar que Migue y Loco pudieran ser amigos más allá de la Fundación Vida Silvestre.

Lola también tenía lo suyo. Ahora le acariciaba el pelo al chico de Soria, lo calmaba. Que no se preocupe, le decía, que ella no le iba hacer nada a la perrita, que estaban jugando nomás.

Estaba sucia, Lola, como todos, pero a diferencia por ejemplo de Migue, ella daba la impresión de llevar la suciedad sin hacerse problema. Recordé la noche anterior, que parecía una chica tan descocada. Como si el monte y sus imprevistos le hubieran acomodado los tantos.

De haber tenido más tiempo para conocer a la otra chica y al gordito, pensé, también me podría haber hecho una mejor imagen de ellos.

La India se paró en sus dos patas traseras y apoyó las delanteras en Lola, a la altura de su culo. Lola, que seguía meta consolar al chico de Soria, se sacó la perra de encima con un manotazo medio al voleo. La India, entonces, se vino conmigo, como en la búsqueda de algún cariño. Por las manos atadas, y sobre todo por la mezcla de dolores que me atravesaban el cuerpo, no pude hacerle caricias, pero le arrimé mi mejilla para que me lamiera y me hociqueara un rato. La perra, sentí, celebraba el arranque de su tercera vida.

Loco se acercó a Soria, me apuntó con la jeta y le preguntó: «¿De verdad no habla este?».

Soria seguía, como yo, con las manos atadas a la espalda y sentado en el suelo. Antes de contestar se arrastró unos centímetros hasta un árbol y se recostó. Después contestó cualquier cosa: «Este monte es bien jodido», dijo, «no se sale así nomás».

A Loco le interesó el comentario, pero más le interesó hacerse el malo. Se agachó a la altura de Soria y, apretándole el cogote, preguntó cómo mierda hay que hacer para salir. Soria soltó una especie de eructo largo que, para su suerte, hizo retroceder a Loco. Después pidió agua.

Pensé que, ahora sí, Loco le daría una paliza. Migue habrá pensado lo mismo, porque antes de que su amigo pudiera hacer cualquier cosa, se metió entre él y Soria para decir que listo, que la corten, que él, Migue, se iba hacer cargo del agua.

Después metió una mano bajo un sobaco de Soria y tiró hacia arriba, como para levantarlo. Tanto cuidarse de no tocar cosas sucias para ir a meter la mano ahí, pensé. Soria, supongo que de jodido, no se la hizo fácil: exageró su cansancio y su debilidad. A duras penas fueron los dos caminando hasta la orilla.

Loco no se tomó del todo bien la intromisión de Migue. «No te confíes con estos tipos», le gritó. De todos modos, y por algún sentido de la culpa o la piedad, Loco se hizo cargo de mí. Quiero decir que me levantó de un tirón, como si yo fuera más liviano que un pelo.

«Tomá agua vos también», me dijo y me llevó con Soria y con Migue.

Soria pidió que le desataran las manos para tomar agua con una cierta comodidad, pero Loco, llegándole por atrás, le pegó un sopapo en la cabeza y le

dijo que no se hiciera el vivo: «Agachate y tomá», le ordenó.

«Pero me voy a mojar todo», contestó Soria.

Loco le apoyó con fuerza una mano sobre la espalda y le dio un soberano empujón.

«Agachate y tomá, la puta madre», repitió.

Soria quedó de rodillas, mirando a Loco con una expresión que era mezcla de maldad con berrinche. Después, arrodillado como estaba, acomodó su cara de frente al río y se encorvó todo lo que pudo para llegar hasta el agua. Pero no llegó, de hecho quedó bastante lejos. Completó el ridículo estirando los labios, que le quedaron como en piquito, como si así, con ese gesto, pudiera acortar la distancia.

Loco, supongo, entendió que Soria le tomaba el pelo y le dio un empujón más fuerte que el anterior. También le gritó, que ya no jodiera, que no sea tan pelotudo. Soria cayó de jeta al agua y se retorció como un desesperado, como si de verdad el río se lo fuera a tragar.

Un poco harto por las idas y venidas, otra vez Migue quitó a Loco del medio y se apuró a sacar a Soria del agua. Lo arrastró hasta dejarlo en la orilla, sobre el barro, de manera que con girar apenas la cabeza pudiera, Soria, tomar agua sin tanta complicación. Pero tampoco así funcionó, entre otras cuestiones porque Soria —supongo que para seguir jodiendo— empezó a tomar de a lamidas, como un perro.

«Qué tipo hinchapelotas», dijo Migue y trascartón se agachó una vez más sobre Soria y, ya sin llevarle el apunte a Loco, le desató el armado que tenía en las muñecas.

Soria agradeció tanto, que por un momento yo mismo sentí la liberación en mis propias manos. Pensé, incluso, que ahora me desatarían también a mí. Pero no pareció que me registraran. Ni siquiera después de ver cómo Soria se enjuagaba las manos, cómo hacía girar las muñecas y cómo se reía, contento, feliz de la vida.

Me vino un poco de bronca y una gran sensación de injusticia. Les pegué un grito, un ruido sin forma, una queja medio idiota que acompañé con un movimiento de hombros y brazos, como para que entendieran mi reclamo. Pero el movimiento me trajo más dolor y me provocó un nuevo grito, aunque ahora ya un mero gemido, algo finito y más bien silencioso.

Loco, entonces, se ubicó detrás de mí para decirme al oído que me calmara, que no me hiciera el loquito: «Si quieres agua», me dijo, «tomá agua», y sin su brusquedad anterior, sino con un cuidado que no parecía ser muy suyo, me apoyó una mano en la espalda, otra en el pecho, y me fue recostando en el barro como si yo fuera una mujer o una persona delicada.

Más que ganas de tomar agua, sentí de nuevo ganas de dormir, de quedarme tendido sobre el barro fresco, a esperar que viniera gente menos bruta.

Pero Loco no quedó conforme con mi ubicación: me agarró de la ropa y me arrastró unos centímetros para dejarme ya en total contacto con el agua.

«Ahora sí», dijo, «tomá tu agua de mierda.»

Hice entonces igual que Soria: tomé dando lamidas, a lo bestia. Pero además de ser una posición incómoda, era muy poca el agua que de verdad se juntaba en la boca. Al final se hacía un procedimiento desesperante.

Tomé un poco de aire y probé después con absorber. Dejé que el agua se me acumulara en los labios y aspiré por la boca apenas entreabierta. Fue mucho mejor y alcancé a tomar una buena cantidad. Tanto, que Loco sintió que ya era demasiado. Me agarró de nuevo de la ropa y me levantó hasta dejarme igual que antes, de rodillas. Le apuntó a Soria con un dedo y le dijo:

«Viste que se puede tomar sin joder a los demás».

Soria, que había recuperado su pinta de chiflado, se fregaba las muñecas con un placer ya medio perverso. Paradito a su lado seguía Migue, la vista perdida en el río y capaz incluso más allá, en la orilla de enfrente, a la altura de los Caicedo. Tenía la cara fruncida, en un gesto triste y amargo.

Soria se puso de pie y, una vez más, exagerando la cuestión, agradeció que lo hubieran desatado: «Gracias, chamigo», dijo y dio una palmadita en la espalda de Migue.

No sé si fue la palmada o el simple hartazgo que provoca el monte, el asunto es que Migue tiró un manotazo —como queriendo quitarse a Soria de encima— y se acomodó en cuclillas de cara al río. Pensé que lo hacía para buscarse otro punto de mira, para ver algo distinto a lo que venía viendo, pero de repente se tapó la cara con las dos manos y empezó a llorar. Lloró como un nenito, o peor, como una mujer.

Sentí pena por él, casi tanta como en su momento llegué a sentir por su amigo el gordo. Más aún cuando vi cómo se sacudía su cuerpo, el de Migue, en

cada gimoteo.

«Tranquilo, está todo bien», lo quiso consolar Loco. Soria tuvo, en cambio, un gesto entre tierno y atrevido: extendió una mano y acarició con los dedos la cabeza de Migue. Fueron dos caricias apenas, caricias leves, que le salieron de una manera medio instintiva. Migue hizo el amague de otro manotazo, pero al final quedó nomás en eso, la mano izquierda levantada en un mero amague. Como quien se ahuyenta unas moscas.

Supongo que Loco habrá sentido que a él, mucho más que a Soria, le correspondía levantar el ánimo de su compañero, porque se apuró a quitar a Soria del medio y a ubicarse él mismo pegadito a Migue. Pero en vez de hacer como Soria, en vez de ir por el lado cariñoso, le dio por hacerse el duro.

«Para qué llorás», le dijo. «No ayuda que llorés.»

Cambió las caricias de Soria por un sopapo suavcito en la nuca de Migue. «Basta de mariconear», dijo finalmente.

Lola y el chico de Soria, que hasta ese momento se habían mantenido al margen —o al menos fuera de mi vista—, se unieron al grupo que hacíamos en la orilla, y Lola, apuntando con el mentón hacia Migue, preguntó qué pasaba.

«Este pelotudo», dijo Loco, «que llora como una nena.»

Lola hizo un gesto raro, una cara compungida como un puchero. Esas caras que se les ponen a los niños cuando hacen algo estúpido. Iba a decir algo, Lola, abrió la boca y todo, pero entonces Migue se levantó, se fregó los ojos con los nudillos y, después de mirarnos a todos uno por uno, como si nos fuera recorriendo, se mandó para el río. Quiero decir que dio unas pocas zancadas largas y se zambulló medio a lo bruto, alborotando el agua.

«Qué hace ahora este», dijo Loco, hablando para sí mismo.

Ya bien metido, Migue se acomodó y empezó a bracear. Pese a la ropa, que le habrá hecho algún peso, nadaba bien, o al menos no tan mal como le había visto antes.

«Vení, Migue», le gritó Lola, aunque sin mucha convicción, como más curiosa que preocupada por el comportamiento de su amigo.

En un pispás Migue hizo unos diez metros. Cruzar a la otra orilla —si era eso lo que Migue intentaba— no parecía ser la gran cosa. El tema era el agua del Tragadero, un agua medio espesa que por hache o por be atora cualquier intento. Poco antes de llegar a la mitad del trayecto, Migue se frenó y miró hacia atrás,

hacia nosotros o sea.

«Qué hacés, pajero», le gritó Loco. Migue, por supuesto, no contestó nada. Se quedó quieto, como congelado dentro del agua. Pasó por lo menos un minuto así, apenas mirándonos, hasta que tomó una gran bocanada de aire y se mandó flor de zambullida.

Lola y Loco volvieron a llamarlo, cada uno a su manera. Lola en un tono, si se quiere, más suave, y Loco insistiendo con la grosería: «Migue, la concha de tu madre», le decía, «qué mierda hacés».

Llegado un momento, sentí que era mucho el tiempo que Migue llevaba zambullido. A Soria, por lo visto, le pareció igual: «Se va ahogar su amigo», dijo, no sé si a Loco, a Lola, o a los dos.

Loco soltó un resoplido, como dando a entender un cansancio. Se llevó las manos a la cara y pensé que también él, igual que su amigo, iba a empezar a llorar o hacer alguna cosa rara. Pero no fue más que eso, aunque pudo ser quizá porque justo entonces reapareció Migue, más o menos en el mismo lugar desde donde se había zambullido.

Armó un gran despelote, Migue, entre que tomaba aire y que cacheteaba el agua para estabilizarse. El río, que hasta hacía un rato se veía tan tranquilo, ahora era un puro alboroto. Aun a la distancia pude ver la desesperación de Migue por tomar aire, mucho aire. Quise ayudarlo y me di cuenta que, como un estúpido, yo mismo tomaba aire por la boca.

Creí que Migue nadaría, o bien de vuelta hacia nosotros o bien hacia la orilla de enfrente, pero por alguna razón el muy infeliz se quedó ahí, en el mismo lugar y como atorado.

Soria se atrevió a ofrecer un punto de vista: «Hay que ir a sacarlo», afirmó con una seriedad aplastante, como si lo hubiera meditado mucho tiempo. Loco lo miró mal, aunque algo debió hincarle la sugerencia, porque una vez más resopló y, paso seguido, se sacó las zapatillas y se alistó para mandarse al agua.

Lo miré a Migue, a ver cómo seguía su situación: ya no daba la impresión de necesitar ayuda. Se había acomodado en posición de plancha, con lo que apuntaba la vista al cielo.

Loco se metió igual, de a poquito, tanteando el agua y el barro del fondo. Por su cara, era evidente que sentía algún resquemor, un cierto asco. A mí me pasaba igual con el río y su fondo: me venían escalofríos de rozar nomás ese barro

pegajoso y sucio. Así que un poco me compadecí por el pendejo este.

«Cuidado nomás los yacarés», dijo Soria, y señaló con su mano hacia un punto alejado de la orilla de enfrente. Se me ocurrió que lo dijo de puro hinchapelotas, para meter cizaña, porque por mucho que esforcé la vista no alcancé a ver ningún bicho.

Por una cuestión de orgullo, por no dejar su miedo en evidencia, Loco no se permitió salir del agua. Miró hacia donde apuntaba Soria pero no creo que distinguiera algo, apenas una mezcla de la espesura del monte y gritos de pájaros, todo confundido, todo una sola cosa. Tanto podía ser que hubiera como que no hubiera yacarés cerca.

«Andá con cuidado», dijo Lola, y después gritó más allá, a Migue. «Nadá para acá, venite para este lado.»

Loco se dejó de tanto meditar y hacer cálculos y se lanzó de lleno al agua. La emprendió bien, con brazadas lentas pero direccionadas. En unos pocos segundos ya estuvo pegadito a Migue, que ni se mosqueó cuando vio que su amigo se le acercaba. Me dio la sensación, incluso, de que Migue estaba ahora mucho más tranquilo, que se había mandado al agua nada más para despejarse. Recién cuando Loco estuvo a su lado, cambió la expresión calma —una medio cara de imbécil ya— por algo como un recelo.

Desde mi lugar en la orilla no alcancé a entender, pero se sintió que Loco hablaba. Lo que haya dicho, hizo que Migue se moviera con una cierta brusquedad para alejarse de Loco y que, otra vez, se zambullera. Loco se mandó detrás suyo y, entre las sacudidas de uno por librarse y el intento del otro por agarrarlo, armaron otro terrible despiole con el agua. Por un momento dejó de distinguirse de quién era una mano, de quién la cabeza que asomaba y volvía a hundirse, quién pataleaba más y quién menos.

Calculo que por mero cansancio no hubo quilombo de nuestra parte, de quienes quedamos en la orilla. Apenas una frase de Lola —«Qué par de pelotudos»— que le quitó cualquier dramatismo al asunto.

Soria se sentó, se sacó las alpargatas y metió los pies en el agua. Pasaron unos dos minutos, segundo más segundo menos, que se hicieron eternos, hasta que al fin, muy de a poco, se fue acabando el entrevero río adentro.

Quedaron, Loco y Migue, boqueando por algo de aire. Una vez que se repusieron, y como si ya no quedara otra cosa que hacer —o como si ya lo

hubieran hecho todo—, empezaron a nadar de vuelta hacia nosotros. Lento, mezclando brazadas con el más ridículo estilo perrito.

Cuando hicieron pie, dieron unos pasos duros, pesados, dentro del agua y, antes de salir, se quedaron ambos —como si lo hubieran acordado, como si ensayaran un baile o algo así— doblados sobre sí mismos, las manos apoyadas en las rodillas y las bocas entreabiertas. Al final, que no se entendía para qué tanta histeria.

Sin decir nada, Lola dio media vuelta y subió en dirección al monte. El chico de Soria y la India se fueron con ella. Sentí ganas de estar con esa parte del grupo, que parecía la menos estúpida.

Soria, en cambio, y como para darme la razón, se había puesto de pie y medio que bailoteaba entre el agua y la orilla. El muy imbécil saltaba con tanta enjundia, que el barro a su alrededor se esparcía como una pequeña lluvia negra y le ensuciaba el pantalón, que ya de por sí era una inmundicia.

«Quietito ya, basta de joder», le dijo Loco cuando salió del agua. Quiso darle un agarrón, algún tipo de golpe, pero su cansancio, sumado al movimiento permanente de Soria, dejó el intento en el aire.

Migue, que venía por detrás, fue mucho más efectivo: en vez de procurar un golpe o un simple manotazo, directamente se lanzó con todo el cuerpo contra Soria. Cayeron los dos sobre el barro haciendo un ruido seco, como un disparo. Pensé que se habrían partido algunos huesos, pero cuando vi cómo se enredaban, cómo uno intentaba zafarse y el otro apretar con más fuerza, dejé de prestar atención.

La cantidad de peleas y entreveros me tenía podrido, así que me recosté nomás sobre el barro —a duras penas en realidad, soportando el dolor que me venía en cada movimiento— y me dije a mí mismo que ya no me jodan, que me dejen en paz. Sentía el cuerpo entumecido y me venían nuevos golpes de dolor de cabeza. Además tenía hambre, lo que entendí como algo bueno. Tanta hambre, que empecé a dormirme —algo como los apagones de un rato antes— y a imaginar comida. Boqueaba semidormido, al aire, como si me estuviera acercando una cuchara sopera a la boca.

Habrá durado cosa de un minuto la sensación, ni mucho menos ni mucho más. El asunto es que ahí, en medio de ese sopor, me despabiló la voz de Soria, que de nuevo me mandaba al frente:

«Tu amigo el gordito», decía, con la voz medio trabada por el apretón de Migue, «tu amigo el gordito está en la casa de él.»

De haber tenido el ánimo y la energía suficientes, imagino que me hubiera hecho alguna mala sangre. Que me hubiese peleado con Soria de alguna manera, quiero decir. Me inventé, en cambio, una cuenta regresiva que fui recorriendo mentalmente: diez, nueve, ocho, y cuando llegué a siete alguien me agarró de la ropa y me levantó como se levanta una bolsa de papas, una cosa cualquiera.

Una despedida

A Insúa le daba risa mi perra, que la pobre tuviera la cabeza torcida.

«Debe pensar atravesado», me dijo, «como piensan los gauchos y los indios.» No le di pelota. Preferí seguir con la vista en el río y hacer de cuenta que atendía mi línea. Estábamos pescando mojarras desde la orilla y la India iba y venía, picoteando los restos que yo le tiraba. Se atragantó dos veces con espinas de pescado y tuve que apurarme, las dos veces, a meterle la mano en la boca y ayudarla a escupir.

Insúa se reía como si fuera la gran joda: «No te digo que es una india», gritaba. «India: así le tenés que decir.»

Me parecía un nombre horrible para un perro, pero como no se me ocurría otro y como Insúa le decía todo el tiempo así, le fue quedando y no tuve el ánimo suficiente para cambiárselo. Quiero decir que yo mismo me acostumbré a ese nombre, a pensar en mi perra así, como la India.

Insúa dejó de reírse y me dijo que estaba harto: «Harto del almacén, harto de la Colonia, harto de todo». Me pareció raro que un hombre de su edad se hartara de esas cosas, de la vida que llevaba. Aunque lo miré con una mayor atención y tuve que admitir que Insúa podría tener tanto cincuenta como setenta años. El monte lo confunde todo, hasta la edad de las personas.

«Acá están todos locos», dijo Insúa, «y la locura se contagia.» No me dio tiempo a pensar a fondo en ese último comentario, porque así como lo dijo, manoteó un cascote, dio media vuelta y se lo tiró a la India, que andaba

hociqueando por entre la carnada. El cascote le pegó en medio del lomo. La pobre perra soltó un aullido y corrió a esconderse entre los árboles.

No quise enojarme con Insúa, pero la verdad es que ya me tenía bien podrido. Lo miré con mi mejor cara de culo y me fui detrás de la perra. Me había costado una barbaridad hacerla entrar en confianza, y ahora me venía este con sus arranques.

«No te hagás del bueno, mudo de mierda», gritó a mis espaldas, «que vos también sos bastante enfermo.»

La perra no se había ido lejos. Se recostó a lamerse entre unos yuyos. Le chisté y, aunque un poco nerviosa, se me acercó moviendo la cola. Después de su accidente con el yacaré le había quedado una especie de tic, sacudía la cabeza como si se la quisiera acomodar. Le di unas caricias en la panza y más o menos se fue calmando.

Sentí de repente unos ruidos, como de hojas quebrándose, y pensé que sería Insúa, que venía con nosotros, con la India y conmigo. Hablaba muchas boludeces, Insúa. Su problema, al fin de cuentas, era que no sabía estar solo.

Pero no era Insúa el de los ruidos, porque los ruidos venían de arriba, de los árboles. Levanté la vista y vi a dos monos que se perseguían entre sí, que iban de rama en rama, jugando o haciendo cosas de monos. Eran monos lindos, de buen tamaño y color.

La India quiso pispiar también ella. Imaginé que iba querer largarse a ladrar, a dar vueltas como una histérica alrededor de los árboles. Apuré entonces las caricias, cosa que se entusiasmara con eso y se olvidara de los monos, que no me los ahuyentara.

El asunto, a decir verdad, era ir hasta el río y buscar la escopeta, que me había dejado con el bolso y la carnada. Me tenía que aguantar, primero, un buen rato quieto ahí con la India, acariciándola, y que los monos no se fijaran en nosotros.

Por la manera que tenían de perseguirse y por los golpes que se repartían, me di cuenta que eran hembra y macho. Supuse que andarían calientes, busconeándose. La hembra —la que yo identifiqué como hembra entre los dos— quedó inmóvil, dura sobre una rama, y apenas el macho se arrimó, ella lo frenó de un manotazo y saltó para otra rama. El macho le fue detrás, y ella vuelta con lo mismo, con patadas y cachetazos y algún que otro aullido. Un ir y venir que

ya era puro histérico.

Hasta que al fin pudo, el macho, controlar la situación. Hizo un gran rodeo, con tremendos saltos de un árbol a otro, que desorientaron o que deslumbraron a la mona, que simplemente se quedó a la espera. El mono le llegó por atrás y ella ya no pudo hacerse más de la viva. Se dejó agarrar, dejó que el mono la recostara sobre la rama, boca abajo, y que le recorriera la espalda con las manos. Los del mono eran ahora movimientos suaves, hasta se le podía arriesgar alguna ternura. Parecía, de repente, que se hubieran cansado de dar vueltas y saltos y ahora nomás quisieran relajarse. Como gente que se da la gran vida.

El macho se arrimó al punto de casi pegotearse a las ancas de la hembra. Después pasó como un minuto que en realidad no pasó nada, apenas los dos monos ahí, abotonados a la manera de los perros. Capaz, pensé, el apareamiento de estos animales no es más que eso, estarse quietos y muy juntos, que el chiste verdadero es lo que les ocurre por dentro. O sea, el macho penetra a la hembra y ahí quedan los dos, inmóviles, mientras se les revuelve el interior.

Pero entonces el macho se sacudió como si lo electrocutaran, como si una gran convulsión le subiera del estómago a la cabeza y de ahí le bajara hasta la cola, que quedó dura y como en punta. Casi como parte de la misma convulsión, el mono arremetió rápido y fuerte sobre la hembra —digamos, tres o cuatro arremetidas— y después soltaron ambos una mezcla de aullidos y gritos que cualquier despistado hubiese dicho que eran personas pidiendo ayuda.

La India, que pasó todo ese rato tendida, aprovechándose de mis caricias, ya no aguantó el griterío de los monos y quiso levantarse. La sostuve con más fuerza y le di unas palmaditas en la panza. Le gustó el asunto y, al menos de momento, dejó de lado a los monos. Miré de nuevo hacia arriba, para ver cómo seguían, y resultó ser que los dos monos estaban, a su vez, mirándonos fijo a la India y a mí.

No sé por qué, pero me sentí descubierto, como en falta. Me vino el impulso de pedir disculpas y, a modo de muestra, levanté una mano saludándolos y hasta les sonreí. Los monos contestaron lanzándome puñados de su propia mierda a la cara. La sorpresa no me permitió sentir dolor ni reaccionar de inmediato. Me pasó una mano por la cara y no hice más que esparcirme la inmundicia, que empezó a desprender su olor.

Los monos aullaron por última vez y después se perdieron saltando entre los

árboles. La India no hizo el menor intento de seguirlos, ni siquiera probó ladrarles.

Bajé hasta la orilla y fui directo al río, a limpiarme. Sentí por detrás la risa de Insúa: «Así que te pajeás con los monos», me dijo y siguió riéndose.

Me limpié cuanto pude, sobre todo los ojos, las orejas y la barba. Me preocupaba que pudiera quedarme algún resto escondido que después me terminara enfermando.

«Estas cosas son las que me amigan con el monte», le escuché decir a Insúa. Antes de enojarme de balde, junté mis líneas, la escopeta y mi bolsito, y la emprendí para la casa. Insúa siguió jodiéndome: que con razón me costaba tanto cazar monos; que si quería, que pidiera, que él me conseguía una mujer; que no me descargue con la perra..., todos chistes así, jodas sin gracia y más o menos sin sentido con las que me siguió cargoseando aun cuando yo ya me había alejado bastante del río.

Me quedó su voz en la cabeza, de fondo, como uno más de los ruidos del monte, de los ruidos más odiosos, de los que más cuesta sacarse de encima.

Más tarde, cuando se hizo de noche, me costó dormirme. Di vueltas por los alrededores de la casa, en la plena oscuridad. Tomé unos cuantos vasos de vino y pensé mucho. También improvisé un par de juegos con la India, que la perra se encariñara cada vez más conmigo, que me quisiera. Y después, sentado afuera bajo el cielo y con la perra dormida a mis pies, fui imaginando la manera de no juntarme más con Insúa, de no depender de él.

Hice cálculos: cuánto me había servido ser su amigo, cuánto me había costado. Ni tanto ni tan poco, concluí, y seguí tomando vino.

Por eso precisamente, por el vino, me levanté tarde a la mañana y con dolor de cabeza. Me molestó atender a los animales del corral, me daba la sensación de que en vez de juntar habilidades nuevas se iban haciendo cada vez más pelotudos. Sobre todo el gallo, que era tan sumiso el pobre, tan cagón. Cada vez comía menos y las gallinas se le aprovechaban. Hasta los pollos —que eran feos y raquíuticos, y que además eran sus hijos—, hasta los pollos le faltaban el respeto y a veces parecía que lo amenazaran. Como que le hicieran un vacío al pobre gallo. Pensar que tal vez Insúa conociera una solución para eso, que otra vez fuera el único que pudiera resolverme una cuestión, me hacía enojar.

Dejé nomás que los animales hicieran su historia y salí a pasear. Caminando,

pensé, podría sacarme el embotamiento y ganarme algún cansancio para más tarde, cosa de dormir sin complicaciones.

Medio que por puro reflejo, apunté para el lado de los Caicedo. No es que tuviera intención de cruzar el río —no me daban ganas de subir al cachiveo— pero sí podía pispiar desde mi orilla.

Atravesé los alambrados de siempre y me hice las preguntas de siempre: para qué, quién instaló estos alambrados. No había quien tuviera una puta vaca en los alrededores, ni siquiera daba la impresión de que alguien cuidara esos terrenos. Como si los alambrados hubieran surgido así, de una manera medio silvestre, como si fueran parte natural del monte. Otra vez pensé en Insúa, en pedirle algún tipo de alicate que me preste para ir desalambrando el monte de la Colonia.

Los Caicedo, aquella mañana, estaban en sus días típicos: la mujer con trabajos de huerta y el marido ocupado en el motor de una cortadora de pasto. Por más que tuviera esas cosas, me dije, por mucha huerta y cortadora que yo pudiera tener, nunca me saldría armar un ambiente tan ordenado como el de los Caicedo.

Los miré: estaban separados por unos diez metros, metro más metro menos. De un momento a otro, cuando él se cansara de darle vueltas a la cortadora, se arrimaría a ella. Harían como siempre, que sí, que no, que dejame que estoy ocupada, que venite para acá, y al final acabarían enredados. Podía ser que ahí mismo, entre la tierra de la huerta, o más en dirección al pasto.

Yo me busqué, como hacía siempre, un buen lugar: sentado entre unos árboles y como quien no quiere la cosa. Saqué una naranja de mi bolsito y la pelé despacio, sin apuro. Mi idea era que si los Caicedo o sus hijos me pescaban alguna vez espiando, se creyeran otra cosa. Quiero decir, que me vieran como a un hombre que andaba nomás por ahí.

Hice un agujero en el ombligo de la naranja y me puse a chupar. Por joder, para molestarla un poco, le tiré restos de cáscara a la India, pero la perra estaba más fiaquenta que yo, porque apenas si se mosqueó con la joda.

Me concentré nomás en mi naranja y vi que enfrente el marido Caicedo procuraba hacer funcionar su cortadora. Tiró de la cuerda de arranque, y nada. Probó una segunda vez, y tampoco. Se agachó entonces sobre la máquina y le toqueteó vaya uno a saber qué. Después le dio un soplido —como quitándole una mugre, un polvillo—, se levantó y volvió a probar el arranque. Al primer

nuevo intento la cortadora, su motor, retumbó con fuerza. El ruido se estiró por el monte hasta hacerse el más estruendoso de los ruidos. El hombre gritó algo que no llegué a oír, aunque probablemente haya sido una especie de celebración por arreglar la cortadora.

Imaginé que ahora dedicaría un buen rato a cortar pasto, pero en vez de eso apagó la máquina y miró en dirección a su mujer. Ella seguía concentrada en la huerta, apretando con el pie una montañita de tierra. Aun así, y más allá de que pareciera ocupada en otro asunto, yo sabía que al primer acercamiento de su marido mandaría todo al carajo.

Esforcé la vista y me adelanté unos centímetros, como presintiendo lo que se venía. Entonces fue que lo vi a Insúa. Estaba enfrente, en la orilla de los Caicedo, acovachado detrás de un árbol. Los espiaba. Por la manera de acomodarse —abrazado al árbol, asomando apenas la cabeza— parecía una criatura del monte mucho más que un hombre.

Me asustó verlo así, me hizo pensar en las apariciones que había en mi casa. Pero más que nada me hizo pensar en lo raro de su comportamiento y, trascartón, en lo raro del mío. Insúa espiaba, de hecho, desde el mismo terreno que lo hacía yo cuando me daba por cruzar en el cachiveo.

Miré a los Caicedo: el marido ya se había juntado a su mujer y ahora miraban la huerta entre los dos, como si la analizaran. Si bien se les notaban gestos serios, como de preocupación, él tenía una mano completamente agarrada al culo de ella. Era cuestión de un ratito para que pasaran del manoseo a lo más concreto.

Miré para el lado de Insúa: en líneas generales seguía igual, en la misma pose de mirón, pero hice una mirada más atenta y descubrí que tenía la mano más oculta a mi vista metida en el pantalón. Sentí que un calor grosero me subía por el cuerpo, ya no tuve ganas de mirar nada. Retrocedí unos pasos y empecé a juntar mis cosas. Le chisté a la India, que se pusiera en campaña también ella.

Pero justo el jugo de la naranja empezó a moverse en mi estómago y me vino una especie de quemazón, como unas ganas de cagar. Elegí unos yuyos bien escondidos y me acomodé como pude, con la India merodeándome. Aun con el alivio de la descarga, me quedó un malestar, la sensación de tener hormigas en la panza.

Me levanté para irme pero algo, no sé qué, me hizo volver a la orilla y mirar

enfrente una vez más. Los Caicedo ya no estaban, imaginé que se habrían metido hacer sus cosas en la casa. O que capaz, por una vez, se habían recatado.

Corrí la vista y me topé con la mirada de Insúa, apoyado en su árbol, como contento. Me sonrió a lo lejos y me saludó con una mano en alto, la misma que un rato antes tenía metida en el pantalón, a pleno manoseo. No quise, pero por una cuestión supongo que instintiva, le respondí el saludo. Después me hizo una seña —que nos veíamos más tarde— y cerró con otras dos: simuló primero una escopeta de aire —para decirme que saldríamos de caza—, y se llevó finalmente un pulgar a la boca para decirme que chuparíamos vino. Sonrió una vez más, dio media vuelta y se mandó a mudar.

Me quedé quieto, ordenando el despiole que era mi cabeza. Vi, enfrente, a los hijos de los Caicedo que salían de la casa. El chico caminó hasta la cortadora de pasto y le dio arranque de un solo tirón de cuerda, sin tanta vuelta como su padre. Después se puso a cortar. Me pareció muy chico —de corta edad quiero decir— para ese trabajo. Pero lo hacía convencido, como sabiendo.

La chica, en cambio, se sentó en la galería con un cuaderno, una carpeta o algo así, y empezó a escribir, a dibujar o vaya uno a saber qué. Pasó un rato y aparecieron los padres. Se sentaron también en la galería y miraron trabajar al chico.

De camino a mi casa me sentí descompuesto y medio embolado. Tanto, que hasta la India —que venía, la pobrecita, a los trotes, con sus tics y todos sus traumas—, hasta la India me molestaba.

Cuando llegamos, en vez de preocuparme por la comida o por el mantenimiento de alguna cosa, me dediqué a escribir distintos mensajes para Insúa. Quería decirle que, como él, yo también estaba harto. Pero no harto del monte, ni de la Colonia ni de la gente de por ahí, sino que ya estaba harto de él, de que fuera tan grosero.

También quería decirle que no estaba en mis ganas que siguiéramos haciendo cosas en común. Nada de pesca ni de cacería, ya ni siquiera tomar vino juntos.

Hice varios intentos en el bloc, pero ninguna frase me convenció. Como que me salían puras mariconadas. De mostrarle alguno de esos mensajes, se me iba a cagar de risa y se iba a empeorar mi enojo. Igualmente, y como para tener algo como un argumento, guardé las anotaciones en el bolso y me senté a esperar que

se hiciera la hora.

Tiré unas migas de galleta y otros restos alrededor mío, y al toque ya tuve a las gallinas encima. Comían como muertas de hambre, con desesperación. El gallo se quedó aparte, sin atreverse a venir. De alguna manera, acabé por entender su comportamiento, esa especie de cuidado o temor que le daba meterse entre las gallinas. El gallo era más delicado. Como si fueran de mundos diferentes y contrarios, las gallinas y el pobre gallo.

Me mantuve así, con pensamientos como esos —en algún momento eché un sueñito—, hasta que se hicieron cerca de las seis de la tarde. Imaginé que Insúa ya estaría en el río, así que me lavé la cara, junté bolso y escopeta, le di una palmada a la India y nos mandamos.

Hice todo el trayecto pensando en la manera de encarar a Insúa, calculando cuál sería el mejor momento para explicarle mi embole. También hice, otra vez, el conteo de cosas tuyas que me tenían hartos: por lo menos cinco. Aunque a decir verdad me sonó a poco —en cantidad—, no me importó y seguí en mis trece. Insúa se iba mucho al carajo.

Apenas llegué a la orilla, lo vi: acomodaba líneas de pesca y cajas de vino en el cachiveo. Metí la mano en el bolso y saqué mis anotaciones. Insúa me llamó, que me apure. Aprovechó, de paso, para burlarse: «Así que les andás detrás a los Caicedo», dijo.

Me paré en seco y leí lo que había escrito en mi bloc: no me serviría para nada. Tiré los papeles a la mierda y, en cambio, apreté con más fuerza la escopeta. Insúa habló de nuevo: «Tenés todos los vicios, vos», dijo.

Caminé con una decisión aún mayor: nada de notas, nada de explicaciones, le iba abrir el cráneo a culatazo limpio.

Pero Insúa me descolocó: hizo una sonrisa rara, distinta a las que le conocía, y abrió los brazos para recibirme. No avancé más, simplemente me quedé quieto y con la escopeta abajo. Insúa se adelantó para darme el abrazo y en el medio me dijo que venía a despedirse: «Si me quedo un día más», dijo, «me vuelvo loco».

Después me abrazó y dijo unas otras tantas cosas: que en la Colonia era yo la única persona inteligente con quien hablar; que se iba a Santa Fe, a instalarse en la estancia de un primo; que aunque era un hombre mayor, sentía que le quedaba mucho por vivir.

«Acá me siento un muerto vivo», dijo y abrió una caja de vino. Tomó un

trago largo y me la pasó. Dudé, no tenía muchas ganas de tomar, pero por algún motivo, supongo que por la ocasión, me sentí obligado y me mandé un buen trago.

Tomamos toda la noche, casi hasta el amanecer, sentados sobre la tierra a orillas del río. Insúa habló de sus proyectos, todas cosas que sentí absurdas. Nos dimos unos cuantos abrazos, abrazos de borracho, y en algún momento me dormí. Me desperté ya en plena mañana, en el mismo lugar. Me dolía la cabeza y me había meado encima. Insúa ya no estaba.

No ese día, pero sí el siguiente, fui hasta su almacén. Cerrado, por delante y por detrás. Tampoco vi por ningún lado la camioneta. Volví unas cuantas veces —cinco, capaz seis veces—, hasta convencerme de que, por ahí, el tipo hablaba en serio. El asunto es que nunca más volví a verlo.

De vuelta en la casa

La lluvia era un drama para la Colonia. No es que lloviera mucho, pero cada vez echaba a perder los caminos y las picadas —que ya de por sí eran una porquería— y tenías que hacer malabares para moverte de un lado a otro. Lo bueno, lo que a mí más me gustaba de la lluvia, era que aplacaba un poco el calor. Aunque también es cierto que me jodía la vida con la casa, que estaba llena de goteras y tenía sus problemas de humedad.

En las goteras pensé, precisamente, cuando relampagueó por primera vez y se oyó el primer trueno.

«Lo que faltaba», dijo Lola. Íbamos camino de mi casa y ella avanzaba por delante, como la más decidida del grupo. Se había puesto mi bolso a la manera en que antes lo había hecho Soria, como bandolero. Le hurgaba adentro con desconfianza, como temiendo encontrar alguna cosa horrible. Pero ya Loco se había encargado de tirar todo, de perderme cada uno de mis dibujos.

A Lola le había dado, de repente, por hablar mucho: que era cierto lo que decían, la Colonia era un peligro; que les faltó esperar la autorización oficial para venirse hasta acá; que se habían pasado con la cerveza; que el pobre gordo —de a ratos le decía por su nombre de verdad: Horacio—, que el pobre gordo tenía razón, que había que ser cuidadosos y responsables.

También se la agarró con Soria y conmigo: que éramos unos enfermos, perversos, gente siniestra y no sé cuántas cosas más.

En su momento de mayor enojo, se dio vuelta y me estampó flor de sopapo

en la mejilla. Loco, que me llevaba medio a la rastra, quejándose de mis tropiezos, la vio venir pero no hizo nada para frenarla. Hasta diría que le facilitó el asunto. Cuando Lola levantó la mano para golpearme, pude ver su cara de miedo, el cagazo que tenía. Por eso tampoco me dio el ánimo para enojarme con ella, más allá del sopapo y del gargajo con que cerró la cuestión.

Recién entonces Loco mostró un mínimo recato y me quitó a Lola de encima. Que no vale la pena, le dijo, hacerse mala sangre por este hijo de puta. Yo venía a ser el hijo de puta.

Miré a Soria, que venía lo más campante, apenas unos cuantos moretones en la cara y las manos libres. Le hablaba a Migue:

«Conviene apurarse», le decía, «en lo oscuro y con la tormenta no se va a ver nada».

Aunque se hacía el distraído —esquivando la mirada de Soria, simulando atender los arranques de Lola—, Migue sabía que Soria hablaba en serio, que acá en el monte, de noche y sin una luz a mano, no te ves ni siquiera los pies.

Loco me levantó —a lo bruto, como le gustaba hacer— y me obligó a caminar. Mi escopeta le colgaba de un hombro, pero más que un arma parecía un desprendimiento de su piel, de la piel de Loco. A esa altura éramos ya un grupo feo, muy venido a menos. Lola venía hablando de lo imposible que era salir del monte:

«Como si algo te hiciera andar en círculos», dijo.

A su voz se unían, de a ratos, el aullido de un mono que anunciaba el fin del día o la inminente lluvia, y el ladrido de la India, que ahí, en esa situación, se sentían como otras voces, como respuestas a cada estupidez de Lola.

El primero en decir basta fue el chico de Soria: que estaba cansado, dijo, y que tenía hambre. Se sentó ahí mismo, sobre los pastos, y anunció que quería irse a su casa. A veces, y por culpa de su papá, de las cosas que su papá le hacía hacer, uno se olvidaba que el chico era apenas eso, un chico.

Igualmente, Loco hizo el amague de enojarse: «Caminá, pendejo de mierda», le dijo. Después avanzó unos pasos hacia el chico pero Migue se le piantó en medio, poniéndole una mano a la altura del pecho y frenándole el envión. Parecía que de un momento a otro se agarraban a trompadas entre ellos. No me costó nada imaginar que, de llegar a las manos, Migue llevaría la peor parte.

Por eso, probablemente, prefirió usar un tono de voz amable para pedirle a

Loco que se calmara: «Estemos tranquilos mejor», propuso. Antes de que Loco pudiera contestarle, se volvió sobre el chico de Soria, lo alzó y, un poco a lo bestia, se lo cargó sobre los hombros. De la sorpresa, los ojos del chico se abrieron como dos pelotas.

Aunque fuese un niño, el chico era ya de tamaño considerable como para cargárselo así. Las piernas le quedaron colgando hasta la cintura de Migue y acabaron haciendo, entre los dos, una figura bastante ridícula. Con otro ánimo y en otra situación, hubiese disfrutado dibujarlos. El asunto es que, pese a la ridiculez, nadie dijo nada y seguimos camino, de una manera cada vez más penosa.

Hacia el último tramo, ya se había hecho una penumbra importante, todo alrededor se veía —o bien se presentía— en un tono azulado que complicaba distinguir las cosas. Para colmo, al rato se sintió un relámpago y, al toque, su terrible trueno. Se levantó el viento y los árboles empezaron a sacudirse y a desprender algunas ramas. Era un ruido lindo el del viento contra los árboles, pero era un peligro ahí donde estábamos. Podía ser que te cayeran encima un rayo o una semejante rama.

Antes de sentir las primeras gotas, sentí ya el olor de la tierra mojada. Y después sí, se largó con todo, como con bronca. Me hizo gracia que un rato antes me estuviera cagando de sed.

El bochinche de los truenos y de la lluvia nos fue poniendo nerviosos a todos, sobre todo a Lola y a Loco, que hablaban a los gritos. Repartían amenazas medio al voleo, era difícil saber si contra Soria, contra mí o si directamente se amenazaban entre ellos.

Loco dijo varias veces «la puta que lo parió». Ahora usaba mi escopeta para apartar ramas o bien para tantear el suelo y no pisar terreno resbaloso, movimientos que entendí de lo más imprudentes.

Migue se lo hizo notar —«Tené cuidado con eso», le dijo— y Loco, que ya venía bastante atravesado, lo sintió como una provocación. Le apuntó con la escopeta a la cara y, sin decir palabra, gatilló. El disparo se mezcló con un trueno y, de tan brutal, me dejó duro, a la espera de que Migue —y con él el chico de Soria— se desplomara. Pero, igual que antes había pasado con Soria, el disparo no llegó a salir.

Aun así, Migue se sacó al chico de los hombros y se palpó la cara y parte del

cuerpo, como para comprobar a fondo que estaba entero.

Loco también se asustó, o por lo menos dio esa impresión, porque mientras Migue se palpaba, él se quedó quieto un buen rato, con la mirada fija en el caño de la escopeta. Otro trueno, menos terrible que el anterior, lo hizo reaccionar. Bajó la escopeta, sin dejar de mirarla, y acabó tirándola a un costado, en la completa negrura que se había hecho el paisaje. Después retomó la marcha sin mirar a nadie, haciendo un gesto con la mano, como si se sacudiera lluvia del hombro.

Lola quiso hacer de cuenta que no había pasado nada y preguntó si estábamos yendo bien. Le contestaron Soria, que asintió con la cabeza, y, muy a su manera, la India, que salió disparada y meta ladrar en dirección a la casa. La verdad es que estábamos ya bien cerca, apenas a unos doscientos metros, metro más metro menos. Los ladridos de la perra bien podían servir como guía. Era cuestión de distinguirlos entre el quilombo de truenos y lluvia.

Un relámpago inmenso nos iluminó por cosa de un segundo —todo se vio medio blanco, un blanco como de fluorescente—, y pude ver la línea de picada que nos convenía seguir. Loco, que se había adelantado bastante, estaba errando el camino y Soria le avisó: «Muchacho», le dijo, «es por acá la cosa». Dio media vuelta, Loco, de una manera medio automática, como disimulando su error. Cuando me pasó por al lado le vi pinta de señora ofendida, hecho una poca cosa.

El agua de lluvia se sentía pegajosa y muy fría. De tener las manos libres, como las tenían Soria y su hijo, habría hecho como ellos, que se abrazaban y frotaban a sí mismos para darse un poco de calor.

Seguimos la marcha con Soria por delante. Su hijo le iba al lado, con los ojos llorosos, aunque también puede haber sido el agua de lluvia lo que daba esa sensación. La India volvió a ladrar y se la sintió ahí, ya casi con nosotros. Me vino como un entusiasmo y ganas de estar junto a mi perra, tranquilos los dos en la casa.

Entiendo que por no confiar mucho en Soria, por pretender algún tipo de autoridad, Migue se quiso adelantar y acabó patinando en el barro. En el desparramo se llevó puestos a Soria y al chico. La caída de los tres se sintió como un reventón, un chicotazo seco. Después pareció que se los tragara la oscuridad.

«Por Dios», dijo Lola. Creí que hablaba de la caída, pero un relámpago —

uno pequeño en comparación a los que veníamos viendo—, un relámpago la iluminó y la vi prendida a la rama de un árbol, desatando un pedazo de tela roja que con el siguiente golpe de luz resultó ser un pañuelo.

Que ya habíamos pasado por ahí, dijo, que estábamos dando vueltas en vano. Por un momento admiré su precaución —aunque también la sentí exagerada—, admiré la buena idea de ir dejando señales en los árboles. Pero la histeria con que siguió me cayó mal:

«Este lugar es horrible», gritó y se agarró la cabeza como si quisiera arrancarse los pelos. Loco le dio un abrazo para tranquilizarla, pero la chica estaba enceguecida. Se lo sacó de encima con esfuerzo, como si Loco más que abrazarla se le hubiera pegoteado, y corrió en una dirección cualquiera, sin mucho sentido ni orientación.

Loco hizo el amague de salirle detrás, pero la aparición de Migue, Soria y del chico, hechos los tres un solo barro, le frenó el envión.

«Qué mierda pasa ahora», preguntó Migue.

Por un momento quedó un hueco de silencio, entre que Loco no contestaba y que los truenos parecían amainar o bien tomar impulso para largarse de vuelta con todo. Fue un grito de Lola lo que cortó ese silencio:

«La casa», gritó. «La encontré.» Con su grito llegó también otro ladrido de la India, como si la perra quisiera confirmar el hallazgo. Me vino un principio de alegría por el descubrimiento de Lola, pero de inmediato lo sentí absurdo: si yo bien sabía dónde quedaba mi casa, también lo sabían Soria y su hijo.

Me largué a caminar esos últimos metros sin esperar la decisión de los demás. Sentía el temblequeo de mis piernas, las ganas de dejarme caer, pero la lluvia fría y los ladridos de la India, cada vez más claros y ruidosos, me hicieron pensar que, con apenas unos cuantos pasos más, podía llegar a mi casa y acomodarme mucho mejor.

La voz de Lola llegó con nueva urgencia: «Apuren, carajo», dijo.

Me apuré, entonces, a la vez que hice el intento de limpiarme con el hombro el agua de la cara. Fue un intento idiota, porque levantar el hombro me costó un nuevo ataque de dolor. Y para colmo, al toque ya tuve otra vez la lluvia tapándome los ojos.

Por haber arrancado primero, pensé que iba por delante de los demás, pero cuando llegué junto a Lola había sido que ya estaban todos con ella.

«Ahí está», dijo Lola. Estábamos en mi terreno, a menos de veinte metros de la casa. Rodeada de oscuridad, apenas si se la distinguía. No parecía mi casa, sino la sombra de mi casa. De no haber sido por la luz de los relámpagos hubiese dicho —o pensado— que estábamos en cualquier otro lugar. Por eso, capaz, que Lola señalara mi propia casa como si fuera un descubrimiento suyo no me resultó tan chocante.

Tuve la intención de avanzar, de ir y meterme de una buena vez, pero Migue me apoyó una mano en el hombro —en mi peor hombro, con lo que sentí ahora como un golpe de electricidad— y me dijo que espere, que tenga cuidado. Después soltó un gemido como de susto. «Mirá eso», dijo con una voz finita, una voz que apenas si se escuchó en medio de la semejante tormenta. Los demás no pudieron decir nada, ni siquiera soltar algún tipo de suspiro.

Por el costado derecho de la casa —por el lado del corral, o sea— apareció el gordo caminando en marcha atrás. Se vio su espalda, enorme, y su manera de caminar rígida, como si el suyo fuese un cuerpo de madera que no supiera articularse. Pensé en el gallo y las gallinas, si llegaban a verlo el miedo les alteraría el descanso.

«Horacio», lo llamó Lola, pero el gordo, o bien no la escuchó —el llamado se camufló en la brutalidad de un trueno— o bien era, como yo suponía, una imagen de otro mundo. Un alma en pena que mejor no molestar.

Giró hacia el frente de la casa y lo vimos ahora de perfil, caminando siempre en marcha atrás. Se frenó junto a la puerta y otro fogonazo de luz fluorescente permitió ver en detalle su expresión vacía, sus movimientos automáticos. Pese a la lluvia violenta y continua, no parecía que se mojara.

Sin animarse a ir hasta él, Migue y Loco lo llamaron a los gritos, alternando el nombre Horacio con el apodo Gordo. Lola por fin se decidió y propuso que avancemos —«Vamos», dijo—, pero apenas dio un primer paso el gordo desapareció de nuestra vista, como si la oscuridad o la casa, o las dos cosas juntas, se lo comieran. El siguiente relámpago iluminó solo un espacio vacío.

Nos quedamos quietos otra vez, como a la espera de algo, hasta que Migue dijo que no tenía sentido que nos empapáramos así cuando podíamos estar a cubierto dentro de la casa. No es que yo tuviera miedo o que me hubiera dejado ganar por un sentimiento de esos —después de todo era mi casa—, pero tampoco quería mandarme solo. Quería que los demás se responsabilizaran por su amigo,

que no me dejaran todo el asunto a mí.

La India soltó un ladrido fuerte y ese ladrido se sintió como una voz que da una orden. Fue ella, la perra, quien dejó de joder con tanto titubeo y se mandó a la casa. Le llevé el apunte y me mandé, entonces, detrás de ella. Caminé con paso firme —todo lo firme que podía ser un paso mío en aquellas condiciones— y con la India, que, ahora más contenta, iba y venía de la casa hasta mí. Pegaba saltos, la perra, ladraba de pura excitación. Parecía que de un momento a otro la cabeza torcida se desprendería del resto del cuerpo.

La voz de Migue me llegó de atrás pretendiendo darme otra orden: que los espere. Hice de cuenta que no se oía y seguí caminando. La lluvia chicoteaba cada vez con más bronca y con más frío, como restos de escarcha salpicada. Me frené junto a la puerta y, antes de entrar, miré hacia atrás, a los otros. Una seguidilla de relámpagos me encandiló y me hizo sentir que eran unos meros espectros. Espectros de caras blancas y llenas de susto. Estaban ahí quietos, como esperando a ver lo que yo hacía.

Abrí la puerta con un empujoncito del pie y me llegó nada más que una baranda a humedad. El olor de siempre, o sea, aunque un poco más intenso. Escuché a Lola, que, unos cuantos pasos detrás de mí, se quejaba: «Es como un olor a coliflor», dijo. Después entré.

Me moví en la oscuridad al tanteo de mis pies. Apunté hacia donde, imaginé, habría dejado mi mechero. Lo descubrí con el siguiente relámpago, en su debido lugar, pero vi también que el gordo —o su imagen— se había instalado ahí mismo. Me quedé entonces a mitad de camino, sin el coraje suficiente para avanzar hasta el mechero.

«¿Entramos?», preguntó Loco a mis espaldas. Fue una pregunta boluda, la suya, porque cuando quise darme cuenta, cuando me llegó un nuevo golpe de luz, vi que ya estaban conmigo adentro. Vi también que el chico de Soria y la India eran los únicos que seguían afuera, bajo la lluvia.

Me vino entonces una especie de intuición y moví la cabeza señalando la puerta, que la mantuvieran abierta. Pero mi gesto se habrá perdido en aquella plena oscuridad.

Lola, que era menos que una sombra ahí adentro, preguntó de qué era el ruido, si eran moscas o qué. Fue lo último que escuché con claridad porque, trascartón, la puerta se cerró y me llegó en patota el zumbido de insectos, de

moscas, mosquitos y jejenes, o quién sabe de qué. Con el zumbido también creció la intensidad del olor, que ahora era ya un mero olor a podrido.

Por tener las manos atadas no podía cubrirme la cara, con lo que acabé por recibir de lleno todos los ruidos y los olores. Caminé sin mucha idea, unos dos o tres pasos, como para sacudirme de encima tanto escándalo, pero la luz de un relámpago inundó de blanco el ambiente y me dejó cara a cara con la chica sin nombre, la que no era Lola. Fue un segundo, menos también, que me alcanzó para ver su pelo mojado y su cara de loca. Del susto me eché para atrás y choqué mi espalda contra el cuerpo de algún otro que, al hacerse un nuevo instante de luz, resultó que era Loco. Le vi la boca abierta, como si estuviera en medio de un grito, pero era tanta la mezcla de ruidos que no había modo de saber qué parte se correspondía con el grito de Loco. Podía ser, incluso, que el grito ni siquiera le saliese, que fuera como un grito mudo.

Así y todo cometí la estupidez de querer gritar también yo, y no solo que no me salió grito alguno, sino que me llené la boca y la nariz de bichos zumbadores. Escupí dos, tres veces, y en el medio otro relámpago me dejó ver a Lola, que, igual que Loco, estaba congelada en un grito silencioso. Delante suyo —es decir, que estaban las dos cara a cara— la Vieja parecía que la estudiara. No caminaba ni para atrás ni para adelante, simplemente estaba quieta frente a Lola. Por una vez sentí que la Vieja no erraba con su mirada en el vacío, sino que observaba algo fijo, como interesada en alguna cosa específica. Me pregunté si Lola no habría pasado a ser del mundo de la Vieja, si no arrancaría en un rato a caminar en reversa.

Con cada nuevo relámpago, el panorama se hacía más escandaloso. La casa parecía iluminada por un fluorescente a punto de quemarse.

Vi a Migue en un rincón, la cara vuelta hacia la pared como si quisiera apartarse de todo, como alguien que pretende que el mundo a su alrededor no existe. También podía entenderse como la imagen de un chico que cumple un castigo.

Escupí los últimos bichos y, al tanteo de un pie, me fui ubicando contra una pared. Intenté pensar en otras cosas, cosas que no tuvieran que ver con ese momento. Busqué palabras que me distrajeran, me propuse contar hasta mil, contar la cantidad de monos que llevaba cazados, cosas así. Pero el ruido, la mezcla de gritos y estruendos y los fogonazos me complicaron la intención.

Cerré los ojos bien fuerte, apoyé la espalda en la pared y me dejé caer de a poquito al piso. Aun con los ojos cerrados la luz de los relámpagos me perforaba la cabeza. Me quedé quieto ahí sentado, esperando que se calmara el asunto.

Sentí entonces que tenía algo o alguien junto a mí. Como si en medio del bochinche pudiera de repente distinguir el sonido, y algo como el calor, de una respiración agitada. De pelotudo, por querer pispiar, abrí los ojos. Lo vi a Soria, que estaba casi pegado a mí, sentado y en una pose parecida a la mía. Tenía los ojos y la boca muy abiertos. Parecía un muerto, pero un muerto que aún respira, un muerto desesperado que sabe que, de un momento a otro, se le cortará el aire.

Me aparté como pude, medio a las arrastradas. No mucho, porque ya no me daba la energía. Me dejé caer por completo al piso —estaba húmedo y frío— y ahí me quedé, casi desparramado. Creo que en algún momento lloré y hasta intenté rezar, pero no sé si fue así o simplemente fue algo que imaginé.

Cuando abrí los ojos vi la casa iluminada ya no por los disparos de luz de la tormenta, sino por la luz natural de una mañana soleada. Una luz limpia. La casa, de hecho, parecía ordenada, como si yo le hubiese dedicado una jornada entera de limpieza. Otra cosa rara es que ya no había nadie, estaba solamente yo. Me pregunté si se habrían ido dejándome ahí dormido, alucinando, o si les habría pasado alguna otra cosa.

Tampoco había más ruidos ni aquel semejante olor a podrido. Apenas el grito de los pájaros mañaneros —algún gorrión, podía ser que alguna cachilita— y el alarido miserable de mi pobre gallo.

Me moví con cuidado y descubrí, con felicidad, que tenía las manos desatadas. Me costó, igualmente, acostumbrar mis brazos a esa especie de libertad. El dolor era espantoso, pero aun así era un dolor diferente, algo a lo que uno podía acostumbrarse.

Levanté los brazos de a poco, como si levantara unas pesas invisibles. El esfuerzo me provocó un temblor que me llegó hasta los pelos de la barba. Preferí esperar un toque, probar con movimientos más suaves, y me conformé con hacer girar las muñecas. Me habían quedado marcas, parecía que usara pulseras hechas de moretones.

Conté hasta tres y, usando lo menos posible manos y brazos, me puse en pie.

Me vino como un mareo que contuve tomando aire y recostándome de nuevo sobre la pared. No sé por qué, pero el instinto me hizo parar en puntas de pie, como si con unos cuantos centímetros más arriba fuera a conseguir algo más de aire.

Después caminé lento por la casa. Revisé mi pieza, que vi impecable, limpia y llena de luz buena. Abrí una ventana y pispíé afuera: ahora estaba lindo, pero más tarde iba a ser un día de calor.

En la cocina agarré un vaso y me serví agua de un bidón. Por el temblequeo me costó una barbaridad, y acabé echando una buena cantidad de agua por el piso. También me costó llevarme el vaso a la boca, a tal punto que tuve que encorvarme para llegar. El agua me hizo bien, me despertó el gusto y las articulaciones de la boca. Hice unos buches y unas gárgaras y me sentí un poco más limpio, como si el agua me limpiara mucho más que la boca.

Pensé después en el día que había pasado, traté de ordenar un poco las ideas, pero me vino una especie de angustia y preferí salir un rato, despejarme con el aire de afuera.

Cuando abrí la puerta me encontré a la India y al chico de Soria, durmiendo los dos medio entreverados, como queriendo darse calor. Era una imagen linda, de una cierta ternura, y se me ocurrió que, de tener mis cosas a mano, bien los podría dibujar.

Me les acerqué y toqué, apenas, la espalda del chico con mi pie. En un rato les iba a caer el sol encima y —sobre todo a él— ya no les iba a parecer tan cómodo dormir ahí afuera. El chico ni se mosqueó pero la India, me di cuenta, abrió los ojos. Por lo visto estaba muy cómoda, mi perra, o bien le costaba despabilarse, porque se quedó así, como si nada, con la mirada perdida y el chico de Soria encima.

Toqué otra vez al chico y entonces sí, empezó a dar pelota. Primero abrió los ojos, pareció después que intentara entender dónde era que estaba y, por último, hizo foco en mí. Un poco por instinto le sonreí, como saludándolo, pero el chico se puso en pie de un salto y se puso también como en guardia, los brazos arriba como un boxeador muerto de hambre.

Lo miré nomás, esperando que se calmara. La India también se acomodó y se desperezó largo y tendido, hasta provocarse temblores en las patas. Le señalé al chico el movimiento de la perra, tan gracioso, pero el chico lo tomó como una

oportunidad y salió disparado al monte. Corría medio torcido y me imaginé que podía ser de haber dormido así, a la intemperie y tan doblado. Tuve el impulso de salirle detrás, a las corridas como él, pero me dije que no tenía ningún sentido. En algún momento lo iba a encontrar.

Me agaché, en cambio, y le hice unas caricias a la India, que aprovechó para revolcarse por la tierra. Hizo remolinos y dibujó unos círculos que levantaron una polvareda molesta.

Círculos: Lola y Loco habían hablado la noche anterior de caminar en círculos, en vano, de sus problemas para salir del monte. No es tan malo vivir en el monte, al final es cuestión de costumbre y de tomarse las cosas con calma.

La palmeé a la perra y le hice señas para que me siguiera. Vi que las gallinas y los pollos andaban sueltos, ya muy a la deriva, y me preocupó, otra vez, que el gallo no anduviera con ellos.

La semejante tormenta de la noche anterior había dado lugar al escándalo de los animales y a una humedad fresca en las plantas. Con el sol a pleno, el ambiente se pondría pegajoso.

Sentí hambre y pensé que bien podría volver a la casa y buscarme unas galletas, pero más por fiaqueto que por otra cosa me la aguanté y seguí caminando.

La India se pegó a mi pierna y se refregó ni que fuera un gato. La miré, enternecido, y al mirarla, al bajar la vista, vi mi escopeta. Estaba tirada entre los pastos húmedos. La levanté y me la pasé por la ropa, cosa que se secara un poco. Le revisé el seguro y después me fijé cómo estaba de carga. Le di un soplido, como si eso bastara para una revisión a fondo.

Después seguí la marcha, con la escopeta bajo un brazo y con la India, que de a ratos se perdía entre los arbustos, aparecía y se revolcaba, feliz de la vida, entre los menjunjes de barro que había dejado la lluvia.

Entonces fue que vi al mono, que agarrado a una rama por los dedos de una pata comía alguna fruta. Pensé en Lola y en Loco, en eso de dar vueltas en círculo, y le apunté al mono. No pensaba tirarle, pero la India ladró y del susto acabé apretando el gatillo. El estampido, por inesperado, resultó tremendo.

AGRADECIMIENTOS

A Luciano Acosta, Chiqui Figuera, Pablo Black, Ale Quirós, Germán Parmetler, Matías Aldaz, Pablo Mazzi, Juan Puyó, Orlando Van Bredam, Miguel Ángel Molfino, Marcelo Guerrieri, Festival de Literatura de Santa Fe (Fe.Li.Sa), Ciclo Carne Argentina. A mi familia hermosa.

Una casa junto al Tragadero
Mariano Quirós

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: Bosque inundado. © Balman – Getty Images

© Mariano Quirós, 2017

El Premio Tusquets Editores de Novela ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara.

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2017

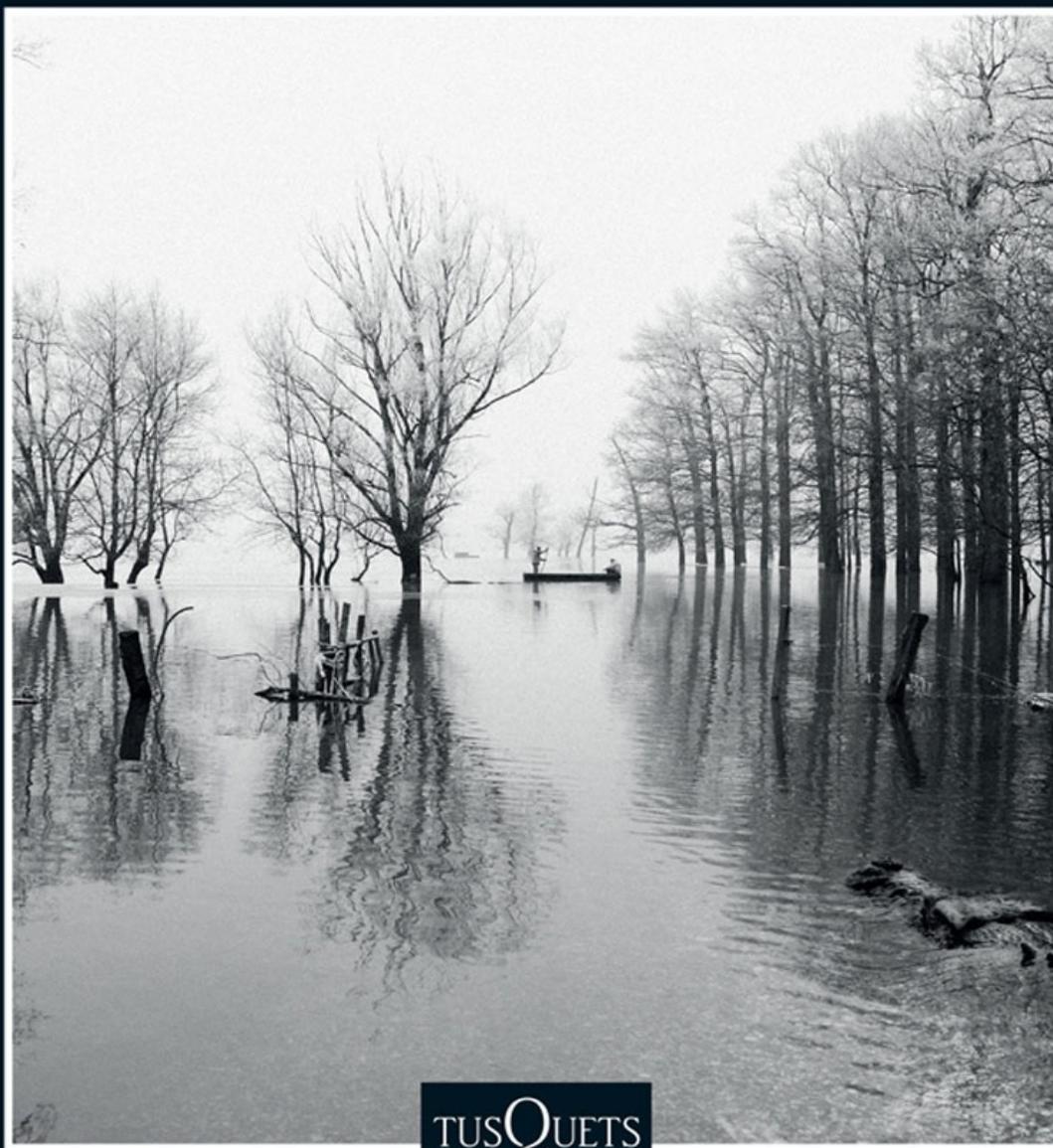
ISBN: 978-84-9066-474-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S.L.
www.eltallerdelllibre.com

Mariano Quirós
UNA CASA JUNTO
AL TRAGADERO

colección andanzas

PREMIO
TUSQUETS
EDITORES DE NOVELA



TUSQUETS
EDITORES